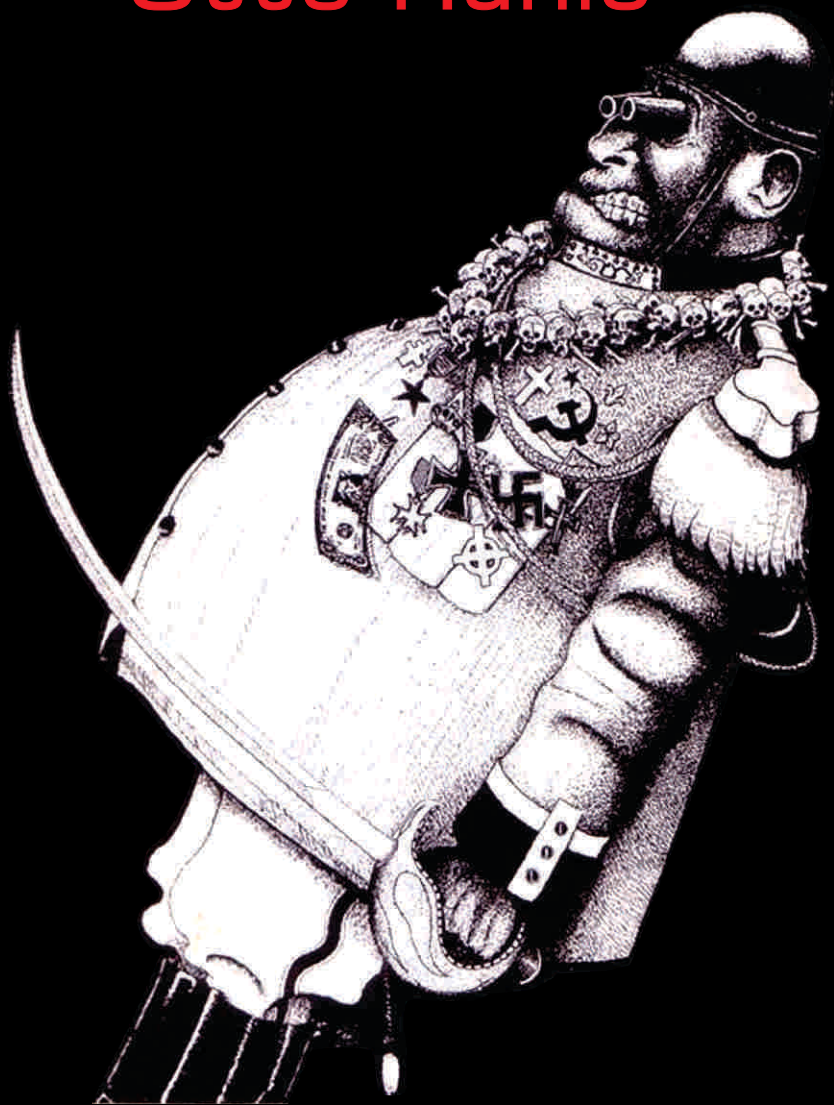


# FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO

Otto Rühle





# FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO



FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO  
Otto Rühle

Colección “Hilo Rojo”  
1ª Edición, julio 2023.  
Santiago, Chile.

Se conservan las notas del autor y traductor,  
salvo que se indique lo contrario.

Traducción: Enzo del Bufalo & Marc Geoffroy.  
Edición y correcciones: Nahuel Valenzuela.  
Contacto: [pensamientoybatalla@gmail.com](mailto:pensamientoybatalla@gmail.com)

Edición en México a cargo de  
Proyecto Espartaco  
Julio 2024

En colaboración con Materiales por la Emancipación  
<https://materialesylaemancipacion.espivblogs.net/>

# FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO

Otto Rühle





## PRESENTACIÓN

Otto Rühle es un compañero prácticamente desconocido fuera de los pequeños núcleos de revolucionarios que se identifican en torno a las diversas corrientes que forman parte de lo que en otras ocasiones hemos denominado “comunismo radical”. Poco traducido al castellano y también poco editado<sup>1</sup>, la presente edición viene a saldar una antigua cuenta que teníamos con uno de los exponentes más destacados del ya clásico movimiento del “comunismo de consejos”, que tuvo una influencia importante durante el “primer asalto proletario a la sociedad de clases” tanto en Alemania, como en los Países Bajos. La trayectoria militante de Rühle es trazada de manera sintética y precisa, así como también su itinerario por el mundo, por nuestro compañero Julio Cortés en el prólogo que acompaña a la presente edición.

*Fascismo pardo y fascismo rojo*, fue publicado por primera vez en 2001 en *Un marxismo maldito*, libro que compila diversos textos críticos con el leninismo, por Enzo del Bufalo y Marc Geofroy, en Caracas, Venezuela<sup>2</sup>. Esta es la traducción que hemos utilizado, corrigiendo los errores de tipeo y otros de redacción de carácter menor.

La importancia de este polémico texto es que va mucho más allá de las usuales críticas que desde la izquierda revolucionaria se realizaron en su momento a la URSS y al stalinismo, respon-

---

<sup>1</sup> En el prólogo de la presente edición, nuestro compañero Julio Cortés da cuenta de lo que se ha editado de y sobre Otto Rühle en castellano. [N. del E.]

<sup>2</sup> Sin embargo, en la región española, en la revista “Etcétera. Correspondencia de la guerra social”, N°1, de enero de 1984, aparece una reseña del mismo trabajo, en donde se incluye un índice que contiene todos los capítulos que componen la edición que conocemos del 2001, a excepción del capítulo VI, titulado: “El socialismo como discurso y práctica histórica”. Ver: <https://sindominio.net/etcetera/files/etc-1.pdf> [N. del E.]

sabilizando directamente a los bolcheviques y al mismísimo Lenin del catastrófico devenir de la revolución rusa que impuso una dictadura sobre el proletariado. Y según afirma Rühle, poniendo el dedo en la llaga de los izquierdistas de variada estirpe, lo que ocurría en la “República de los soviets” no tenía nada que envidiar al fascismo histórico que en 1939 se había expandido por todos los rincones de la vieja Europa. Y hoy, cuando no solo resurgen movimientos reaccionarios en diversos puntos del globo, sino también diversas variantes de stalinismo, y del más aparentemente confuso “rojipardismo”, inspirados en la nostalgia hacia el régimen de la URSS, que se muestran superficialmente “anti-sistema”, es crucial denunciar, sin medias tintas, que proyectos como estos no tienen nada de emancipatorio y que solo son una variante más de la dictadura del capitalismo, y que por lo tanto, deben ser combatidas sin cuartel.

**¡Por el comunismo y la anarquía!**  
**Pensamiento y Batalla, julio 2023**



# DE ALEMANIA Y RUSIA A CHECOSLOVAQUIA Y MÉXICO: OTTO RÜHLE ATRAPADO ENTRE DOS CONTRA-REVOLUCIONES

**Prólogo a *Fascismo pardo y fascismo rojo* (1939)**

## 1

Sin temor a exagerar ni un poco, la edición en Chile de esta obra es un hito histórico.

En primer lugar, porque dentro de la sobreabundancia de textos sobre fascismo, neofascismo, postfascismo, populismo y nuevas derechas radicales que se viene dando en los últimos años, lo que no abunda para nada son los análisis clásicos o actuales que provengan no desde la defensa de la democracia liberal o desde el antifascismo de pacotilla que caracteriza a la izquierda tradicional (institucional o pretendidamente revolucionaria), sino que desde una posición claramente anticapitalista y antiautoritaria.

Adicionalmente, porque la figura de Otto Rühle fue de gran relevancia política e intelectual en la primera mitad del siglo XX, pero ha llegado a ser completamente olvidada en general e inclusive en los ambientes de la extrema izquierda global y local.

Figura destacada de la izquierda comunista alemana, también conocida como corriente “consejista”, nació en 1874 y fue parte del ala izquierda de la mayor organización de la II Internacional, el Partido Socialdemócrata alemán. Junto a Karl Liebknecht, fue el único otro diputado que votó en contra de la participación en la Primera Guerra Mundial en 1915, manteniendo una consecuente postura internacionalista. Se unió a la Liga Espartaquista de Rosa Luxemburgo en 1916, de la que formó parte hasta 1917, cuando pasó a integrar el grupo de los Comunistas Internacionales (IKD).

Tras la revolución de 1918 participó del Consejo de Obreros y Soldados de Dresde y asistió como delegado al congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania (KPD), en vísperas

del año nuevo de 1919, donde se fusionaron espartaquistas y comunistas internacionales, pocos días antes de la insurrección proletaria que fuera sangrientamente aplastada por el gobierno socialdemócrata de Friedrich Ebert, a través de Gustav Noske (su “perro de presa”) y los *Freikorps*, antecesores de las milicias y grupos de choque nacional-socialistas<sup>3</sup>.

Otto Rühle, expulsado del KPD en octubre de 1919, participó en el Segundo congreso de la Internacional Comunista en Moscú, representando al KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán), formado en abril de 1920. Dentro del KAPD, Rühle sostenía una posición a favor de los consejos obreros y contraria a la institución-partido en sí misma, a la que denunciaba como una forma organizativa propiamente burguesa, tal como expresara en su conocido texto “La revolución no es asunto de partido” (1920)<sup>4</sup>. Famosas y valiosas son también sus cartas e informes, como “Moscú y nosotros” y el “Informe sobre Moscú”, ambos incluidos en un sustancioso compilado de textos de la “izquierda alemana” editado en Francia y luego traducido y difundido en español: *Ni parlamento ni sindicatos: ¡los consejos obreros! Los comunistas de izquierda en la Revolución alemana*<sup>5</sup>.

Recordemos que en sus primeros tiempos la Internacional Comunista no eran tan monolítica y tanto en sus Congresos como en los de la Internacional Sindical Roja participaron desde anarquistas y anarcosindicalistas a diversas variedades de comunistas. El avance de la burocratización primero y luego del estalinismo alejaron a la Internacional de ser un partido de la revolución mundial, y la convirtieron en un órgano de la diplomacia

---

<sup>3</sup> El antifascismo de pacotilla de los frenteamplistas y “progres” chilenos no resulta para nada incompatible con la cercanía que tiene con la Fundación Ebert (FES-Chile): tal para cual.

<sup>4</sup> Disponible en el Archivo Marxista de Internet.

<sup>5</sup> Los textos fueron compilados y presentados por los camaradas franceses Denis Authier y Gilles Dauvé. La versión de Ediciones Espartaco Internacional (2004) aún circula en la web, y agregó dos documentos que no estaban en el original francés: el “Informe del KAPD sobre el III Congreso de la Internacional Comunista (31 de julio de 1921)” y la “Resolución de la conferencia de la fracción Comunista abstencionista del Partido Socialista Italiano (Florenca, 8-9 de mayo de 1920)”. Este último documento permite conocer las posiciones de la izquierda comunista italiana (“bordiguista”), bastante distinta a la germano/holandesa o “consejista”.

“soviética” (y hay que escribir la expresión entre comillas porque de los soviets o consejos obreros originales ya quedaba sólo el nombre).

El KAPD había enviado a dos representantes bastante interesantes a Moscú: el obrero astillero Jan Appel y el bohemio expressionista/dadaísta Franz Jung<sup>6</sup>, quienes para lograr su cometido debieron desviar un barco y atravesar Rusia en plena guerra y revolución. Cuando en Alemania les perdieron la pista y hubo rumores de que habían sido detenidos en Estonia, enviaron a Otto Rühle, lo cual —como destacan los editores de *Ni parlamento ni sindicatos*— resultaba una elección muy curiosa, por ser un notorio “anti-partido”.

Después del Segundo Congreso de la Internacional, el KAPD siguió las órdenes de Moscú y expulsó de sus filas a Laufenberg y Wolffheim, líderes y pioneros de la nefasta corriente “nacional-bolchevique” —modelo de todos los “rojipardos” o “fascistas de izquierda”, desde el alemán Ernst Niekisch hasta el camaleónico eurasiánista ruso Aleksander Dugin—. También se expulsó a Otto Rühle, que con su crítica del bolchevismo había quedado a la izquierda del partido, pero se negaron a aplicar la orden moscovita de fusionarse con el KPD.

El balance de Rühle tras su estadía en Moscú fue lapidario, pues a diferencia del resto del KAPD, que aún mantenía una posición de acercamiento al bolchevismo como la que se manifiesta en la famosa “Carta abierta al camarada Lenin” de Herman Gorter<sup>7</sup>, destruía toda ilusión en una posible colaboración con la III Internacional. En efecto, mientras Gorter y la mayoría del KAPD

---

<sup>6</sup> Que dejó un testimonio del viaje en su libro *El escarabajo-torpedo*. En español existe un interesante libro de Jung, *El camino hacia abajo. Consideraciones de un revolucionario alemán sobre una gran época (1900-1950)*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2017. Según señala el recientemente fallecido Hans Magnus Enzensberger, en *Hammerstein o el tesón*, se trataría de la misma obra, con dos títulos diferentes. De Jan Appel es posible encontrar un fragmento de sus “Recuerdos” en el Archivo Marxista de Internet.

<sup>7</sup> Existe una versión publicada por la Colección 70 de Editorial Grijalbo, México, 1971, dentro del libro *Jefes, partido y masas*, atribuido a V.I. Lenin y H. Gorter, que además de la Carta de este último incluye bajo el título de “Crítica a los izquierdistas alemanes” extractos del libro de Lenin *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*.

respondían amistosamente los durísimos ataques del jefe bolchevique contra la ultraizquierda alemana calificada de “enfermedad infantil del comunismo” por atreverse a discrepar de sus recetas parlamentarias, Rühle afirmaba que mientras la I Internacional fue la de la propaganda, y la II la de la organización, la III Internacional era la Internacional de la revolución, pero no era todavía ni podía llegar a ser la Internacional del comunismo: *“Se la podría llamar la Internacional rusa. Su creación procedía de Rusia. Tiene su sede en Rusia. Está dominada por Rusia. Su espíritu es un condensado perfecto del espíritu de la revolución rusa, del Partido comunista ruso”*. Pero *“Rusia está todavía lejos, a leguas, del comunismo. Rusia, el primer país que ha llegado a la revolución y que la ha llevado victoriosamente hasta el final, será el último país que llegará al comunismo”*<sup>8</sup>.

Los comunistas rusos —prosigue Rühle— ignoran este hecho y pretenden imponer su esquema a los otros comunistas del mundo, olvidando que *“aunque se despliega como un asunto internacional, la revolución es, en primer lugar, un asunto que concierne a cada país, a cada pueblo en sí”*. El resultado de esto es que según los rusos debemos *“sacar del bolsillo el esquema revolucionario standard (marca Lenin), lo aplicamos... ¡hurra! Esto funciona... y ¡crac! ¡La revolución ha triunfado!”*. Ese esquema puede resumirse en: *“La revolución es asunto de partido. El Estado es asunto de partido. La dictadura es asunto de partido. El socialismo es asunto de partido”*. Y yo agregaría la famosa frase acerca de que, si en Moscú llovía, nuestros “bolcheviques” criollos salían a la calle con paraguas. ¡Lo terrible es que durante todo el siglo XX las tres variedades principales de leninistas (trotskistas, estalinistas y maoístas) siguieron creyendo en el mismo esquema y lo trataron de aplicar incluso si no se ponían de acuerdo en estar en un solo partido y se escindían en cada vez más sectas de distinto tamaño!

En el segundo informe al que hemos aludido Rühle explica que: *“La táctica rusa es la táctica de la organización autoritaria. El principio del centralismo, que es su fundamento, ha sido desarrollado por los bolcheviques con tal perseverancia y, finalmente, llevado por ellos hasta tal extremo, que ha conducido al*

---

<sup>8</sup> “Moscú y nosotros”, 18 de septiembre de 1920.

*ultra-centralismo. Los bolcheviques no han hecho esto por arrogancia o por deseo de experimentar. Se han visto obligados a ello por la revolución*<sup>9</sup>.

El problema es que *“el centralismo es el principio de organización de la época burguesa-capitalista. Con él, se puede edificar el Estado burgués y la economía capitalista. Pero no el Estado proletario y la economía socialista. Estos requieren el sistema de los consejos”*. Por eso, para el KAPD, *“contrariamente a Moscú, la revolución no es un asunto de partido, el partido no es una organización autoritaria que funciona de arriba abajo, el jefe no es un superior militar, la masa no es un ejército condenado a la obediencia ciega, la dictadura no es el despotismo de una camarilla de jefes, el comunismo no es el trampolín para el advenimiento de una nueva burguesía soviética”*. De lo que se trata es de *“provocar la iniciativa de las masas, liberarlas de la autoridad, desarrollar la conciencia de sí mismas, educarlas para la actividad autónoma y así acrecentar su interés por la revolución”*.

Obviamente, la decepción de Rühle fue tajante, y así es como declara que: *“Los métodos a los que me he visto sometido en Moscú provocaron en mí la repugnancia más violenta. Mirase donde mirase, maniobras políticas entre bastidores que se apoyaban en la baladronada para disimular el fondo oportunista por medio de duras resoluciones revolucionarias. Me habría gustado levantarme e irme. Sin embargo, decidí quedarme hasta que llegase el segundo delegado, el camarada Merges”*. Dicho camarada complementó la segunda delegación del KAPD, para discutir su posible incorporación a la III Internacional, que finalmente fracasó por las exigencias rusas de disolver al KAPD en el KPD (sólo podía haber una sección en cada país) y aceptar la participación en sindicatos y elecciones.

De entre las numerosas entrevistas que sostuvieron con los líderes bolcheviques, cabe destacar en palabras del propio Rühle lo que tuvieron ocasión de decirle al mismísimo Lenin:

*“Le explicamos que habíamos sentido como un escándalo y un crimen hacia la revolución alemana el que, en una época en que habría que escribir cientos de folletos contra el oportunismo, él encuentra tiempo y se siente*

---

<sup>9</sup> “Informe sobre Moscú”, 2 de octubre de 1920.

*obligado a redactar, precisamente contra el KAPD —el partido activo y el más consecuente de la revolución alemana— un folleto que es utilizado ahora, al igual que sus otros escritos recientes, como un arsenal de armas por toda la contrarrevolución, no para corregir nuestra supuesta falsa táctica en interés de la revolución, sino para matar, gracias a argumentos y citas de Lenin, toda actividad enérgica de las masas. Le demostramos que está totalmente mal informado sobre la situación alemana y que sus argumentos a favor de la utilización revolucionaria del parlamento y de los sindicatos sólo se prestan a risa entre los obreros alemanes. Finalmente, no le hemos dejado la menor duda de que el KAPD, al igual que rehúsa toda ayuda material de Moscú, no tolerará, con total firmeza, ninguna injerencia de Moscú en su política”.*

Otto regresó a Alemania y —como ya señalamos— fue excluido del KAPD.

Dejando de lado estos valiosos documentos histórico-políticos, otras obras bien conocidas de Otto Rühle fueron su monumental biografía *Carlos Marx*, publicada en Chile por Ediciones Ercilla (1937, traducción de Raúl Silva Castro), y *El alma del niño proletario*, publicado como primer volumen de la Colección Psique de Siglo Veinte, en Córdoba, Argentina (1946, traducción de José Salgado), y que fuera dedicado al psicoterapeuta austríaco Alfred Adler, “*en prenda de veneración. Nuestra común empresa: Cohumanidad*”. Aparentemente fue en su calidad de pedagogo y educador socialista que Otto Rühle gozó de una amplia popularidad, ya en los tiempos de la República de Weimar, junto a su pareja Alice Rühle-Gerstel, escritora y psicóloga considerada pionera feminista, con quien contrajo matrimonio en 1922.

De la preocupación de Otto Rühle por los problemas de la infancia en la sociedad capitalista, compartida en esos tiempos por personajes tan diferentes como Walter Benjamin, Antonio Gramsci, Wilhelm Reich y Nadezhda Krupskaja (que pese a su importante obra sigue siendo conocida casi exclusivamente por ser la pareja de Lenin), da cuenta precisamente un texto colectivo dirigido por Alfred Adler, que había trabajado estrechamente con

Freud hasta 1911, llamado *Guiando al niño*<sup>10</sup>. En el apéndice se incluye un interesante “Cuestionario para la exploración adleriana de la Psique infantil”, elaborado por Rühle, en el que podemos apreciar temas y preguntas como estos:

*“Consciencia del estatus económico-social. ¿Hay en la conducta del niño indicios que permitan diagnosticar una consciencia de clase? ¿Qué rasgos acusan en él una actitud de diferenciación frente a los niños de otras clases? (Palabras, actos, actitud en general) ¿Cuál es su actitud habitual ante la vida: aristocrática, pequeño-burguesa o proletaria? ¿Cómo se explica esto con referencia a su ambiente social? ¿En qué momento y circunstancia experimentó el niño, por vez primera, la diferencia de clases? - ¿En qué forma? (iDescribase la situación con exactitud!) ¿Cómo reaccionó el niño ante ello?”*

## 2

Para entender bien la trayectoria de Otto hay que tener en cuenta que a partir de su segundo matrimonio su vida y obra es inseparable de la de su compañera Alice. Con la intención de referir esta historia de amor y lucha, que arroja luces tanto sobre el autor, como sobre la obra que estamos presentando, procedo en esta parte a destacar algunos datos biográficos tomados de uno de los escasos textos en español dedicados a la pareja: un detallado y largo artículo de Lizette Jacinto, “Desde la otra orilla: Alice Rühle-Gerstel y Otto Rühle. La experiencia del exilio político de izquierda en México 1935-1943”<sup>11</sup>.

El matrimonio Rühle se estableció en las afueras de Dresde, donde fundaron la editorial “Am andern Ufer” (“En la otra orilla”), especializada en textos marxistas, pero también en los temas pedagógicos, la psicología y el feminismo. Entre 1925 y 1926 publicaban un *Periódico para la Educación Socialista*. Otra pu-

---

<sup>10</sup> Tengo a la vista la edición en español de la Biblioteca del Hombre Contemporáneo, Paidós, Buenos Aires, 1948.

<sup>11</sup> En: “Historia Mexicana”, Vol., 64, N°1, julio-septiembre 2014, P. 159-242. ¡84 páginas! ¿Quién se anima a publicarlo como librito?

blicación importante, aún no traducida al español, fue *El problema de la mujer en la actualidad –un balance psicológico*, de Alice Rühle-Gerstel.

Ante la inminente llegada al poder de los nazis en Alemania, a inicios de 1933 los Rühle se establecieron en Praga, ciudad natal de Alice. Justo a tiempo: el 5 de marzo las tropas de asalto del partido nacional-socialista (las infames “S.A.”) fueron a buscarlo a su casa para detenerlo. Después destruyeron completamente su biblioteca. En mayo de 1933 la abundante producción literaria de los Rühle fue incluida en el listado de libros prohibidos por los nazis, siendo quemados en plazas y universidades por sus grupos de choque, y después se dictó una sentencia contra ambos por “alta traición”.

En 1935, ante la negativa del gobierno checoslovaco a extenderle su visa, Otto partió a México, donde desde fines de los años 20 residía Grete, hija de su primer matrimonio con Johanna Zacharias. Su yerno, Federico S. Bach, le consiguió trabajo como asesor técnico en la Secretaría de Educación Pública. Otto ya conocía el país, pues como señala Lizette Jacinto, ya había ido en 1930 cuando su hija estaba a punto de dar a luz, permaneciendo ahí por ocho meses, viajando por el país para conocer bien su realidad. Luego de eso “preparó en 1932 el libro intitulado ‘*Imperialismus in Mexiko*’ para la editorial alemana Fischer-Verlag, libro que nunca llegó a publicarse”<sup>12</sup>.

Como técnico de la Secretaría de Educación Pública, Otto Rühle trabajó en la planificación de las escuelas rurales, trabajando en libros de texto como *La escuela del trabajo* (SEP, 1938) y en varios artículos sobre la educación socialista que aparecieron en la revista “El Maestro Rural”, entre los que destaca “El niño proletario en México. Plan de trabajo para una investigación”.

Alice lo siguió allá un año después, consiguiendo trabajo en el recién fundado Consejo Nacional de la Educación Superior y la Investigación Científica.

En 1937 llegó exiliado a México León Trotsky, a quien Otto conocía desde 1907. Entre los que lo recibieron, además del zigzagueante Diego Rivera, estaba su yerno Federico S. Bach. Los Rühle mantuvieron en ese contexto una estrecha amistad con el fundador del Ejército Rojo, a pesar de las considerables y evidentes diferencias políticas entre “trotskistas” y “consejistas”. En

---

<sup>12</sup> L. Jacinto, Op. Cit, P. 176.



una carta de Alice a sus amigos Heinz y Frieda Jacoby, fechada en abril de 1939, declara que “*con nosotros los Trotskys son muy amenos, pero nunca llegamos a una conversación adecuada. Se habla sobre los cactus, los conejos y las palomas, con los que el viejo ocupa su tiempo y sólo es así porque uno se siente tradicional y humanamente obligado a hacerlo y porque el viejo en persona es muy amable y bueno. Pero una opinión política o moral no sale de él*”.

Además, Otto participó de la Comisión Dewey, formada en 1937 por intelectuales norteamericanos para investigar las acusaciones contra Trotsky formuladas en los infames Procesos de Moscú. Todo eso les valió la dura enemistad de los terribles especímenes del estalinismo mexicano, que caracterizados por su matonaje y con la valiosa ayuda del cónsul estalinista chileno Pablo Neruda lograron atentar contra Trotsky y finalmente darle muerte<sup>13</sup>. El influyente y muy mafioso P”C” mexicano, fiel a la línea moscovita, logró también que los Rühle perdieran sus trabajos.

En una carta a su amigo Erich Fromm, exiliado en Estados Unidos, Otto le dice: “*me he convertido en el objeto del odio estalinista, quienes me toman por trotskista, para sacarme de mi puesto dentro de la SEP, porque la educación es estalinista, no por convicción sino porque los hombres que están allí así lo necesitan*”. En efecto, los tiempos para experimentar con una educación socialista humanista ya se habían acabado, retrocediendo a una educación autoritaria tradicional, con los estalinistas mexicanos tomándose la SEP.

Los estalinistas mexicanos exigían en esos años a su aliado Lázaro Cárdenas la expulsión de Trotsky, antes de pasar a los atentados directos, y en ese viciado ambiente los Rühle quedaron etiquetados como trotskistas acérrimos. En verdad, el grupo al que se sentían más cercanos era “Socialismo y Libertad”, que animaba el antiguo sindicalista revolucionario francés Marceau Pivert, y donde confluían Victor Serge, G. Munis, el poeta surrealista Benjamín Peret, algunos anarquistas y otros revolucionarios

---

<sup>13</sup> En sus memorias el “poeta” cuenta con orgullo como ayudó a David Siqueiros a escapar de México hacia Chile, cuando estaba detenido por haber comandado un atentado armado contra la casa de Trotsky donde éste se salvó apenas de recibir los disparos de las ametralladoras del P”C”M.

consecuentes que habían quedado atrapados entre las dos contrarrevoluciones que se imponían en esos años: la fascista y la estaliniana.

Los Rühle quedaron en una muy precaria situación económica. Abandonaron su residencia en Coyoacán y se trasladaron a un departamento en el tercer piso de un edificio en calle Villalongos con Río Balsas, comuna Cuauhtémoc. Otto tuvo que dedicarse a hacer tarjetas postales con imágenes sobre las diversas actividades de los trabajadores mexicanos, firmando con el alias de Carlos Timonero. Alice las comercializaba en tiendas de souvenirs para turistas, daba conferencias, escribía artículos sobre el Día de Muertos y otras tradiciones mexicanas, mientras intentaba sin éxito publicar libros bajo el seudónimo de Bárbara Félix.

En el único capítulo de las memorias de Alice que ha sido traducido al inglés, da cuenta de una discusión en torno al bolchevismo y el capitalismo de Estado, donde Otto terminó espetándole: “*¡Mi querido Trotsky! ¡Tú eres el peor estalinista de todos!*”<sup>14</sup>. La amistad se interrumpió a raíz de eso, y poco después, el 20 de agosto de 1940, Trotsky fue asesinado por Ramón Mercader, agente estalinista encubierto que lo golpeó cobardemente con un picahielo en la cabeza mientras lo visitaba en su casa en Coyoacán.

El 24 de junio de 1943, a la edad de 68 años, Otto murió de un ataque al corazón. Alice, su compañera de vida en las últimas dos décadas, al encontrarse con el cadáver de su compañero se arrojó desde el tercer piso que habitaban, muriendo en el hospital cinco horas después. En su *curriculum vitae* había escrito: “*nacida austríaca, me convertí en checoeslovaca en 1918, en alemana en 1922 —por casarme con un alemán— en ‘sin ciudadanía’ en 1934 y en mexicana en 1939*”<sup>15</sup>. La depresión en que ambos habían caído a partir de 1939 ya la había hecho pensar en la solución suicida, sumado al hecho de que desde pequeña sabía que las mujeres de su familia tenían una tendencia a morir a los 49 años. En el departamento se encontró una cierta cantidad de cianuro (25 gramos).

En una carta no enviada a la psicoterapeuta Karen Horney había dicho: “*si este es el único mundo que existe, entonces me da lo mismo, hablando francamente: este mundo, así como está, es*

---

<sup>14</sup> Alice Rühle-Gerstel, “No verses for Trotsky. A Diary in Mexico (1937)”, disponible en libcom.org

<sup>15</sup> Citada por L. Jacinto, P. 181.

*tan horrible (y no lo es desde hace poco) que no lo puedo soportar, ni seguir viendo. Quiero morir. No quiero tener ninguna buena vida en medio de un mundo donde la mayoría de los hombres viven en terribles y pésimas circunstancias. No quiero vivir en un mundo donde existen ocho millones de lectores del 'Reader's Digest'. No quiero vivir en un mundo donde los mineros deben pasar su vida en la mina para ganar una miga de pan. No quiero vivir en un mundo donde todo es tan complicado, difícil y sobre todo aburrido”.*

Sus papeles fueron heredados por su amigo Stephen Kalmar, de quien se despedía diciendo: “*Ojalá que ustedes vivan en un mundo mejor, íese por el que nosotros tanto esperamos! Sean buenos socialistas*”.

### 3

A diferencia de sus escritos políticos más conocidos, y de las obras que expresan su veta de educador, *Fascismo pardo y fascismo rojo*, escrita en el decisivo año de 1939 —en que los nacional-católicos triunfan en España, los estalinistas se ensañan contra los Rühle en México, y se inicia la Segunda Guerra Mundial— permaneció inédita en alemán hasta 1971, cuando se incluyó en un compilado de escritos de Otto Rühle publicado en Hamburgo por *Texte des Sozialismus und Anarchismus Rowohlt Verlag*.

En el Archivo Marxista de Internet existe un texto breve en español llamado “La lucha contra el fascismo “, que según señalan apareció en la revista consejista estadounidense “Living Marxism” (Vol. 4, No. 8, 1939)”, y que al parecer estaría basado en *Fascisme Brun, Fascisme Rouge*, publicado en francés por “Spartacus” en 1975 (Série B—N° 63), el que a su vez sería parte “*de un texto aún más extenso en alemán llamado 'Weltkrieg—Weltfaschismus—Weltrevolution'*”.

La primera edición en español que conocemos es la del compilado *Un marxismo maldito*, editado por Enzo del Bufalo y Marc Geoffroy en septiembre de 2001 como parte de una colección con fines docentes de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Esta edición de Pensamiento y Batalla se basa en dicha versión, revisada y corregida.

Como bien señalan los editores venezolanos, la obra de Rühle en general y esta obra en especial fueron descubiertas por “el movimiento de los 60”, es decir, el segundo asalto proletario contra la sociedad de clases. He destacado en otro lugar que una consecuencia de la revuelta global que asociamos a 1968 fue la amplia difusión de ideas revolucionarias, mediante la edición y circulación de muy relevantes textos y documentación que provenían del hilo negro de la historia: las corrientes revolucionarias del pasado, que el peso de la larga noche de la contrarrevolución desatada desde 1919 en adelante había reprimido físicamente y tratado de ocultar o borrar para siempre de la historia<sup>16</sup>.

En ese contexto es que esta importantísima obra es finalmente leída y comprendida por las minorías revolucionarias del mundo, aportando una visión que surge desde las entrañas de los procesos de revolución y contrarrevolución que se vivieron en la primera mitad del siglo XX (el “primer asalto”), en los que su autor fue un protagonista destacado.

El solo título resultaba chocante ya en 1939 —a pesar del Pacto Ribbentrop/Molotov y la luna de miel de 22 meses entre Hitler y Stalin— y más aún en 1971 o en el 2023, pues en el imaginario de la izquierda realmente existente se instaló la idea de que el fascismo sólo fue y puede ser de “extrema derecha”. La idea de un “fascismo de izquierda” parece un oxímoron, cuando no un mero exceso de verbal inventado por demócratas liberales que siguiendo a Hannah Arendt y otros meten al fascismo y al comunismo dentro del saco del “totalitarismo”, predicando que “los extremos se topan” (como dice Bobbio en su famosa obra sobre Derecha e Izquierda<sup>17</sup>) y vociferando acerca de la importancia de proteger la democracia representativa.

Pero Otto Rühle no está hablando desde la socialdemocracia ni la defensa de la democracia liberal, ni tampoco se asemeja su posición a las famosas declaraciones de un pelmazo como Jürgen Habermas cuando luego de la revuelta de 1968 descalificó a Rudi

---

<sup>16</sup> “Nubes oscuras nos impiden ver”: Presentación a *Fascismo/Antifascismo* de Jean Barrot (1979), Sapos & Culebras, 2023.

<sup>17</sup> *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Traducción de Alessandra Piccone, Madrid, Taurus, 1997.

Dutschke y al movimiento estudiantil alemán tildándolos de “fascistas de izquierda”<sup>18</sup>.

No. Lo que Rühle hace en esta obra es un cuidadoso balance de las revoluciones rusa y alemana, y un profundo paralelo entre Lenin y Luxemburgo, bolchevismo y consejismo. En especial se dedica a analizar el momento en que el bolchevismo se vuelve contrarrevolucionario, estableciendo una dictadura sobre el proletariado, detectando entonces una degeneración mucho más antigua y profunda que la que diagnostican los trotskistas y otros “bolcheviques críticos”.

En esta detallada comparación concluye que Lenin fue “*el hombre de la revolución burguesa en Rusia*”, que logró triunfar sobre el feudalismo “*mediante la típica táctica partidista de la clase burguesa*” y que “*en la medida en que traspasó los límites de esta vocación sufrió un fiasco*”<sup>19</sup>. Por su parte, Rosa Luxemburgo fue “*según su vocación histórica, la dirigente de la revolución proletaria en Alemania. En la medida en que quedó rezagada respecto de las exigencias de esta revolución, también ella sufrió un fiasco*”. Este rezago se expresaba para Rühle en no advertir que los consejos obreros superaban la forma-partido, adecuada para la revolución burguesa y no así para la proletaria.

El nacimiento del “fascismo rojo” es descrito así:

*“La victoria del partido de Lenin fue suficiente para establecer el capitalismo, pero no para realizar el socialismo. Desde luego no el capitalismo en el viejo sentido, sino el capitalismo de Estado, cónsono con el desarrollo capitalista global y en total acuerdo con esta necesidad económica apareció el fascismo ruso bajo la forma de la dictadura de Stalin”.*

---

<sup>18</sup> La anécdota es relatada en un famoso libro de Rolf Wiggershaus, dentro del capítulo “*Los teóricos críticos y el movimiento estudiantil*” (*La Escuela de Fráncfort*, Buenos Aires, FCE, 2010, P. 771-772).

<sup>19</sup> Sabemos que esta frase por sí sola puede acusar ataques de rabia e infartos a estalinistas, nacionalistas/autoritarios de izquierda y otros “tankies”: ¡Amén! ¡Que así sea!

En el mismo sentido, como explico en *La religión de la muerte*<sup>20</sup>, otros consejistas como Paul Mattick ya en 1937 denunciaban con ocasión de las jornadas de Mayo en Barcelona el monstruoso laboratorio que el “fascismo de Moscú” había montado en España, en contra de los sectores proletarios que habían levantado espontáneamente barricadas para defender las conquistas de la revolución social en contra de las provocaciones de los estalinistas catalanes agrupados en el Partido Socialista Unificado de Catalunya<sup>21</sup>. “*La contrarrevolución triunfaba en Catalunya*”, dijo Mattick, enumerando los métodos ya tradicionales del fascismo, aplicado ahora en versión GPU: asesinatos y aprehensiones, desarme de las fuerzas revolucionarias, silenciamiento de radios y periódicos<sup>22</sup>.

Visto así, existe una gran profundidad en el lema que desde el bloque negro suele lanzarse a los militantes del P<sup>3</sup>C<sup>3</sup> chileno cuando nos topamos con ellos en las calles: “*¡Los pacos de rojo son más peligrosos!*”. La pura y santa verdad, como se dice, a la luz de la experiencia histórica de la contrarrevolución estalinista, que como destaca Guy Debord en la tesis 109 de *La sociedad del espectáculo* logró en un trabajo combinado con el nazi-fascismo liquidar al viejo movimiento obrero revolucionario.

---

<sup>20</sup> *La religión de la muerte. Post scriptum sobre viejos y nuevos fascismos*, Santiago, Editorial Tempestades, 2023.

<sup>21</sup> El PSUC se formó fusionando el PSOE con el PCE en Catalunya. Sobre las jornadas de mayo del 37 recomiendo leer a Gilles Dauvé en “Cuando las insurrecciones mueren”, dado que son uno de los eventos históricos en que analiza en concreto la interacción de revolución y contrarrevolución y fascismo/antifascismo (P. 93 y ss. en la edición de *Mariposas del Caos*). Además, existe el libro *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937* de Agustín Guillamón (Rosario, Lazo, 2013) y el volumen colectivo *Barcelona, mayo 1937. Testimonios desde las barricadas*, coordinado por Sergi Rosés y otros (Barcelona, Alikornio, 2006).

<sup>22</sup> Paul Mattick. “Las barricadas deben ser retiradas: el fascismo de Moscú en España (1937)”. En: Carlos García y Sergi Rosés (compiladores), *Expectativas fallidas. El movimiento consejista ante la guerra y revolución españolas: artículos y reseñas*, Santiago, Un fantasma recorre el mundo, 2020. Mattick destaca ahí que “*los anarquistas se convirtieron en propagandistas de la versión del fascismo de Moscú, en servidores de esos intereses capitalistas que se oponen a los planes actuales de Franco en España*”.

Incluso Félix Guattari ha destacado que existen dos prototipos de partido policíaco: el partido policíaco nazi y el partido policíaco estalinista, los que “se asemejan quizás más entre sí que otros componentes estatales correspondientes a cada uno de estos sistemas”, y que “las diferencias son quizás mucho mayores entre los fascistas mismos que entre ciertos aspectos del estalinismo y ciertos aspectos del fascismo”<sup>23</sup>.

El que muchos “rabanitos” y otras variedades de *tankies* insistan todavía en defender al fascismo de Stalin contra el de Hitler, y lo conviertan ocho décadas después en el entusiasta apoyo a Putin y los mercenarios del Grupo Wagner contra los “ucronazis” demuestra la miseria de esta variedad de socialdemocracia autoritaria con bandera roja, y nos permite reivindicar la verdadera lucha por el comunismo: la sociedad sin clases y sin Estado, en contra de todos los enemigos de la emancipación humana.

Como sentencia el autor en una parte del libro: “*Todas las cosas incorrectas serán inexorablemente corregidas por la historia y los hombres que cometen los errores serán juzgados por ella*”.

\*\*\*

Comencé este texto el 3 de junio de 2023, y lo concluí el 24 del mismo mes, coincidiendo con el 80 aniversario de la muerte de Otto y Alice Rühle, como un homenaje a estos camaradas, desde el siglo XXI, en que seguimos luchando por la “cohumanidad” en medio de una horrible marea contrarrevolucionaria global. “*Tampoco los muertos estarán seguros cuando el enemigo venza, y este enemigo no ha cesado de vencer*” (W. Benjamin).

**Julio Cortés Morales**

---

<sup>23</sup> “Micropolítica del deseo”, incluida en *Las luchas del deseo. Capitalismo, territorio, ecología. Escritos para un encuentro 1989-1991*, Santiago, Pólvora editorial, 2020, un libro que compila textos que en su momento fueron publicados en Chile preparando la visita de Guattari en 1991, poco antes de morir. Las referencias que he hecho están entre las páginas 113 y 115.





# FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO

*Este ensayo fue escrito en 1939 pero no fue publicado hasta 1971 cuando apareció en Otto Rühle Schriften: perspektiven einer Revolution in hochindustrialisierten Ländern. Publicado por Texte des Sozialismus and Anarchismus Rowohlt Verlag Hamburgo 1971. Execrado por el marxismo leninismo y todas las oposiciones oficiales a este fue también borrado —a la manera del 1984 orwelliano— de la memoria colectiva, hasta que el movimiento de los sesenta lo redescubrió. [N. del T.]*

\*\*\*

El carácter de la actual situación mundial está determinado, en primer lugar, por factores europeos a la cabeza de los cuales se ubican Alemania y Rusia. Tales factores se encarnan en el nazismo en Alemania, y en el bolchevismo en Rusia y son el resultado de un desarrollo inherente a la política y a la economía europea de la postguerra. Esta época, en términos económicos, está arropada por el monopolio ultraimperialista, el cual presiona en dirección del capitalismo de Estado y, en términos políticos, está gestando un orden totalitario que culminará en un sistema dictatorial.

Tan sólo si se examinan crítica y analíticamente tales fenómenos y sus conexiones, es posible obtener una comprensión profunda y apropiada tanto del fascismo como del bolchevismo. Todos los demás aspectos son marginales, colaterales o se derivan de las causas principales, las cuales, al aparecer en medio del análisis científico, tan sólo logran inducir consideraciones torcidas y producen una representación falseada de la situación.

El presente libro pretende ofrecer el primer intento de análisis científico, que, a partir de la evolución económica y política de la

postguerra tanto en Alemania como en Rusia da la clave para esclarecer los problemas principales que dominan en forma decisiva la escena política mundial de hoy.

Esbozadas brevemente y con la claridad de una argumentación histórica y dialéctica, aparecen en orden las siguientes demostraciones instructivas:

1-Acerca de la inevitabilidad y la necesidad intrínseca del hundimiento del viejo movimiento obrero, del cual la socialdemocracia fue su típico representante.

2-Acerca de la concepción ahistórica, y de la errada técnica organizativa del experimento socialista en Rusia de los cuales el bolchevismo ha sido el portador.

3-Acerca de las consecuencias, actualmente en desarrollo, de la nueva orientación hacia el capitalismo de Estado y la dictadura burocrática en Rusia, cuya realización plena constituye la tarea histórica del stalinismo.

4-Acerca de la existencia de una nueva revolución industrial en Europa cuyas consecuencias políticas y sociales, no pueden superarse en el ámbito del liberalismo y de la democracia.

5-Acerca del desarrollo del imperialismo en ultramonopolismo y de la importancia de su pretensión totalitaria en el advenimiento del fascismo, cuya vanguardia orientadora y más activa es el nazismo.

6-Acerca de la congruencia interna de las tendencias del capitalismo de Estado alemán y ruso con su identidad estructural, organizacional, dinámica y táctica, de la cual el pacto político y la unidad de acción militar son el necesario resultado.

7-Acerca de la inevitabilidad de la segunda guerra mundial, como consecuencia de la disputa, entre por un lado, las potencias ultramonopolistas con capitalismo de Estado y, por el otro, las potencias liberales democráticas, en torno al hecho de dilucidar si en caso de no ceder el paso al nuevo sistema socialista la Europa atávica, con sus tradicionales relaciones limítrofes, de propiedad individual y de administración democrática debía ser sacrificada a la primacía política de un monopolio totalitario, omnipotente, cada vez más globalizante y ansioso de poder.

8-Acerca de la imposibilidad de resolver realmente y en forma definitiva estos problemas en el marco del sistema capitalista, aun cuando se transforme en capitalismo de Estado, liberado de

las ataduras de la propiedad privada, convertido en economía planificada y favorecido por la amplitud de una federación internacional de Estados [...]»<sup>24</sup>

## **La era de la nueva economía**

En apariencias, el final de la guerra mundial de 1914-1918, no tuvo más que vencedores y vencidos. Pero en realidad, sólo tuvo vencidos. Los vencedores también fueron vencidos. Ciertamente no por el poder de las armas, sino por el poder del desarrollo histórico. Ello trajo la derrota general y la catástrofe para todos.

Después de la guerra, Rusia y Alemania, países en los cuales la revolución había echado al traste la vieja manera de ser, presentaban un aspecto diferente al igual que los demás países. También las estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas de Francia, de Inglaterra, de Italia y de Norteamérica habían sufrido profundas transformaciones y rupturas. La única diferencia era que tales hechos eran percibidos entre los vencidos, mientras que en los países vencedores ni el gobierno ni las masas se habían aún percatado de ello.

Bajo el signo del imperialismo, los Estados habían entrado en guerra. En primer plano, estaba Alemania, cuyo capitalismo, con el ardiente deseo del recién llegado, había alcanzado rápidamente los límites en los cuales el espacio nacional se la hacía demasiado estrecho. Por ello, intentó reventar, con su potente fuerza expansiva, las ataduras que impedían su desarrollo ulterior, empujando más lejos los linderos de su espacio de actividades. Su provocadora voluntad de conquista exigía una nueva repartición del globo terrestre, de este modo incendió la mecha de la guerra.

Sin embargo, los otros Estados tampoco eran pacifistas, ni estaban libres de culpa. Todos ellos se habían armado y desarrollado su militarismo; se habían preparado para un eventual ataque y contaban seriamente con la inevitabilidad de una guerra mundial. Puesto que todos estaban dominados por el capitalismo y recorrían el camino del imperialismo que conducía al conflicto

---

<sup>24</sup> Se ha eliminado el índice porque no coincide con el texto. Algunas partes de la *Introducción* han sido anexadas al final eliminando algunas frases. [N. del T.]

como la solución definitiva. Según las exigencias de su sistema las puertas del futuro sólo podían abrirse mediante el poder de las armas.

Finalmente había llegado la hora decisiva. La guerra estalló. Los países poderosos, aquellos con mayores ejércitos, con técnicas militares más desarrolladas y con las bolas mejor puestas, habían ganado. Pero tan sólo en términos militares, es decir, tan sólo según las reglas del juego de la guerra.

En todos los países del mundo capitalista, hubiesen o no participado en el conflicto, el sistema burgués alcanzó a los límites extremos de su validez durante la guerra, la cual constituía para ese mismo sistema el último arbitraje y su sentencia final. El poder de este sistema había sido quebrantado en su interior. Su ley, su orden, su autoridad, su efecto estaban agotados. La historia le había propiciado el golpe de gracia.

En todas las etapas de su desarrollo, el sistema capitalista no se mantiene igual y uniforme, no es un sistema único. Es posible reconocer claramente diversas fases caracterizadas por rasgos estructurales, por funciones, por formas de expresión y por efectos y resultados, todos ellos modificables y variables. Tan sólo en lo básico de sus objetivos, en su principio constitutivo, en el ritmo de su funcionamiento y en el denominador común de sus efectos está la unicidad, la norma y la perdurabilidad del capitalismo.

Al igual que cualquier otro sistema económico, el capitalismo debe proveer a la sociedad de bienes necesarios para su subsistencia y su desarrollo ulterior. Tiene pues que cumplir un propósito social. Pero debido a su naturaleza esto es posible sólo mediante el enriquecimiento privado. Al objetivo social principal se le acopla un objetivo individual secundario que se convierte en el principal para el agente económico individual. En efecto, el agente económico en la forma de empresario se mantiene en el ámbito de la propiedad privada, del cual se desprende en forma consecuente la búsqueda del interés privado. Por lo tanto, para él, el enriquecimiento personal es lo que le da sentido práctico a las actividades económicas. Para él, la economía es adquisición, negocio, oportunidad de ganancia y beneficio, todas cosas de las cuales es beneficiario. El empresario capitalista encuentra en el trabajo asalariado el medio con el cual satisfacer tanto el propósito social como su objetivo individual de ganancia. Emplea en su fábrica a trabajadores que no tienen sus propios medios de producción y sólo pueden vivir de la venta de su fuerza de trabajo

y los explota. Esta explotación se desprende del hecho de que los obliga a un trabajo cuyo rendimiento supera la suma de salario pagada. El rendimiento excedente o plusvalía fluye a su bolsillo en calidad de beneficio.

Aunque las leyes abstractas y la mecánica práctica de este proceso de explotación permanezcan inmutables durante todas las fases del desarrollo capitalista, sin embargo, las formas y los resultados si varían según la técnica laboral, el método de producción, la manera de distribución, el proceso de circulación y el grado de madurez del sistema en su totalidad.

La sociedad se aprovisiona de víveres mediante mercancías que se obtienen en el mercado a cambio de dinero. Sin embargo, el suministro de estas mercancías, el aprovisionamiento del mercado, las necesidades de los consumidores, el poder de compra del dinero, la solvencia del comprador, la acumulación de beneficios mediante nuevas inversiones de capital, la reproducción del proceso productivo, en fin, la suma de todos los fenómenos de la economía capitalista sufren incesantes modificaciones. En efecto, las causas de tales fenómenos proceden de principios y leyes que por su parte están sometidos al imperativo de cambios incesantes, independientes de la voluntad humana.

Así pues, la economía capitalista presenta una imagen en la época de la artesanía pequeño burguesa, de los mercados urbanos locales y otra en la época de las manufacturas, de las fábricas y de los mercados nacionales, y todavía otra en la época de la gran industria, de la economía cartelizada, del capital financiero, de las exportaciones y de los mercados mundiales. Numerosas fases se suceden una tras otra; y aunque todas ellas se guían por el principio capitalista, su secuencia ofrece un cuadro cambiante.

Cuando estalló la guerra, el desarrollo del capitalismo había alcanzado un punto en el cual unos monopolios nacionales luchaban contra otros monopolios nacionales, la competencia entre distintos grupos financieros chocaba con los límites nacionales, el dominio del mercado mundial parecía insinuársele a todo aquel que pudiera convertirse en el poder mundial mediante la conquista militar del mundo. El afán de lucro a escala mundial le dio a la guerra mundial su consigna. Pero cuando la guerra terminó, resultó que, en todos los países, la economía nacional estaba descompuesta hasta la médula; el intercambio entre trabajo y consumo estaba estropeado hasta el punto de no poder funcionar; el poder adquisitivo de las masas parecía totalmente agotado y exhausto; la pérdida de los mercados mundiales llevaba a

la bancarrota a las industrias de exportación de los países vencidos; toda la economía de mercado se encontraba agonizando. La circulación de dinero y bienes sufría interrupciones devastadoras. Las inflaciones erosionaban las últimas propiedades; los bancos cerraban; las cajas estaban vacías y la bolsa de valores agonizaba.

La producción ya no valía la pena. Al no aparecer la plusvalía, el capital dejaba de tener sentido como fuente de beneficio para sus poseedores. Y al desaparecer el enriquecimiento de unos cuantos desaparecía también el aprovisionamiento para todos. A esto hay que añadir las enormes cargas para los pueblos que significaba la reconstrucción de zonas arrasadas por la guerra, los tributos y los pagos por las deudas de guerra, el saneamiento de las heridas y los daños de guerra a las personas y a las cosas. Un muro creciente de dificultades impedía todo intento de regeneración. Todo estaba carcomido, en descomposición y en ruinas.

La economía era incapaz de cumplir con su cometido social de proveer víveres y bienes en general; el capital sin rendimiento carecía de motivación y estímulo para funcionar; las masas sin trabajo ni salario no tenían posibilidad de prolongar su existencia; la humanidad no tenía la posibilidad de proseguir su desarrollo histórico.

El hundimiento de occidente parecía haber llegado. Oswald Spengler había obtenido su mayor éxito literario. “El caos estaba pariendo la revolución”.

### **La encrucijada histórica**

La guerra mundial había sido dura y más dura aún era la derrota general que ella trajo. Pero lo peor de todo fue la total ceguera de cada uno de los participantes y su incapacidad de reconocer esta derrota. Por ello, ni del lado de los vencedores ni del lado de los vencidos, se tomó conciencia del momento histórico de la situación.

No es de extrañar, pues, que los gobiernos a los cuales había sido confiado el destino de sus respectivos pueblos cometieran errores decisivos y fatales. Los gobiernos de los Estados vencedores se regocijaban con el triunfo hueco de un éxito final pagado muy caro. Gritaban al mundo su gloria, rumiaban en contra de

unos enemigos postrados, dictándoles tratados de paz duros, difíciles o dolorosos. El individualismo, transformado en nacional y degenerado en chovinismo, experimentaba su mayor frenesí.

De haber entendido los vencedores que la guerra había sido también para ellos un cambio de período y una modificación profunda en la materialidad de su existencia, habrían quizá adoptado otra actitud: nada de represalias, de chantajes materiales, de referencias a deudas y sanciones.

Pero estaban ebrios de la petulancia propia de los vencedores, ciegos por la ira y sordos por el odio. No sólo porque ellos mismos eran hombres de mentalidad capitalistas en quienes la guerra, cual forma última y la más salvaje de competencia, instigaba y desataba todos los peores instintos; sino también y sobre todo porque los vencidos, entregados momentáneamente a su venganza, ni por un minuto habían dejado de ser aquellos viejos lobos egoístas y aquellas hienas ávidas de rapiña. Debido a sus experiencias sangrientas podían imaginar demasiado bien que los vencidos, de haber sido los vencedores, les hubieran aplicado métodos mucho más crueles de sometimiento y castigo.

Cierto es que no faltaron intentos de dar buenos consejos a la humanidad o de enfocar los tratados de paz con mejor entendimiento e inteligencia. ¡Unión con los países y pueblos vencidos para construir, de mutuo acuerdo, una comunidad más grande y fructífera! ¡Fraternidad amparada por un derecho igual y común para nuestros intereses más elevados! ¡Determinación para trascender los límites de una pequeña burguesía nacional, hacia una clase mundial asociada a un “Estado federativo internacional de Estados”! Tales eran las tesis, los programas, los manifiestos, los objetivos correspondientes a la tarea histórica y cónsonos con la situación del momento. Pero el egoísmo y la avidez de rapiña los acalló; y la demencia por dominar de los individualistas los barrió de la mesa de negociación.

Así pues, la vieja ideología permaneció incólume. Más aún, se regocijaba en una fiesta bulliciosa y más desenfadada que nunca. Las banderas nacionales se izaban en todos los mástiles y almenas; y eran aplaudidas frenéticamente en el delirio de la victoria. Miles y miles de veces se celebró en las tribunas, en ocasión de la inauguración de monumentos, una orgía de patética jactancia.

Se trazan nuevos confines, los mojones fronterizos se mantienen doblemente protegidos por cercas y alambradas, se intensifican las ordenes de vigilancia y se exacerban las rivalidades nacionales mediante todas las artimañas de la demagogia. Pero bajo esta mascarada ideológica, emerge nuevamente como el “ave fénix”, la vistosa figura del viejo capitalismo privado. ¿Quién dijo que había abdicado?; ¿dónde estaban las pruebas de ello?; tan sólo los locos o los visionarios podían afirmar tal cosa. ¿Acaso no estaba claro que la guerra le había proporcionado un magnífico renacimiento? Y en su estrecho egoísmo, el capitalismo de nuevo apaleaba sus pingües ganancias, como si con el fuego y el peligro, el sistema de explotación y de enriquecimiento había sido salvado para toda la eternidad.

Por otra parte, los países vencidos, Alemania en primer lugar, ofrecían la misma imagen de incompreensión política y de falta de aprendizaje. En este caso, la razón estaba envenenada ya no por el orgullo y el resentimiento, sino por la injuria y la vergüenza. El viejo poder se había caído al suelo como por un relámpago. El Kaiser era un desertor, Ludendorff un limosnero del armisticio; el ejército un coloso vacilante. El partido socialista subió al poder mediante una revuelta popular espontánea, confusa y heterogénea en sus objetivos. Sin embargo, un trágico error quiso que precisamente aquellos hombres que las masas coreaban como portadores y ejecutores del poder revolucionario, eran los mismos que, frente a la insurrección abierta de las masas, temblaban de miedo y, con un sentido hostil por causa de su autoridad lesionada, declaraban que ellos “odiaban a la revolución como al pecado”. Con su voluntad de poder quebrada y sus esperanzas esfumadas, la burguesía cedió y aguardó el desarrollo de los acontecimientos y de la nueva iniciativa. Pero ésta tardaba demasiado y los hombres nuevos, desconcertados, dirigían la mirada a los viejos. Se demostraba que la izquierda no era más que un pequeño e incapaz sustituto de la derecha.

Esta izquierda había ido a la guerra junto con la burguesía “para defender a la patria”; había colgado en la percha al socialismo y abandonado su papel revolucionario. Durante todo el tiempo que duró la guerra, permaneció fiel a su enemigo de clase en las buenas y en las malas. Todos los principios y las consignas de la lucha de clase fueron olvidadas. A lo largo de la guerra, la alianza que se había pensado como algo provisorio en nombre de la defensa de la patria, se había convertido en una unión permanente en nombre de la unidad nacional. Esta unidad debía ser la



unidad de la victoria, pero se había convertido en la unidad de la derrota.

No obstante, esta derrota le daba la oportunidad de acordarse de un pasado mejor y de regresar al lustro revolucionario de su doctrina.

Hubiera podido girar pues el timón de la fracasada política de guerra y de nuevo deslizarse a toda vela por la tormenta de la lucha de clase. Esta decisión hubiera desencadenado no sólo el entusiasmo de los trabajadores alemanes, sino también hubiera encontrado aplausos y eco en la revolución rusa. Pero no se puede convertir una mula en león. La alianza bélica con la burguesía había confrontado a la socialdemocracia alemana con su verdadera naturaleza. Ella había sido siempre tan sólo un movimiento socialista en apariencias. Durante décadas había logrado confundir acerca de los principios de su constitución que, en el fondo, eran burgueses y que nunca había podido superar. Había sido y seguía siendo un partido reformista pequeño-burgués, en el cual se escondían los frustrados y los que habían llegado tarde al desarrollo del capitalismo. Nada de movimiento revolucionario, sino, más bien, una expresión de revuelta de enfurecidos aspirantes a capitalistas.

De ahí su prontitud en aliarse con la burguesía, cuando el principio burgués, que era también el suyo propio, se encontró en serio peligro. De ahí, su desparpajo en desembarazarse de la etiqueta socialista y de ese paquete de la lucha de clase. De ahí su repugnancia intrínseca y su resistencia extrínseca a toda actividad que conducía de manera consecuente con la revolución. Había ido a la guerra con el entusiasmo de los bodegueros para salvar los valores sacrosantos de la propiedad privada, del beneficio, de la nación y del individualismo. Ahora con el horror de los bodegueros y la mala conciencia de los traidores, retrocedía frente a toda revolución que apuntaba al hundimiento de todos esos valores sacrosantos.

El movimiento obrero alemán, ampliado con el checo, el austriaco y el húngaro, hubiera podido asegurar, junto con Rusia, gobiernos de izquierda en Europa central y oriental, y de este modo crear un invencible polo de oposición económica y política contra las democracias occidentales. Con ello se hubiera asestado

un golpe a la victoria aparente de los Estados democráticos y hacer ver que la derrota de estos era la derrota efectiva y definitiva del sistema capitalista [...] <sup>25</sup>.

A manera de una demostración positiva y práctica de esto los pueblos liberados hubieran podido sentar la base de un sistema social auténticamente socialista, a partir de la igualdad, para todos benéfica, de sus intereses económicos y sociales. El elevado desarrollo industrial, en especial el de Alemania, podría haberse combinado con la riqueza agrícola y minera de Rusia. La cultura occidental hubiera podido fundirse con la oriental para formar una nueva infinitamente más rica. De la combinación del hombre capitalista y del hombre feudal, hubiera podido surgir un nuevo tipo más elevado de hombre. Entonces, hubiera sido posible abrir las puertas a un mejor futuro para toda la humanidad.

Desdichadamente, a este objetivo se oponía toda la manera de ser de la socialdemocracia, la cual era, en esencia, la manera de ser, interna y externa, del proletariado alemán. Y ni se diga de las oposiciones que dicho objetivo encontraba del lado ruso, las cuales impidieron su desarrollo.

La socialdemocracia, podía plantear también con cierta razón las preguntas acerca de los fundamentos de su actuación: ¿Quién puede demostrar que el capitalismo como sistema ha sido derrotado por la guerra? ¿Dónde están las pruebas de tal afirmación? ¿Debe acaso el proletario dejarse guiar por locos y visionarios para dar un salto en el vacío?

Las masas, recién de regreso de un salto mortífero en el vacío de la guerra, no tenían ni el ánimo ni la fuerza para una segunda osadía de este tipo. No estaban convencidas, no confiaban en que un salto en el vacío de este tipo era necesario para el éxito y desarrollo históricos.

Los bodegueros tenían la última palabra. El oportunismo prevaleció. A la derrota de la guerra le siguió la derrota de la revolución. En la encrucijada de la historia no se dio ningún cambio histórico.

---

<sup>25</sup> Aquí falta una parte del manuscrito. [N. del E. Alemán]

## El fiasco alemán

No se trata aquí de hacer una requisitoria. Así que podemos dejar sin respuesta la cuestión de saber si la mayor responsabilidad por no haberse producido el vínculo entre la Alemania y la Rusia soviética para la construcción conjunta del orden socialista recae en los representantes de la revolución alemana o en los de la revolución rusa. Ambas partes actuaron erróneamente.

Pero aun sin este vínculo directo, la socialdemocracia alemana hubiera podido establecer el indispensable contacto con el pulso de la necesidad histórica si hubiera poseído el órgano revolucionario adecuado para ello. No es a raíz de su política frente a la guerra que perdió dicho órgano. Nunca lo poseyó. Su política frente a la guerra sólo evidenció a los ojos de todos esta carencia. Y ésta última se confirmó de nuevo en su fracaso con relación a la tarea revolucionaria.

No parece superfluo examinar otra vez hoy esta tarea. Aunque sea para constatar que cerca se encontraba su clave y que pequeños que eran los medios necesarios para llevarla a cabo. Todas las condiciones objetivas estaban dadas. Sólo faltaba un detalle al cual, es cierto, el marxismo vulgar nunca había prestado atención: “la voluntad es subjetiva, la confianza en sí mismo, el coraje por innovar”. Y este detalle lo era todo.

Con su unánime llamado a la socialización, la revolución alemana había planteado la cuestión decisiva como tarea inmediata para la acción. Este llamado que tuvo su inspiración en la revolución rusa y que fue martillado en los cerebros como símbolo de la ruptura, partió de la clase obrera, encontró eco en la pequeña burguesía, se extendió a los círculos intelectuales, a los funcionarios e incluso se introdujo en el interior de la burguesía. En efecto, era generalizada la sensación de que el capitalismo se encontraba en pleno colapso y de que su dominio fenecía. Sólo con el socialismo parecía factible salvarse del naufragio. *¡Hic Rhodus, hic salta!* Era la consigna del momento.

Sin embargo, los representantes oficiales y partidistas del proletariado no sabían qué hacer con la consigna de la socialización. Habían recitado siempre, como buenos chicos, su tradicional catecismo de agitación y se habían perdido en las pequeñeces de una política social reformista. Nunca se les ocurrió que la política social significaba en el fondo una renuncia a la revolución; que

sus negociaciones baratas sólo hacían al capitalismo más soportable para las masas; que esta política adormecía e iba matando sistemáticamente el interés y la inclinación por el estudio de los problemas revolucionarios.

Un marxismo insulso y mecánico los había reforzado en su negligencia. Los apologistas en su ingenuidad consideraban que el socialismo vendría por sí mismo tan pronto el proletariado hubiera conquistado el poder político, que se iría haciendo realidad a partir del famoso “día después” de la revolución. Cualquier intento por tratar esta nueva realidad como la obra de seres humanos, extremadamente complicada y difícil, era considerado como utopía inoportuna y gratuita de la cual sólo era posible mofarse y desentenderse.

Pero ahora en el torbellino de la revolución, la calle se rebelaba contra este cómodo rechazo de los líderes a pensar. Las masas sufrían el suplicio del hambre, así como las secuelas de la guerra. Acertadamente creían que sólo podían liberarse de estos males mediante el socialismo, y no querían ser engañados por segunda vez. Por lo tanto, exigieron la socialización y lograron imponer la formación de una comisión de socialización, la cual, según el texto del decreto gubernamental, tenía como meta *“averiguar cuales ramas industriales, debido a su desarrollo, estaban maduras para ser socializadas, y en qué condiciones podría llevarse a cabo dicha socialización”*.

El estilo del decreto era tan malo como su contenido conceptual. Ninguna mención de la formulación programática, tan común en la época: “¡Abolición de la propiedad privada de los medios de producción!” Ni una palabra sobre la expropiación con o sin indemnización; ninguna eliminación del monopolio privado del armamento; ninguna confiscación de las ganancias obtenidas en la guerra; ninguna intervención del poder económico de las grandes propiedades agrícolas de los *Yunkers*<sup>26</sup>, tanto al oeste como al este de Elba, que constituían la plaza fuerte de todas las reacciones ¡Nada de todo esto! Sólo miedo y vacilación, carencia total de fuerza y decisión y de acción claramente orientada, ignorancia e indolencia absolutas en todos los puntos decisivos. El “día después” de la revolución había llegado, pero el socialismo no aparecía.

---

<sup>26</sup> Miembros de la antigua nobleza terrateniente de Prusia que dominó Alemania a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX. [N. del E.]

Para disimular este fiasco evidente, los dirigentes obreros, elevados a la condición de estadistas, se dieron a la tarea de exhortar a las masas a tener paciencia y a desvirtuar la situación según su óptica hostil y recelosa. Un viejo demagogo —el líder minero Hué— puso en guardia a su partido levantando su dedo amenazante para que no se dejase encajonar en el papel de síndico de la quiebra; porque en vez del capitalismo lo que se podría socializar sería sólo su bancarrota; Otto Braun<sup>27</sup>, que había trepado hasta la silla del presidente de ministros de Prusia, declaró, con el semblante del hombre al cual Dios otorga junto con el puesto el raciocinio necesario, que no podía haber “*un momento más desventurado para la campaña de socialización*” que el del colapso general capitalista. Scheideman, Ebert, Hilferding, Eisner, David, y toda la banda de líderes de segunda y tercera, entonaban la misma canción tranquilizadora y apaciguadora. En el congreso de los “consejos de obreros y de soldados” de Berlín, Hilferding, el prominente especialista en economía de la socialdemocracia, ofreció una obra maestra de tergiversación y sabotaje de la tarea socializadora. Para empezar, excluyó de plano, a la producción campesina y a la industria exportadora. Luego rechazó categóricamente la creación por parte de los obreros de asociaciones de producción. Posteriormente, dividió las industrias en maduras e inmaduras para la socialización y seguidamente inventó un tabulador para la socialización: completo, a medias y a un cuarto.

Por último, una vez que, a fuerza de haberlo cortado, despedazado, vaciado y transformado en pura cháchara, no había quedado absolutamente nada del problema, pidió que, para la puesta en marcha del trabajo de socialización propiamente dicho, se le otorgase “un cierto tiempo”. Sus últimas sabias palabras fueron:

*“¡No se puede socializar un capitalismo en bancarrota!  
¡Antes tenemos que fortalecerlo y ampliarlo y cuando se encuentre de nuevo sano y fuerte, entonces empezaremos la obra de la socialización!”*<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Otto Braun (1872-1955) fue ministro presidente de Prusia entre 1920 y 1930 y trató de hacer de Prusia un ejemplo de “república popular”.

<sup>28</sup> Hilferding, Rudolf, “die Lehre vom Hineinwaschsen des States in der Sozialismus”. Discurso al congreso del Partido SPD 1927.

Una charlatanería cuya estupidez sólo era superada por su descaro. Pero obtuvo el éxito esperado.

En la comisión de socialización, tras interminables discusiones, dilaciones, maniobras y trucos, al final se aceptó en términos “platónicos” la nacionalización de las minas del carbón. El resultado práctico fue una decisión mayoritaria sin pie ni cabeza que, en última instancia, proponía crear una organización carbonífera “*administrada por los obreros, por la dirección de la empresa y por la colectividad*”. ¡Confusión, galimatías insuperables! Las carteleras y las paredes ostentaban el volante rimbombante y engañoso, salido de la pluma de Scheidemann<sup>29</sup>: ¡El socialismo ha llegado! ¡La socialización está en marcha!

Contemporáneamente por orden de Scheidemann y para proteger al capital minero de las más enérgica y sensata ocupación de minas por parte de los esclavos sublevados, las tropas de Noske penetraban en la zona del Ruhr liquidando los consejos establecidos en cada pozo por los propios obreros revolucionarios y poniendo fin a la acción revolucionaria de la comisión de los nueve, impulsora de la auténtica socialización. Lo que llegó por fin a la consideración del parlamento como leyes de socialización y de regulación de las minas de potasa, como decreto sobre la regulación de las atribuciones de la comisión de socialización, y como ley de socialización de la industria carbonífera chocó con la resistencia más enconada y dura del capital minero y financiero.

Las primeras pruebas de incapacidad y debilidad de la camarilla socialdemócrata de gobierno habían bastado para despertar en el capitalismo la conciencia de su próximo regreso a su situación dominante. Así que echo a la papelera el diletantismo ridículo de los programas de socialización y los substituyó por un programa intensamente capitalista para construir *trusts* tal como Stinnes, aprovechador de la guerra y de la revolución, lo había desarrollado en el consejo económico del Reich como meta de sus ambiciosos planes de ganancia. En vez de ser liberadas del capitalismo, las masas habían caído en una esclavitud aún peor. A pesar de ello no mandaron sus líderes al diablo; traidores y traicionados no tenían nada que reprocharse.

---

<sup>29</sup> Phillip Scheidemann (1865-1939) secretario de estado del gobierno de Max von Baden, miembro del consejo del pueblo después de la revolución y canciller del Reich en 1919, lideraba el ala derecha de la socialdemocracia.

## El experimento ruso

Los hombres no aprenden nada de la historia. Los obreros tampoco. De Rusia hubieran podido aprender cómo se hace una revolución. La lección práctica que significaba el ejemplo ruso había sido extremadamente impresionante y le habían prestado atención con entusiasmo. Pero cuando ellos mismos fueron sorprendidos por una revolución, no supieron que hacer. Pero no tenían la culpa o por lo menos no exclusivamente. La causa residía, en primer lugar, en que Rusia no era Alemania; y, en segundo lugar, en que una situación histórica no se repite por segunda vez en su forma original.

Había pues una diferencia muy llamativa en el desarrollo de ambos movimientos. El movimiento obrero de Europa central, y, sobre todo, el alemán quedó rezagado respecto a las exigencias que le planteaba la historia, mientras que la clase obrera y el campesinado ruso sobrepasaron sus respectivas tareas históricas. Había razones profundas para ello.

Mientras Alemania disponía de un movimiento obrero adulto, formado, fuerte y disciplinado, Rusia carecía totalmente de una organización proletaria arraigada. Esta insuficiencia hacía imposible la preparación en forma planificada de una revolución de grandes proporciones. El zarismo, como sistema de la bárbara reacción feudal, se había fortalecido enormemente tras su victoria sobre la revolución de 1905; hasta el punto de poder ahogar en sangre con éxito cualquier nuevo intento de sublevación de las masas. Sin embargo, el zarismo se había desplomado en medio de la guerra mundial, produciéndose repentinamente un abismo por encima del cual había que saltar. Las masas estaban desorientadas y entonces, apareció una capa de intelectuales, constituida principalmente por emigrantes que habían adquirido una formación marxista en el extranjero, la cual se apoderó de las riendas de la revolución y forzó el desarrollo de los acontecimientos, orientándolos según los preceptos de su doctrina. Esto era un atrevimiento y una osadía inauditos.

Pero pronto se hizo evidente que se había tratado de una locura temeraria. En efecto, la vía tomada se alejaba rápida y aceleradamente de la realidad. En la teoría abstracta todo era correcto. Cada paso se sustentaba en Marx. Pero Marx no había escrito para Rusia, sino para la Europa altamente industrializada.

Así se originó un abismo entre la idea y la realidad. Con cada paso la praxis contribuía, sin proponérselo, pero inevitablemente, a la construcción de un mundo imaginario. La voluntad de alcanzar la utopía se hizo utópica.

Los enfrentamientos con el zarismo, con la propiedad terrateniente y con los campesinos, en un país donde en vísperas de la revolución aún tanto como cuatro quintos de la población se desempeñaba en la agricultura, debieron haber condicionado una revolución similar a las que tuvieron lugar en Inglaterra a mediados del siglo XVII, en Francia a finales del XVIII y en Alemania a mediados del XIX. Una revolución de carácter burgués.

De hecho, la historia de febrero de 1917 fue realmente en sus inicios un levantamiento de las masas campesinas y de un proletariado, aún desprovisto de conciencia de clase; que se enfrentó al zarismo, cuya base de existencia había sido mortalmente herida a pesar de su aparente fortalecimiento después de la Revolución de 1905. Y lo hizo sin particular programa revolucionario, casi podría decirse en un acto de defensa instintiva; de la misma manera que se remata a un animal salvaje o se pisotea un hongo venenoso.

El hecho de que después de esta ruptura revolucionaria, los representantes de la burguesía, a la cabeza con Miljukow, Gutschkow, Rodsjanko, Kerenski y otros, asumieron el poder gubernamental, estaba en plena concordancia con la ley de la secuencia histórica. Ahora le tocaba a la burguesía. De acuerdo con el esquema tradicional, le correspondía la iniciativa y la representación del nuevo orden.

Ahora, sólo se requería que la burguesía rusa estuviese a la altura de sus tareas históricas. La candidatura a ser la sucesora histórica no era suficiente, para su consagración era indispensable mostrar la capacidad y la fuerza de cumplir. Y en esto la política burguesa atrofiada, confusa y coja resultó ser un fiasco, con lo cual la revolución fue perdiendo cada vez más su carácter burgués para adquirir una connotación proletaria de manera creciente y por último definitiva. No todo se debió al fracaso de la burguesía; los líderes proletarios sabían mejor lo que querían, estaban mejor formados políticamente y mejor preparados para su papel revolucionario. Así pues, la revolución presentó una nueva cara y se transformó en revolución proletaria. No obstante, sería falso deducir de esto que la revolución rusa habría invalidado para siempre las leyes que rigen la secuencia de las etapas revolucionarias de la historia.



Durante siglos, la historia de todos los pueblos ha confirmado la ley según la cual el feudalismo inevitable e inexorablemente es reemplazado por el capitalismo. ¿Qué razón habría para hacer una excepción en el caso de Rusia?, ¿Y qué razón existiría para negar la validez de esta ley para todos los casos futuros?

De modo que, en Rusia, según el desarrollo histórico y lógico, la burguesía capitalista debía suceder en el poder a la aristocracia feudal y no el proletariado, ni el socialismo. Esto, aún en el caso en que todo el proletariado industrial o todas las masas se hubieran identificado con el socialismo.

“Pravda” expresó este reconocimiento en su primer número de 1917, cuando definió correctamente, “*la introducción del sistema democrático republicano, como la tarea fundamental*” de la revolución.

Pero con su política, el estamento intelectual dirigente buscaba otros objetivos. No eran las leyes de la historia las que le preocupaban. Prefería dejarse llevar por las circunstancias inmediatas. Las acciones de masas se consolidaban mejorando en su ímpetu y en su contenido cualitativo. La oportunidad de tomar el poder de la noche a la mañana, produjo una excitación cada vez más incontenible. Se trataba de un maremoto que quería arrasarse no sólo con sus víctimas, sino también con aquellos que lo limitaban. De esta manera todo el poder político recayó sobre los bolcheviques.

En el verano de 1917, Lenin consideraba aún que el resultado de la lucha revolucionaria sólo podía consistir en el establecimiento de un régimen burgués de izquierda con un poderoso sector proletario revolucionario. Y ya para octubre los bolcheviques obtenían una victoria tan sólo para ellos. Entonces, les pareció obvio usar el poder obtenido en función de su teoría política y de los objetivos sociales que querían alcanzar. Lo que hasta ayer parecía utopía, ahora debía tornarse realidad.

La contrarrevolución feudal había sucumbido simplemente ante la embestida de la revolución. No opuso ninguna resistencia a la conquista del poder por parte de los bolcheviques. Por eso mismo, la contrarrevolución burguesa estaba aún menos dispuesta a someterse.

Más que la rusa, la contrarrevolución burguesa mundial, consciente de la solidaridad de todos los intereses capitalistas frente al enemigo de clase, se sentía despojada injustamente de su derecho histórico a la sucesión en la tierra rusa a tomar un lugar en

su historia. Por lo tanto, trató de arrebatarse nuevamente al bolchevismo aquello que consideraba como suyo propio. En la medida en que estos intentos de demandar su derecho histórico vinieron de afuera con los ejércitos invasores blancos, fueron derrotados unos tras otros. Este fue el éxito más sensacional y la época más gloriosa del joven gobierno revolucionario.

## **Rusia abandona la revolución**

La contrarrevolución no necesariamente tiene que venir de afuera; puede también desarrollarse desde adentro. Puede originarse en el contragolpe dialéctico que suele seguir a cada empuje revolucionario.

Para restablecer un equilibrio de fuerzas, el arco de las demandas y objetivos revolucionarios al tenderse demasiado regresa, luego del disparo como por efecto de una ley física, más acá del nivel inicial; si el contragolpe no es parado o frenado, entonces habrá contrarrevolución. La revolución rusa había vencido bajo el signo de los soviets con la consigna: “Todo el poder a los consejos”. Este grito fascinante desencadenó fuerzas insospechadas y produjo enormes resultados en la lucha. En la imaginación de los nuevos detentores del poder soviético la sociedad socialista debía construirse de acuerdo con las ideas del soviets.

Pero el sistema soviético requería de hombres que, además de entusiasmarse con la idea, estuviesen lo suficientemente maduros y desarrollados para realizarla prácticamente. La experiencia del espíritu comunitario del comunismo primitivo, aún vivo en Rusia, no era mejor que la escuela del patriarcado feudal que proveía al zarismo el material humano necesario. Sin embargo, el pueblo ruso con su atraso no podía ofrecer más que eso. Le faltaba ante todo ciertas cualidades personales propias de la época burguesa-capitalista; le faltaba también algo no menos importante como es la formación intelectual y del carácter que se obtiene mediante las técnicas de trabajo y los métodos de producción de la moderna industria. En efecto, el capitalismo no produce tan sólo fábricas y máquinas, otras maneras de trabajar y un rendimiento más elevado; sino también nuevos hombres con nuevas cualidades relacionadas a la producción, al espíritu y al carácter. Por lo tanto, no fue sin fundamento que Marx ató la victoria de la revolución proletaria al presupuesto decisivo, según el cual el mundo capitalista debía antes alcanzar el más elevado

grado de su desarrollo económico, social y cultural. Pues sólo entonces, estaría a la disposición de la revolución proletaria y de la incipiente construcción del socialismo el material humano adecuado, sin el cual la sociedad socialista es impensable. En Rusia faltó este elemental pero importante presupuesto y, por lo tanto, faltó el factor decisivo que condicionaba y garantizaba la verdadera victoria.

Los líderes soviéticos se habían engañado al apropiarse incondicionalmente y con demasiada astucia de los soviets como consigna, adueñándose con ella del poder que estaba en la calle. El soviet como consigna no era el resultado de su propia orientación revolucionaria; sino un bien extraño del cual se habían beneficiado. Para ellos había sido una gran ventaja, pero ahora resultaba ser algo funesto; porque la consigna y el Estado soviéticos carecían de los hombres soviéticos. Nada podía eliminar o reemplazar esta carencia. Habían podido engañarse a sí mismos y a todo un pueblo; pero no a la historia. La revolución rusa en tanto que revolución proletaria y socialista estaba inexorablemente en entredicho.

Sobre este punto, el de menor resistencia, se centró la estrategia interna de la contrarrevolución y con ello el antagonismo permanente entró a formar parte de la esencia constitutiva del poder soviético ruso. Para rechazar el intento de invasión de los ejércitos blancos del capital europeo occidental, Rusia necesitaba un ejército rojo que defendiera las fronteras del nuevo imperio, que sofocara la guerra civil y quebrantara las fuerzas de la contrarrevolución militar. Era necesario constituir un tal ejército en poco tiempo, dotarlo de una fuerza de choque militar extraordinaria y hacer de él un instrumento seguro para la defensa y la consolidación de los éxitos revolucionarios. Esto se logró a costa del sacrificio del soviet en la estructura organizativa, en la dinámica funcional y, en especial, en la dirección de las operaciones militares. Contra esto surgió una oposición en el seno del mismo ejército conducida por Frunse, Gussew y Woroschilow. Ellos sostenían el criterio de que el ejército rojo debía diferenciarse de los ejércitos de los Estados capitalistas, no sólo por sus tareas políticas, sino también por su estructura, su estrategia y su táctica. De ahí que exigieran una dictadura militar proletaria y un sistema militar soviético. Esto no era como Trotsky, adversario declarado de este movimiento, lo presenta:

*“Un intento de elevar a sistema universal y durable los métodos de francotiradores del primer período de la guerra civil”<sup>30</sup>.*

Más bien era el intento de hacer valer el principio del soviet también en la construcción del ejército rojo. Este intento fracasó ya no porque Trotsky como comandante militar y jefe, tenía el poder de reprimirlo con firmeza; tampoco porque sus argumentos fuesen acertados y contundentes, sino porque no era aplicable. El principio del soviet era un cuerpo extraño al sistema bolchevique en el cual no encontraba ni base, ni medio favorable, ni sustento, ni posibilidad de existencia. De manera que no podía afirmarse y convertirse en realidad. El partido comunista rehusó aceptar las exigencias de la oposición, cosa legítima desde su punto de vista, y la burocracia, la cual ya había escalado el primer peldaño de su evolución como poder dominante, se aferró con avidez a las posiciones del mando militar, puesto que veía en ellas nuevas posibilidades de satisfacer sus exigencias de poder y un importante soporte para su especial posición política y social. Por lo tanto, los criterios para construir un ejército soviético para la defensa del socialismo fueron transformados y se volvió al cliché tradicional del ejército autoritario con propósitos burgueses de conquista, con todo lo que significa en cuanto a poder de mando autoritario, a la disciplina, a la subordinación y a la obediencia ciega.

Trotsky, que no quiere aceptar que era uno de los fundadores de la burocracia rusa, fundamenta la transformación del ejército, (que en su polémica con Stalin le pone fecha anticipada) de la siguiente manera:

*“Para ganar la confianza de los aliados burgueses y para no excitar demasiado a los adversarios, no había que diferenciarse a como diera lugar a los ejércitos capitalistas, sino, por el contrario, parecerse a ellos lo más posible. Detrás del cambio de doctrina y de renovación de la fachada se realizaron procesos de significación histórica”<sup>31</sup>.*

---

<sup>30</sup> Trotsky, L. *El nacimiento del ejército Rojo*.

<sup>31</sup> *Ibíd.*

En efecto, en primer lugar se dio el proceso de desarrollo que llevó de la lucha en las barricadas al termidor<sup>32</sup>. Un proceso que por cierto no empieza con Stalin sino con Trotsky.

En otra ocasión, Trotsky ha ofrecido una explicación distinta de porque el ejército rojo fue la primera institución del poder soviético que abandonó el principio del soviét. Para defender la revolución de los ejércitos contrarrevolucionarios no se podía esperar a que se formara un número suficiente de hombres soviéticos preparados para confiarles el poder de decisión militar. Había que actuar pronto y con los medios al alcance, si no quería fracasar.

Esto es correcto, aunque no del todo y ciertamente no en el sentido de la experiencia histórica. Hubo una vez, cuando la contrarrevolución desató contra París todas las fuerzas de la podredumbre social para aniquilar todas las conquistas de la Gran Revolución.

Y el peligro para la capital francesa, con un territorio relativamente pequeño, era ciertamente mayor que el peligro para la extensa Rusia con sus lejanas fronteras y con extraordinarias posibilidades para operar y obtener provisiones. Sin embargo, la Convención encontró en Carnot<sup>33</sup> al hombre que en las condiciones más difíciles que se puedan pensar, logró reorganizar de arriba abajo al ejército francés y a todo el sistema de conducir la guerra. Lo admirable de su obra fue que reconoció e introdujo con eficacia los nuevos principios de la doctrina burguesa, la democratización del ejército lo hizo muy superior a los ejércitos reaccionarios. Carnot se comportó como revolucionario y no como epígono de la tradición y esto es lo que importa si se quiere salvar la revolución. Esta reforma del ejército fue en sí misma una obra revolucionaria.

En Rusia faltó un Carnot, faltó una “revolucionarización” del ejército; faltó el momento fundamental y determinante de la revolución proletaria que debía darse durante la constitución del

---

<sup>32</sup> Se refiere al mes once del año, según el calendario de la Revolución Francesa, en el cual cayó Robespierre.

<sup>33</sup> Lazare Carnot (1753-1823) organizador de la Revolución Francesa que decretó la “*leveé en masse*”, es decir, la movilización total de hombres y materiales para la defensa nacional.

poder militar. En Rusia, el principio burgués retomó una posición dominante central. La fortaleza de la revolución había sido entregada libremente al enemigo, con lo cual la contrarrevolución ponía un pie en el corazón del nuevo régimen. Ya no era necesario que viniera de afuera, que la trajeran tipos como Kornilow, Judentochs, Denikin y Wrangel.

Mientras que Carnot activaba las masas, los dirigentes rusos ejercían actividades sobre las masas y para no ser expulsados del poder, ellos expulsaron al más elevado de los principios del poder. Aparentemente de este modo salvaron la revolución, pero le implantaron un alma contrarrevolucionaria.

### **El regreso al autoritarismo**

Lenin siguiendo a Marx, sostiene en su libro *El Estado y revolución* que el Estado es la forma específica de dominación burguesa que debe desaparecer después de la revolución proletaria; aunque esto no podrá lograrse inmediatamente; sino de manera lenta pero segura. En Rusia, el bolchevismo era el que tenía la tarea de llevar a cabo este proceso de extinción. Se debe admitir que las condiciones en que debía hacerse tal intento eran extremadamente difíciles y deplorables. Para realizar esta tarea, Lenin tan sólo disponía de un medio adecuado: los soviets. Pero, en realidad, en el sistema bolchevique por él creado no había lugar para estos.

No se trata de estar a favor o en contra de los soviets. Esta disyuntiva entre soviets o no soviets muestra la existencia de profundas diferencias en cuanto a la estructura organizativa, a los instrumentos de lucha, a los objetivos sociales, a la construcción práctica del socialismo y a los principios rectores de la nueva sociedad. Estas constataciones muestran que el Lenin dispuesto a apoyar las consignas a favor de los soviets debería haber sido un hombre completamente diferente al Lenin que carecía de tales consignas. Además, se deriva también que las dificultades y los obstáculos inusitados asociados a su intento de construir el socialismo en Rusia tenían un significado totalmente secundario y subordinado en cuanto a su incidencia para lograr el éxito de ese intento.

Si Lenin hubiese creado su sistema bolchevique para un movimiento obrero internacional y hubiese tenido la suerte de poder ponerlo a prueba en la lucha revolucionaria de un proletariado industrial moderno, en los países más avanzados del mundo, se podría apostar uno contra cien de que habría sufrido el mismo fracaso que en Rusia.

Durante sus años de estudio y preparación, Lenin pensaba siempre en la eventual caída del zarismo y en su reemplazo por un gobierno burgués de izquierda, contra el cual el proletariado, apoyado y dirigido por los bolcheviques, debía dirigir su lucha. De ninguna manera, estaba preparado para un gobierno proletario ni teórica ni prácticamente. En este sentido, nada es más significativo que el hecho de que escribiera su libro *El Estado y revolución* precisamente poco antes de la lucha decisiva, cuando la problemática de la revolución proletaria, por así decirlo, le quemaba en los dedos.

Cuando la revolución rusa se convirtió en revolución proletaria, los eventos se le escaparon de las manos y, contra toda expectativa, lo colocaron frente al problema de implantar en el mundo la nueva sociedad socialista mediante su sistema bolchevique. Todas las necesidades que habían hecho naufragar al zarismo y a la burguesía, ahora debían ser satisfechas por una economía socialista. Frente a la magnitud de esta tarea, las deficiencias del sistema bolchevique lo llevaron al fracaso. Lo que emprendió fue a parar en un vergonzoso juego de aficionados llamado el “comunismo de guerra”. Después que la realización de la idea de los consejos en el ejército fracasó, fue eliminada paulatinamente también de la administración y del aparato de Estado y asimismo del edificio social y cultural.

Se procedía poco a poco, con precaución y astucia, encubriendo lo mejor posible el abandono y la desviación de los principios. En parte, para apaciguar la propia mala conciencia y en parte para no despertar ni excitar la desconfianza y la oposición de las masas. El reconocimiento verbal del sistema de los soviets era reafirmado de manera ostensible en todas las declaraciones oficiales. El poder estatal no se cansaba de autoproclamarse como poder de los soviets, aun cuando hacía mucho que el poder de los soviets había sido reducido a una sombra irrisoria. Tampoco, se avergonzaron cuando finalmente su engaño se hizo público para todo el mundo y la estrella soviética tan sólo simbolizaba la burla a la idea de los soviets a la cual habían renunciado desde hacía mucho tiempo.

El partido había servido como portador principal, aunque no exclusivo, de la propaganda y del experimento de los soviets. Sin embargo, fue el partido al que con la mayor solicitud minó a los soviets desde su interior, los suprimió y luego asumió como propias sus funciones.

Pero el partido no es básicamente una forma organizativa del proletariado, sino de la burguesía, la cual fue aceptada forzosamente hace algunas décadas por el proletariado como forma de organización debido a que, cuando el proletariado empezó a participar en el sistema electoral de la burguesía y terminó orientándose hacia el parlamentarismo, no contaba para ello con ningún aparato propio. De esta manera, se crearon uniones electorales que con el tiempo asumieron cada vez más el carácter de partido. Más tarde, el partido dio buenos resultados como forma de lucha y acción política en el medio político burgués y mostró ser tan cónsono con los intereses de la oposición proletaria que fue conservado, ampliado y dotado de una mayor eficacia.

Por lo tanto, el movimiento socialista de aquella época no tuvo ningún motivo para reemplazar al partido con alguna otra forma de organización. Por cierto, que mientras más orientaba el proletariado su lucha hacia el parlamento y mientras más miraba a la política social como el verdadero fin de su actividad parlamentaria, tanto más le parecía que el partido era el medio adecuado para representar los intereses de las masas.

El partido funciona tan sólo con la ayuda de una burocracia. Todo su aparato está construido según el modelo del Estado burgués de manera autoritaria y centralizada, operando de arriba hacia abajo con la típica división de sus miembros en dos clases. La iniciativa, la autoridad y la superioridad jerárquica es prerrogativa exclusiva de los dirigentes. Las masas tienen que esperar y aceptar las ordenes, mirar y maniobrar bajo comando y formar un material servil y maleable en las manos de sus líderes. Ellas reciben consignas ya preparadas y leen los periódicos escritos por sus dirigentes, siguen las decisiones tomadas desde arriba y creen en las verdades establecidas por los curas del partido en sus escritos sagrados. Así el partido es a la vez “iglesia ideológica” y militarismo político y, al igual que estos, son la imagen del aparato del Estado burgués, en la cual se manifiesta la perfección técnico-organizativa del burocratismo. *“Los bolcheviques, al organizarse como partido demostraron no estar conscientes de la constitución reaccionaria y burguesa de esta forma organizativa. Y al hacer del partido el órgano funcional del aparato de Estado, facilitaron la reintroducción del principio autoritario*



*de clase en el ejercicio y en la representación del poder estatal*" (s. n.). El partido se convirtió en el escollo que hizo naufragar sus intenciones socialistas. Desde luego que el partido había sido concebido en primer lugar como órgano para eliminar al Estado. Lenin exigía que la burocracia fuera despojada de ese "carácter de poder privilegiado alejado de los hombres y colocado por encima de las masas". Ella debía perder la aureola del "privilegio propio del superior y hacer de los funcionarios estatales simples ejecutores de órdenes". En esto Lenin tenía la ingenua convicción de que había una burocracia buena y una mala. Él veía la mala por todas partes en el mundo burgués, pero esperaba que la buena proviniera principalmente del Partido Comunista y que a partir de ahí se desarrollaría también en la sociedad soviética. Y como buen bolchevique, pretendía poder cambiar a discreción desde el poder la esencia de la burocracia.

Esto fue un error portentoso. Ocurrió lo que era previsible: también la buena burocracia en la que él había puesto tantas esperanzas, al cabo de un corto tiempo, demostró ser igual a la harto conocida mala burocracia.

Uno se asombra de que un hombre como Lenin, que creía haber comprendido la esencia de la dialéctica como ningún otro, hiciera un uso tan equivocado de la misma. Pero precisamente su pretensión de ser el mejor tan sólo buscaba ocultar inconscientemente el hecho de que era el peor dialéctico. Ciertamente no fue un dialéctico, sino un oportunista. Esta confusión caracteriza todo su sistema y a toda su política, la cual ha sido heredada por sus sucesores. Todavía hoy en día, es típico de su comportamiento el tratar de justificar como una genial conversión dialéctica incluso la más grave de las faltas oportunistas a los principios.

Una vez que entró en el círculo diabólico de los errores, el bolchevismo no pudo salir más de ese enredo. "La lógica de su autoengaño y de su ilusión lo condujo de manera consecuyente con engañar y a ilusionar a las masas extraviadas. En lugar de destruir al Estado, cosa que no supieron hacer, los soviets fueron destruidos por el Estado y, en lugar de poner a la burocracia al servicio del pueblo, convirtieron a este último en esclavo de la burocracia" (s. n.). Una especie de rey Midas al revés que transforma todo el oro en polvo.

Las funciones de los soviets y con ellas su significado, cada vez más parceladas y reducidas, fueron transferidas a otros órganos,

hasta que al final tan sólo jugaban un papel como el de los Comités de fábrica alemanes de la época del Kaiser Guillermo II. Tan sólo las cuestiones y los asuntos de importancia secundaria siguieron siendo de su competencia y estando bajo su influencia. Ya en 1920, no eran más que la sombra de lo que habían representado en su origen, constituyendo una bella consigna y un atractivo elemento decorativo sin contenido real ni eficacia práctica.

Pero en vez de confesar abierta y sinceramente el abandono de los soviets, se mantuvo resueltamente frente a las masas rusas y a la opinión pública mundial, la pretensión de que en Rusia existía el dominio de los soviets, así como la forma de administración que supuestamente correspondía al socialismo y que lo garantizaba. Todavía hoy en día, el stalinismo habla profusamente de la “Rusia Soviética”, del “régimen soviético” y de la “política soviética”, aunque es un secreto a voces de que todo esto es un engaño prefabricado.

Es la mismísima burocracia la que se aferra con mayor tenacidad a este engaño y tiene buenas razones para ello. Al principio el engaño consciente y planificado le dio la ventaja de desarrollarse sin molestias y sin límites, amparada por la falsa fachada de los soviets. Hoy le ofrece la ventaja de llevar a cabo una política burocrática de manera totalmente irresponsable y, por así decirlo, a expensas del sistema de los soviets que prácticamente ya no existe más. *“De esta manera, tiene la cobertura deseada para cuando salgan a relucir los errores del burocratismo y sus fatales consecuencias, al tiempo que desvaloriza frente a la opinión pública mundial el sistema de soviets que tanto odia, presentándolo como una forma inadecuada y peligrosa de dirigir al Estado. Debido a que la burocracia no sólo no quiere a los soviets, sino que tampoco quiere una revolución proletaria, tiene que quebrar su punta de avanzada desacreditando al máximo al sistema de los soviets tanto teórica como prácticamente”* (s. n.).

## **El partido es la burocracia**

Lenin había establecido un control obrero al lado de la burocracia para impedir el desarrollo de su “lado malo”, pero dicho control fue incapaz de evitar que la burocracia se convirtiera en lo que debía convertirse en virtud de su misma naturaleza.

Al igual que los suboficiales del ejército, la dirigencia media del partido se reclutaba generalmente entre los elementos de la tropa o de la militancia más hábiles e inteligentes, pero que solían ser también los más volubles, maleables y calculadores y con frecuencia los más corruptos. A ellos no les importaba obtener beneficios materiales directos tales como remuneraciones más elevadas, mejores viviendas y provisiones, vacaciones más largas o un trabajo de oficina. De todos modos, desde el principio, le dio mucha importancia a que los dirigentes realizaran mucho trabajo no remunerado y a que renunciaran en tales circunstancias a los beneficios extras que se les otorgaban a los militantes ordinarios del partido por realizar tareas especiales. Indiscutiblemente que por regla general el cuadro medio del partido se encontraba en términos materiales, peor que un obrero calificado.

Pero eran precisamente las consideraciones de prestigio y el deseo del poder, vinculados a las posiciones de relieve, las que jugaban la mayoría de las veces un papel decisivo para esta categoría de dirigentes. Por lo tanto, no se trataba de un motivo material, sino de uno psicológico: el de estar a la cabeza, el de poder mandar, el de tener en las manos el poder de decidir, el de pertenecer a la dirigencia. Son estos los beneficios incomparablemente mayores y más seductores por los cuales se pueden aceptar las privaciones materiales. Por eso, el aparato burocrático constituye siempre y en todas partes uno de los principales puntos para todos aquellos hombres ambiciosos y deseosos de poder que ven en las actividades del funcionario y del dirigente la ocasión perfecta para satisfacer sus deseos de superación y sus necesidades de poder.

Si en Rusia se creía haber encontrado en el control obrero un medio para evitar o prevenir este fenómeno, es porque se olvidaba que la selección de los obreros para el control no tomaba en cuenta de un punto de vista psicológico. En general, la psicología encontraba —y encuentra— en los partidos un trato displicente, especialmente por parte de los marxistas vulgares, quienes vislumbran en ella una peligrosa competidora de la orientación materialista económica de la doctrina marxista de la cual desafortunadamente tenían tan sólo un conocimiento de segunda o tercera mano. En los textos de Marx, hubieran podido encontrar que él le asignaba un gran peso al momento psicológico en la concepción revolucionaria de su doctrina.

También el partido comunista se opone a toda psicología con una superioridad despectiva y rechaza casi con totalidad consi-

derar la utilidad de su conocimiento para la praxis. En consecuencia, la lucha contra la “mala” burocracia, aunque bien intencionada y dictada por una preocupación presente desde el principio en los militantes del partido, no tenía ningún basamento psicológico. Fue una lucha aparente y como tal debía permanecer porque la gente de partido no se percató de sus causas profundas. En efecto, una verdadera lucha contra el sistema burocrático hubiera debido tener por objetivo al partido como tal. Por esto, el tratamiento de los problemas rusos cayó nuevamente en el viejo círculo vicioso de errores, los cuales una vez que comenzaron se repitieron incesantemente sin poder salir de él. La aplicación práctica de la psicología como instrumento de lucha contra la burocracia, no sólo presupone que se disponga del conocimiento psicológico, sino que se encuentre también en el medio adecuado que permita su aplicación de manera apropiada. Así como no toda tapa sirve para cualquier olla, asimismo no toda doctrina sirve para cualquier situación. De todos modos, en Rusia las cosas eran de tal naturaleza que la situación social y política en general se oponía decididamente a la utilización de los modernos procedimientos psicológicos.

El pueblo ruso alcanzó la libertad política y la emancipación desde una larga y profunda servidumbre. En el proceso antagónico de los cambios históricos, al feudalismo patriarcal sólo le puede suceder el liberalismo burgués como su antítesis. Pero, éste está indisolublemente vinculado al individualismo a las aspiraciones personales, al deseo de superación, al desarrollo y al crecimiento de la ambición por el prestigio y por el deseo de poder. El hombre liberal es el hombre emprendedor y ambicioso que compete en la lucha entre individuos, que en la vida económica se limita al enriquecimiento egoísta y en política se consume por el poder y el liderazgo. *“Es el hombre de la era capitalista cuyo campo de acción es el negocio y el mercado en economía y el partido y el parlamento en política”* (s. n.).

Al constituirse en partido comunista, *“el movimiento socialista ruso creó un campo de juego históricamente apropiado para que los hombres de la nueva era del individualismo pudieran moverse. Pero al mismo tiempo, el Estado soviético, al querer ser socialista, al confiscar la propiedad privada, al superar la producción capitalista y con ella la posibilidad de realización individual y, sobre todo, al eliminar el parlamento, le quitó al hombre individualista casi todas las oportunidades de expresar sus energías individuales y de usarlas exitosamente. Los inten-*

*tos de educarlo para que fuese un hombre socialista, de incorporarlo a los soviets, a la economía colectiva y a las comunas y hacer de él un hombre útil para una economía orientada hacia el colectivismo, fracasaron*" (s. n.). De manera que para el hombre individualista quedaba un solo lugar donde podía realizar y desarrollar su personalidad: "el partido." La vida del partido se convirtió en la esencia de su propia vida. Después de 1917, el hombre ruso se convirtió en el típico, clásico, hombre de partido, con todas sus características y fallas, con todas las virtudes y las perfecciones, los vicios, los dogmatismos y las intolerancias propias del caso.

Así como el hombre ruso no era idóneo para los soviets, estos no eran adecuados para él. En tanto que hombre feudal era demasiado inepto, como hombre individualista era demasiado individualista, no podía encontrar su lugar en ellos. Pero si encontró su elemento adecuado en el partido. Su deseo de hacerse valor lo llevó directamente a la burocracia: y del poder partidista saltó al poder estatal. De manera que al ir transformándose de burócrata de partido en burócrata de Estado se iba convirtiendo de hombre individualista en burócrata. Así pues, se convirtió en miembro de "*ese estrato privilegiado, alejado de los hombres y colocado por encima de las masas*" de burgueses, esa clase que, al participar por su propia naturaleza de las contradicciones de clase burguesas, se opone de manera hostil al proletariado.

Todo este desarrollo se vio favorecido por las particulares relaciones sociales y culturales de Rusia, por el atraso general y por debilidad numérica del proletariado, por el profundo desajuste político y económico, consecuencia de la larga guerra civil y por la permanente amenaza del colapso del poder del Estado, por la guerra contra los ejércitos invasores en las zonas fronterizas y por el carácter completamente provisorio de un régimen socialista que iba a tientos de un experimento a otro. "*De acuerdo con la concepción de Lenin, el poder del Estado debía ser explícitamente abolido. Ahora bien, se hizo todo lo posible para fortalecerlo y asegurarlo, sólo si se le podía fortalecer y asegurar, podría realmente abolirse*" (s. n.). ¿Quién entendía eso, quién puede comprender esta curiosa doctrina? La contradicción entre teoría y praxis era evidente y había muchas de tales contradicciones. Una de ellas era la lucha contra la burocracia y su exuberante crecimiento.

Las masas no podían reflexionar mucho sobre estas contradicciones, preocupadas como estaban con sus miserables condiciones de vida. Además, la dictadura no toleraba ninguna oposición.

*“Esa dictadura del proletariado que se convertía cada día más en una dictadura sobre el proletariado”* (s. n.). Los dirigentes centraron todas sus esperanzas en el golpe de suerte de la revolución mundial de la cual debía venir el rescate final. Elaboraron la receta para esta revolución mundial en todos sus detalles, siguiendo en su totalidad el modelo ruso y elogiándolo frente al proletariado de todos los países. Pero la revolución no llegó.

Rusia se encontró en un callejón sin salida. El modelo revolucionario no funcionaba, el pronóstico no se verificaba, la doctrina sobre el Estado no se realizaba, la separación entre buena y mala burocracia no se lograba, la praxis de la construcción socialista no se llevaba adelante y el bolchevismo en su totalidad era un fracaso.

Marx decía que cuando en la historia, algo entre teoría y práctica no funciona, la falla está siempre del lado de la teoría. La teoría bolchevique no podía obligar al desarrollo histórico a que se diera según sus intenciones. De manera que fue el desarrollo histórico el que obligó al bolchevismo a transformarse de acuerdo a los hechos. Lenin ya había transformado el marxismo en leninismo, ahora Stalin convertía al leninismo en stalinismo. Eso no fue la realización de la revolución sino su final.

## **La controversia entre los teóricos**

Antes de que tomara el poder, el bolchevismo no había tenido un buen comienzo. No sólo contaba con una secta irrisoriamente pequeña de adeptos, sino que se veía acosado vehementemente por muchos adversarios. Es comprensible —y no es necesario hablar de ello— que la burguesía, los agricultores, los pequeños burgueses y los campesinos, en la medida en que conocían algo de su teoría, lo temieran y lo combatieran como a la muerte. Tampoco vale la pena hablar de la lucha librada contra el bolchevismo por la socialdemocracia, que al consolidar su oportunismo y traición defendía los intereses de la clase burguesa. Tampoco hablaremos de los grupos socialistas radicales, comunistas, y anarquistas los cuales si bien eran revolucionarios estaban de acuerdo con su praxis. Sería superfluo entrar hoy en día en las oposiciones, las divergencias, las diferencias de las opiniones teóricas, de los comportamientos tácticos que se enfrentaban en aquel tiempo dentro de la confusión de esa caldera del diablo política y que luchaban por imponerse.

Parece ser mucho más importante comprender esa diferencia de orientación, la cual jugó un papel no tanto durante el desarrollo de los acontecimientos como en la crítica posterior y que en parte la juega todavía. La consigna “Rosa Luxemburgo contra Lenin” ha sido especialmente usada como pretexto para contrastar la táctica revolucionaria de los bolcheviques con la de la izquierda alemana. Se ha hecho todo lo posible para hacer triunfar una concepción a costa de la otra, mediante deformaciones de los hechos históricos y juicios torcidos. Como siempre en tales casos, los contendores han olvidado que ambas partes tienen y no tienen razón.

Resumiremos brevemente el contenido y el significado de la controversia debido a que ella es un verdadero ejemplo clásico de cómo, una vez atacados en el sistema de partidos, los hombres son incapaces de ver y comprender el carácter totalmente antirrevolucionario del partido, aún bajo las más favorables circunstancias personales y políticas.

Tanto Lenin como Rosa Luxemburgo se integraron al movimiento obrero moderno a través de la socialdemocracia. La socialdemocracia era en aquel entonces el único partido que conducía la lucha de clase en sentido marxista, la cual había logrado en Alemania su forma teórica y organizativa más evolucionada por no decir clásica. August Bebel y Karl Kautsky eran sus líderes más prominentes. Tanto Lenin como Rosa Luxemburgo se encontraba entre los admiradores incondicionales de esos dirigentes. Veían en ellos las autoridades indiscutibles, así como veían en el partido alemán el modelo de una organización llena de espíritu revolucionario, fundamentada en el marxismo y perfectamente construida y organizada con una táctica correctamente orientada. Rosa Luxemburgo, que desarrolló el grueso de sus actividades en Alemania y que conocía el partido muy de cerca, muy pronto se desilusionó en más de un aspecto y a partir de 1904 empezó a asumir una posición crítica respecto a él.

En cambio, Lenin como emigrado ruso desarrolló una actividad revolucionaria totalmente a la manera de los emigrados, los cuales se concentraban en los asuntos rusos y perseguían únicamente el derrocamiento del zarismo. No se dio cuenta que las grietas de la disensión comenzaban a dibujarse en la estructura de la socialdemocracia alemana. Sólo el fracaso catastrófico del partido que tanto admiraba al iniciarse la guerra mundial, lo hizo bajar de las nubes destruyéndole sus ilusiones.

Rosa Luxemburgo reconoció el carácter del partido alemán, fundamentalmente conservador, burocráticamente anquilosado y estéril. Se dio cuenta, además de su rigidez estratégica, de su estrechez tradicional, de su aversión e incapacidad por captar los nuevos problemas, de su renuncia al impulso revolucionario a favor de la política social del regateo y del aumento de los salarios, del desgaste y aburguesamiento de su estrato dirigente. De ahí que llevara a cabo, con el apoyo de un pequeño grupo de seguidores, una lucha tenaz e ininterrumpida en contra de la dirigencia del partido, de una parte, de la prensa del partido y de la táctica cada vez más aguada de la fracción parlamentaria. En 1910, lanzó un ataque frontal contra la posición oficialista burocrática y doctrinaria de Kautsky y contra la rutina presuntuosa y vacía del aparato del partido. De esta manera, provocó el escándalo de todos los oportunistas y los mediocres, de todos los presumidos, charlatanes y de los oscuros traficantes. Aunque este ataque fue valiente, le faltó la fuerza para ir hasta el fondo. Rosa Luxemburgo tuvo miedo de causar una ruptura o de impulsar el establecimiento de un movimiento de izquierda independiente con un programa realmente revolucionario. Esto porque ella misma era una mujer de partido hasta la médula y romper la disciplina le parecía un pecado mortal. La osadía de su crítica no era capaz de llegar hasta la gran concepción de un movimiento revolucionario alternativo; y la dirección del partido fue siempre lo suficientemente inteligente como para evitar expulsarla, colocándola así frente a un *fait accompli*<sup>34</sup>. Todavía hacia el final de la guerra, en el momento de romper con el partido, cuando elaboraba las tesis programáticas de la Liga de Spartacus, la máxima decisión que logró a este respecto fue la de pensar en la fundación de un nuevo partido. En ella no se había encendido la chispa de los “Consejos”, cuya idea ya se había reactualizado en Rusia mediante la propaganda y en términos prácticos. Se requirieron muchas discusiones y fuertes constricciones para impulsarla a añadir por lo menos a su concepción programática, que el nuevo partido no debía ser un partido “en el sentido tradicional”. La médula revolucionaria más profunda de toda organización de lucha proletaria seguía siendo inaccesible para ella.

Lenin se comportó de manera aún más sorprendente. Durante los años anteriores a la guerra mundial, no le prestó ni la menor atención a la oposición de Rosa Luxemburgo al partido alemán. No sólo se sintió obligado como socialdemócrata de izquierda a

---

<sup>34</sup> En francés: “hecho consumado”. [N. del E.]



apoyar en aquella precaria situación a su compañera de lucha que se encontraba bastante aislada, lo cual no representaba ningún peligro para él, puesto que ya estaba fuera del partido alemán; sino que, tampoco hizo el menor intento de orientar a la izquierda alemana hacia la teoría y táctica bolchevique y de esta manera estimularla o ganarla para un comportamiento revolucionario consecuente. Ni siquiera el conflicto de 1910 que llevó a la ruptura personal entre Rosa Luxemburgo y Kautsky, lo motivó a tomar una función más decidida o activa respecto al partido alemán.

Seguía siendo un admirador incondicional de Kautsky y persistía en su política particularista y nacionalista hacia Rusia. Incluso en este campo tan limitado, no estaba consciente de la importancia, en la eventualidad de una revolución, de los vínculos tácticos y de coordinación con el partido alemán o el partido polaco el cual estaba más o menos bajo la dirección intelectual de Rosa Luxemburgo.

Es sorprendente que Lenin no abarcara con su mirada la amplitud del movimiento proletario global, que su mente, elogiada como infalible, se haya dejado engañar por fenómenos superficiales y efímeros y que su inteligencia no llegara a pensar en la creación de puntos de apoyo en el exterior para su política revolucionaria, que hubiera podido poner en marcha inmediatamente después del derrumbe del zarismo. Pero lo más sorprendente de todo es que en la formación de sus principios revolucionarios, en la construcción de su estrategia revolucionaria y en el desarrollo de su táctica revolucionaria, llegó a resultados totalmente opuestos a las conclusiones a las que había llegado Rosa Luxemburgo en sus observaciones críticas y en sus experiencias en la socialdemocracia alemana.

Se produjo el más curioso resultado: una de las más fuertes y más maduras personalidades revolucionarias de ese tiempo, — Rosa Luxemburgo— formuló exactamente los mismos principios, emitió las mismas demandas y defendió, condenó y rechazó con todo vigor y fuerza polémica por equivocadas, inadecuadas y antirrevolucionarias las mismas tesis que Lenin —la otra gran personalidad de la época—. No sería marxista querer explicar esta oposición entre planteamientos intelectuales o entre subjetividades o entre temperamentos revolucionarios. Asimismo, no sería marxista tomar partido en esta controversia, aplicando pu-

ramente una regla abstracta y decidirse por uno u otro planteamiento con base en un esquema normativo. Ambos errores se cometen muy a menudo y ello puede ocurrir tan sólo si se trata el problema de una manera no dialéctica.

Gracias a sus consideraciones críticas sobre el aparato del partido, Rosa Luxemburgo, desde el principio, había chocado con la autoridad vacía, subalterna y altamente corrompida por su falta de fundamento de los dirigentes profesionales. Desde entonces, había reconocido en la burocracia el cáncer de todo el movimiento. Al empezar a investigar desde afuera el origen del mal, le quedó claro que al fin y al cabo toda la culpa debía buscarse en el principio de dirección centralizada. De los resultados de esta observación, llegó a la conclusión de que el centro de orientación del movimiento debía colocarse en las masas; de que debía conquistarse un mayor espacio para la democracia interna de los obreros; de que debía iniciarse un aligeramiento de las rígidas relaciones de la vida del partido. Todos estos objetivos los resumió diciendo que la socialdemocracia tiene que considerarse como el movimiento propio de la clase obrera. Esta definición era demasiado general, abstracta y sin contenido. En consecuencia, ocasionó muchos malos entendidos y muchas falsas interpretaciones. Si Rosa Luxemburgo hubiese propuesto concretamente el abandono del partido como forma de organización a favor del “sistema de los consejos”, las discusiones hubieran tenido una plataforma clara y se habrían despejado las confusiones. Desafortunadamente, ella no llegó a hacer este tipo de proposición. Probablemente no lo hizo no porque el pensamiento consejista no le era lo suficientemente familiar, sino sobre todo porque como militante de partido cejaba frente a la idea de arriesgar una ruptura radical con todo el sistema, con todo el pasado y con todo el contenido de su mundo político. A este respecto le faltó la capacidad de ponerse por encima del partido y el coraje histórico de probar lo inédito. Su mayor virtud se convirtió, en este caso, en su mayor defecto. Era demasiada hija de su tiempo, el cual fue muy grande en el análisis y en la crítica, pero siempre se quedó corta en la síntesis y en decidirse por lo nuevo.

El comportamiento personal de Rosa Luxemburgo durante la revolución de 1918-1919 parece confirmar lo dicho. Frente al movimiento consejista que se estaba desarrollando con empuje y de manera promisoría, ella permaneció bastante perpleja, inactiva e inconsecuente. En el congreso constituyente del Partido Comunista, llegó incluso a aceptar la traicionera consigna partidista, que era una puñalada por la espalda al movimiento consejista.

¡Qué empuje, que densidad y claridad de objetivos le hubiera dado al movimiento consejista si ella se hubiese colocado a la cabeza del mismo y hubiese dado, rompiendo con todos los partidos, una demostración de orientación revolucionaria! Hoy en día, la crítica la hace responsable del fracaso de la izquierda de la revolución alemana, con el estúpido argumento de que el pensamiento “consejista” por ella propugnado no habría permitido el desarrollo de un impulso revolucionario adecuado. En realidad, la izquierda de entonces tenía todos los motivos para quejarse de que Rosa Luxemburgo no se había lanzado en aquella lucha a favor de la idea de los consejos y de la creación de un movimiento y un sistema consejista con la suficiente energía, pasión y constancia.

Lenin jamás hubiese merecido semejante reproche, puesto que de su doctrina no se puede, de ninguna manera, derivar algún compromiso con el sistema consejista. En sus preparativos para la revolución rusa jamás contó con un movimiento de masas, ni tampoco quiso nunca tener algo que ver en lo más mínimo con el movimiento de masas del país que lo hospedaba. Vivía como inmigrante en completo aislamiento y su estrategia revolucionaria era un puro asunto de escritorio.

En la medida en que llevó su sistema a la práctica, entró en contacto tan sólo con un estado mayor de dirigentes profesionales seleccionados que entrenaba de manera militar en cursos revolucionarios para luego colocarlos a la cabeza de unas masas agitadas y quebrantadas por el hambre, la indignación y la demagogia. Ellos tenían la tarea de realizar la revolución de acuerdo a un plan y a un esquema diseñado previamente con exactitud y, como minoría escogida y organizada de manera rígidamente centralizada, debían sublevar y conducir a su meta a cualquier mayoría que casualmente se formara. Allí debía forjarse, con vistas al éxito, el material revolucionario de acuerdo a los métodos del espíritu revolucionario, exactamente estudiados, ensayados y de segura eficacia matemática.

Este sistema revolucionario expresa un profundo desprecio o cuando menos poca estima por las masas. Estas son carne de cañón como el ejército burgués, o son *coolies*<sup>35</sup> como en la fábrica capitalista. Los que importan son los oficiales, el estado mayor,

---

<sup>35</sup> Se llamaban *coolies* a los trabajadores asiáticos que proporcionaban mano de obra barata y en condiciones de cuasi esclavitud en las colonias británicas. [N. del T.]

los ingenieros y los técnicos. De acuerdo con el esquema del saber clasista, la fuerza y la masa, el espíritu y la materia están estrictamente separados. Es el triunfo brillante del principio de dirección autoritaria y centralizada en su máxima expresión. No sólo en teoría, sino también en los hechos —como lo proclaman los secuaces de Lenin— puesto que el sistema de Lenin tuvo su brillante confirmación en la revolución. Gracias a él, Lenin logró la victoria de Rusia. En cambio, Rosa Luxemburgo fracasó en la revolución alemana, su estrategia y su táctica fallaron.

El poder de demostración de esta confrontación parece ser muy satisfactorio, puesto que todos los defensores del sistema autoritario y centralizado siempre juegan con ella con aire de superioridad. Y ciertamente es falsa porque reposa sobre un error de razonamiento, sobre una manera de demostración completamente no dialéctica. La oposición entre Lenin y Rosa Luxemburgo no es, en realidad, la oposición entre dos situaciones históricas, entre dos épocas y, por ello, de dos sistemas producidos por las condiciones de diferentes épocas. Cada una de estas épocas dispone de sus armas y lucha según sus propios métodos. Cada época tiene el sistema que le corresponde. En el caso de la revolución rusa, se trataba de reemplazar el feudalismo zarista por el capitalismo burgués; en el caso de la revolución alemana, se quería reemplazar al capitalismo burgués por el socialismo proletario.

Lenin triunfó en la “Revolución” rusa; triunfó sobre el feudalismo mediante la típica táctica partidista de la clase burguesa. Esto ocurrió en febrero y en octubre él triunfó sobre la burguesía con los consejos que le había quitado de las manos a los mencheviques. Lenin triunfó dos veces: una a la manera burguesa y la otra en forma proletaria. Pero al destruir los consejos después de la revolución, la victoria volvió a perderse y sólo quedó históricamente como el vencedor de la revolución burguesa.

Rosa Luxemburgo fue derrotada en la revolución alemana; ella no fue derrotada porque no luchaba, como Lenin en Rusia, en el marco del partido, sino más bien fue derrotada porque en Alemania la táctica partidista, que se había convertido en anti-histórica, fracasó y ella no fue capaz de orientar a la clase proletaria hacia el uso de los consejos como arma adecuada a su lucha revolucionaria. *“Si Rosa Luxemburgo hubiese conducido al proletariado alemán bajo las banderas de los consejos con toda probabilidad se hubiera asegurado la victoria. De manera que fue la socialdemocracia burguesa con la ayuda del partido. Y como el tiempo de esta democracia había expirado, su victoria*

*se convirtió en derrota que al final condujo al fascismo de Hitler” (s. n.).*

*Al bolchevismo le aguardaba el mismo destino en Rusia. “La victoria del partido de Lenin fue suficiente para establecer el capitalismo, pero no para realizar el socialismo. Desde luego no el capitalismo en el viejo sentido, sino el capitalismo de Estado, cónsono con el desarrollo capitalista global y en total acuerdo con esta necesidad económica apareció el fascismo ruso bajo la forma de la dictadura de Stalin” (s. n.)*

### **Saquemos las conclusiones**

1-Lenin fue, según su vocación histórica, el hombre de la revolución burguesa en Rusia. En la medida en que traspasó los límites de esta vocación sufrió un fiasco.

2-Rosa Luxemburgo fue, según su vocación histórica, la dirigente de la revolución proletaria en Alemania. En la medida en que quedó rezagada respecto de las exigencias de esta revolución, también ella sufrió un fiasco.

3-Se puede hacer mucho o se puede hacer poco durante la revolución en el lugar que le asigna a uno la historia. Lo importante es hacer lo justo, en el momento justo y en la justa medida.

4-Todas las cosas incorrectas serán inexorablemente corregidas por la historia y los hombres que cometen los errores serán juzgados por ella.

### **El bolchevismo se convierte en contrarrevolucionario**

Mientras que, durante la revolución rusa, por lo menos en su primera fase, se hicieron serios esfuerzos para llegar a un compromiso entre el sistema de partidos y el de los consejos; esto de ningún modo fue el caso de la revolución alemana. La socialdemocracia alemana que en el fondo había perdido su carácter revolucionario, se oponía al bolchevismo y a sus métodos revolucionarios como a un enemigo mortal. Ya en el año 1917, Otto Braun había declarado categóricamente en el órgano oficial del

partido “Neue Zeit” que entre la socialdemocracia y el bolchevismo había que trazar una tajante línea divisoria. Colaborar con un partido de clase revolucionaria, le parecía a la dirigencia sindical corrompida hasta la médula una impertinencia insoportable. Los límites fueron trazados nítidamente.

Pero en 1918, hubo un levantamiento revolucionario en contra de la voluntad del partido y la idea de los consejos apasionó de las masas, era de suponerse que esta coyuntura sería utilizada por los bolcheviques rusos como una afortunada ocasión para ayudar al triunfo del pensamiento consejista en Alemania. Pero, así como antes Lenin había evitado apoyar el radicalismo de Rosa Luxemburgo para construir un movimiento realmente revolucionario, asimismo se sentía ahora poco proclive a auxiliar la izquierda alemana ofreciéndole una orientación de tipo revolucionario o medios más prácticos.

Hoy en día, los críticos bolcheviques afirman que Rosa Luxemburgo fracasó por su falta de consecuencia con su planteamiento: al justo análisis del oportunismo alemán le faltó agregarle el coraje de llegar hasta el final. Esto es cierto, pero su actitud consecuente y su valentía la hubiera podido volcar hacia dos orientaciones diferentes. Por un lado, Rosa Luxemburgo hubiera podido aglutinar la oposición interna a la socialdemocracia alemana en un movimiento propio y organizado de manera rígidamente centralizada, con el propósito de cortar las patas al oportunismo del partido y del sindicato. Esa hubiese sido su tarea en el período anterior a la guerra desde el punto de vista bolchevique. Pero, por otro lado, hubiera podido también ganar el control del movimiento consejista y usarlo para combatir con mayor empuje al aparato oficial del partido y del sindicato totalmente desacreditado. Esa era la tarea que la revolución le planteaba y que hubiese correspondido a la praxis del bolchevismo que por cierto había realizado algo parecido en Rusia. Rosa Luxemburgo no se decidió ni por una ni por otra. No se puede desconocer su falta de consecuencia y valentía. ¿Pero, qué ha hecho el bolchevismo, que hoy aparece como crítico de Rosa Luxemburgo, para eliminar esta falta en interés de la revolución alemana? ¿Cómo se ha comportado frente a los eventos que condujeron al fracaso de Rosa Luxemburgo en Alemania? ¿Los ha ignorado —como lo hiciera Lenin en el período de preguerra— o se ha abocado de manera práctica a su corrección a fin de salvar la revolución?

El Bolchevismo había vencido en Rusia con un minúsculo partido y con un movimiento de soviets que en breve tiempo había adquirido dimensiones enormes. También la Liga de Spartacus

alemana a cuya dirección pertenecía Rosa Luxemburgo, era fundamentalmente un grupo pequeño y poco cohesionado. ¿No se podría pensar acaso que a la Liga no se le hubiera podido escapar la victoria, si siguiendo el modelo ruso, hubiese sido reforzada y completada por un poderoso y sólidamente implantado movimiento de consejos, dándole una fuerza de ataque irresistible?

Aún en el caso en que en ese entonces Lenin, no hubiese visto en el movimiento consejista nada más que instrumento circunstancial a ser usado para conquistar el poder y luego tirarlo a un lado, —lo que no está demostrado—; aún en este caso, su deber revolucionario hubiera sido el de estimular a la izquierda alemana a seguir el mismo camino y crear un movimiento consejista y, de ser necesario, obligarla a ello mediante presiones morales. Pero nada de todo esto ocurrió. Tanto Lenin como el bolchevismo tomaron exactamente la actitud opuesta. Apenas si se había prendido en las masas la idea de los consejos durante la revolución alemana y estaba en tren de convertirse en una fuerza revolucionaria, cuya constitución sólo necesitaba la ayuda solícita y orientadora, cuando desde Rusia le cayeron por la espalda.

La consigna revolucionaria “todo el poder a los consejos” no sólo no encontró receptividad en Rusia, sino que inmediatamente, como estimulada por un cañonazo, toda la maquinaria bolchevique armó un tal bullicio en todas las formas imaginables, haciéndola incomprensible, saboteándola y enmarañándola en una telaraña. No hubo ninguna resonancia estimulante y alentadora; ninguna “ocupación de las fábricas”, ninguna *“instrumentación de la revolución en el taller de producción, ninguna toma inmediata del poder económico por las masas trabajadoras, ninguna transformación fundamental de todo el sistema ejecutivo y legislativo nada de que el poder de las masas es la suprema ley!”* Nada de todo esto. En su lugar la increíble consigna que a todo luchador revolucionario no puede no caerle como una mistificación, una bofetada en la cara, una monstruosa traición: *“¡Regresemos al partido! ¡Regresemos a los sindicatos! ¡Regresemos al parlamento!”* Fue una puñalada por la espalda con todas las de la ley.

¡En el medio del empuje inicial hacia un objetivo nuevo y revolucionario, esta agresión! ¡Precisamente en el medio del más bello asalto de un proletariado de guerra convertido en revolucionario y que estaba tomando fatigosamente conciencia de su propia fuerza, se da este perverso ataque por la espalda! ¡En medio del ardiente éxtasis de una actividad revolucionaria recién lograda, este estruendoso: “alto”! ¡Y esta orden constrictiva venía

de un lugar considerado como la ciudadela de la revolución y tenido por las masas como el Olimpo de toda sabiduría revolucionaria, de toda la energía y la experiencia! ¡No es posible expresar todo el efecto de esta retirada!

Por lo tanto, ¿nada de consignas sobre los soviets?, ¿nada del sistema de Consejos?, ¿ninguna ruptura con el pasado? ¿Pero, por qué no? ¿Por qué en Rusia sí y en Alemania no? ¿Cómo puede ser aquí una estupidez y un triunfo de la revolución? ¿Qué significa este cambio repentino? ¿Qué es lo que estaba pasando?, ¿un error, un malentendido?, ¿una intriga de la socialdemocracia?, ¿una mala jugada de la burguesía? ¿un ataque a mansalva?, ¿una traición? ¡nada de eso! Era algo mucho peor. La palabra de orden en contra de los soviets fue un acto totalmente legal de la política bolchevique que Lenin cubrió con su nombre y todo el estado mayor bolchevique lo respaldó en esta renuncia de lo que antes había sido una genialidad. Radek apareció en suelo alemán como comisario bolchevique explicando a nombre de sus mandantes que la consigna de los consejos era una locura y que sus promulgadores y sus defensores eran unos locos y unos criminales, que la idea de un gobierno de los consejos en Alemania era una grotesca y peligrosa aventura. Detrás de él, un ejército de agentes bolcheviques pagados por Rusia se lanzó contra de la tormenta revolucionaria. La resolución del congreso constitutivo del Partido Comunista, lograda con una inmensa mayoría y que orientaba la construcción y el funcionamiento del partido en la dirección del pensamiento consejista, era anticentralista, antiparlamentaria y antisindicalista. Esta resolución fue sabotada y tirada a la basura sin una contraresolución y convertida en un absurdo mediante el establecimiento de un partido rígidamente autoritario y centralizado en sentido leninista. Las amonestaciones masivas de los agitadores bolcheviques inundaron todo el campo de batalla de la revolución alemana. Todas las compuertas de la propaganda más desenfundada se abrieron. Por todos lados, se vociferaba con toda fuerza la contraconsigna ¡Abajo el movimiento consejista! ¡Basta con la comedia de los soviets! ¡Regresemos al partido, al sindicato y al parlamento!

Las masas estaban confundidas, asustadas, desesperadas y como aturcidas, envueltas por las carcajadas de los reaccionarios. Los curas del partido y del sindicato se burlaban a espaldas de las masas. La prensa vertía baldes de calumnias sobre la mala gestión de los consejos, sobre su vida disipada, la malversación, los robos de fondos y las historias de comadre. Allí donde había



oposición, surgían denuncias, ataques de la policía, juicios rápidos y encarcelamiento para apartar a los enemigos del orden. Por todos lados aparecían funcionarios bolcheviques o militantes del partido como agentes, delatores, soplones, testigos, cómplices y tipos cuyo gansterismo era de tal naturaleza que uno debe haberlos conocido para entender de donde se pudieran reclutar más tarde con rapidez las bandas armadas fascistas.

Bajo el efecto concentrado de todos estos métodos de proscripciones, de calumnias, de aislamiento, de desprecio, de vigilancia, de desgaste, de menosprecio, el movimiento consejista alemán lenta pero inexorablemente se derrumbó. Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Lugisches y casi todos los demás fundadores de la Liga de Spartacus fueron asesinados. Otros miles yacían en las cárceles. Noske mató otros tantos de miles en las luchas callejeras y en los sótanos de la policía. Muchos huyeron de la barbarie de este hundimiento durante el cual tanto el oeste contrarrevolucionario como el este revolucionario se encontraban unánimemente opuestos a la locura de los consejos, y a la odiada “ultraizquierda”.

Sobre los escombros de los consejos alemanes y sobre la tumba de la revolución alemana, la vieja socialdemocracia, el viejo sindicato y el viejo parlamento implantaron con la bendición del Estado bolchevique el poder político negro-rojo-dorado<sup>36</sup> de la Alemania de la posguerra.

## **La dictadura sobre el proletariado**

Después de la guerra mundial, la reconstrucción fue muy dura en todos los países, pero en Rusia fue probablemente la más dura. Allí se conjugaron en un caos envolvente los restos putrefactos del zarismo derrocado con la orgía de sangre de la guerra, las devastaciones del huracán revolucionario con los excesos de una larga y destructiva guerra civil. Toda la economía estaba en el suelo, tan sólo se podía satisfacer a duras penas las necesidades más elementales. En todas partes prevalecía una miseria masiva, ignorancia, devastación, destrucción y ruina. Se vivía como en una fortaleza sitiada, con las últimas escasas provisiones de

---

<sup>36</sup> Se refiere a los colores de la bandera republicana de Alemania. [N. del T.]

una economía de guerra precaria y quebrantada y totalmente desarticulada en su capacidad.

Una estricta reglamentación del consumo era imprescindible para poner algún orden en la distribución y consumo de los bienes disponibles. Por lo tanto, este comunismo de guerra requería de instituciones con poder ejecutivo, de un aparato autoritario y una estructura de comando burocrático para controlar todas las fallas, confusiones, líos y enfrentamientos.

Probablemente, el gobierno pensaba convertir el comunismo de guerra en un sistema económico planificado. Pero había múltiples impedimentos a ser superados a fin de poner en marcha esta transformación: el atraso general de los cultivos de cereales, en la producción industrial y en el comercio; la permanente agitación causada por la guerra civil; el empeoramiento de las relaciones entre campo y ciudad como consecuencia de la inmensa rudeza con que se realizaron las requisiciones forzadas; la tendencia a aumentar la diferencia entre precios industriales y precios agrícolas; la destrucción de la economía campesina como consecuencia de la paralización de la tierra, de la falta de semillas, fertilizantes y animales del trabajo; la indiferencia de las masas luego que se esfumó la realización de sus esperanzas socialistas; el agotamiento general debido al hambre, el miedo, a la lucha y a la inseguridad. A esto habría que añadir la no menos importante y consabida incapacidad del estrato dirigente para acometer la tarea de organización en gran estilo. De manera que el país se deslizó en un caos cada vez más profundo.

Frente al hundimiento, Lenin buscó la salvación en el regreso provisorio a los métodos prerrevolucionarios de la economía privada. Pero esto tampoco trajo la esperada prosperidad, así que la NEP tuvo que ser liquidada y se emprendió la colectivización de la economía agrícola, y se inició la campaña de industrialización, se pusieron en orden las finanzas y finalmente se puso en marcha la economía planificada. Lentamente la economía se recobró de su profundo estancamiento y de su agonía. Pero de todos modos se produjeron sequías, malas cosechas y hambrunas. Millones de personas perecieron. La energía y la fuerza de oposición de las masas no pudieron soportar más pruebas ni experimentos. Se encontraban en el mayor estado de agotamiento.

En todas las fases del desarrollo, la pobreza, el hambre y la penuria generalizada exigía cada vez más la ayuda de las autoridades locales de la legislatura y de la administración del país, de las

oficinas públicas y del gobierno. La necesidad impuso regulaciones, decretos, constricciones, controles y todo tipo de medidas ejecutivas. Pero esto también fue producido por la naturaleza de la dictadura que había sido establecida como forma dominante de gobierno. Por cierto, que —según la doctrina bolchevique— esta dictadura debía ser ejercida por el proletariado sobre la burguesía; su órgano debería ser los soviets en tanto que representantes del proletariado. Pero en la mayoría de los casos los Soviets fallaron, de manera que sus funciones tuvieron que ser asumidas por funcionarios del partido o por comisarios especiales. La burocratización del partido, característica de todo el movimiento obrero de los países capitalistas, se extendió en Rusia a la totalidad de la vida pública, asumiendo funciones tanto más groseras, rigurosas y brutales, cuando mayor fuese la pobreza, el atraso de la población y la oposición abierta. El funcionario de la administración, el hombre detrás de la taquilla, el gendarme, el comisario con brazaletes y cartera se convirtieron en los típicos representantes del poder estatal, odiados y temidos. La autoridad burocrática en todas sus formas estaba de nuevo en funcionamiento y dominaba a las masas. ¡La dictadura sobre el proletariado! ¡De esta forma hacia su aparición el prometido socialismo!

*“Y no cabe ninguna duda —decía Trotsky en ‘La Revolución Traicionada’— que si hubiese triunfado la revolución proletaria en Alemania (tan sólo la socialdemocracia impidió su victoria) el desarrollo económico de la Unión Soviética y de Alemania hubiera avanzado a tal punto que el destino de Europa y del mundo aparecería en la actualidad mucho más favorable”<sup>37</sup>.*

En efecto, hubiera parecido mucho más favorable y, sobre todo, Rusia hubiera podido alcanzar el socialismo. Pero Trotsky se equivoca cuando afirma que sólo la socialdemocracia alemana tiene la culpa por la revolución fallida. Esta es una fábula inventada en Moscú para el mundo con el fin de encubrir la culpa, por lo menos igualmente grande, de los dirigentes soviéticos de la época. El movimiento consejista alemán habría podido ser el medio para corregir y compensar la traición socialdemócrata, pero

---

<sup>37</sup> Trotsky L. *La revolución traicionada*. Editorial Fontamara, Barcelona, 1977.

se derrumbó por la intervención rusa y esta es una culpa imperdonable que recae primera y principalmente sobre la misma Rusia.

Naturalmente, la extremadamente deplorable situación rusa de aquella época se remonta a causas todavía más profundas. *“Le faltaba un elevado desarrollo de la técnica, una elevada eficacia de la productividad del trabajo, un relativamente alto desarrollo de los hombres, necesarios para realizar el socialismo. Le faltaba toda la fase capitalista que en su devenir lleva gradualmente a la técnica, a la productividad de trabajo y a los hombres al grado de madurez que hace posible y realizable una forma de sociedad y economía socialista. En Rusia se quiso reemplazar la evolución orgánica de un siglo con todo lo que ella implica material y humanamente por una teoría exagerada, por especulaciones, por engaños pseudológicos, por un acto de persuasión grandilocuente, por maniobras sutiles, por una organización rígida, por una autoridad estricta y por todo un sistema de coacción de poder y de dictadura. Con todos estos medios es posible, hasta cierto punto, doblegar y violar a la naturaleza, pero no así a la historia, y aquí fue donde el bolchevismo naufragó”* (s. n.). Lenin meditaba noche y día para impedir —de acuerdo a las exigencias principales de Marx y Engels y de sus propias convicciones— el surgimiento de una burocracia parasitaria y obstáculo para el desarrollo y poder lograr la organización de una nueva forma de sociedad realmente socialista. Pero todo se le oponía: lo primitivo de la economía, el atraso de la estructura social, el bajo nivel cultural, la inmadurez de la población y, sobre todo, su propia gran falla de no haber entendido nunca, de verdad ni a Marx, ni a los problemas de la dialéctica histórica. Apoyándose en los criterios establecidos por Marx y Engels, Lenin preveía ciertas medidas para evitar el surgimiento de una burocracia:

1-La elegibilidad, pero también la revocabilidad en cualquier momento;

2-Sueldos que no sobrepasaran los salarios de los obreros;

3-La transformación de la supervisión y del control en funciones generales a ser ejercidas por todos con lo cual todo el mundo

podría convertirse en burócrata por cierto tiempo y “así nadie podría convertirse en burócrata”.

Pero la praxis en la realidad fue más dura que el proyecto elaborado en un escritorio. En tiempos de duras necesidades es necesario proveer a las masas, acostumbrarlas a un sistema de relaciones diferentes, “enseñarlas” a obedecer a las medidas decididas; además, es necesario vigilarlas, apoyarlas, animarlas y eventualmente obligarlas o castigarlas. Asimismo, es necesario controlar sus opiniones, enfrentar sus críticas, quebrar su resistencia, combatir su oposición y evitar que se pasen al campo enemigo de la contrarrevolución. Es necesario reprimir las revueltas que vayan surgiendo, ejecutar con violencia requisiciones forzadas y aplastar con medidas militares las guerras campesinas. Se quiso suprimir el analfabetismo. Se trató de eliminar la influencia religiosa y clerical, que debían ser combatidas. Incluso el calor del verano y el frío invernal parecían conjurar contra el sistema soviético.

De manera que la burocracia tenía mucho que hacer. En todos los campos de la vía surgían para ella nuevas y cada vez mayores tareas y las posibilidades de afirmarse, de ganar puntos, de hacerse necesaria, y de probar que era indispensable. Ella era la que mantenía el orden, frenaba a las masas y salvaba al Estado que no hubiera podido sostenerse sin su energía y vigilancia. Naturalmente hay que estarle agradecido. Así fue que la burocracia que había sido condenada a desaparecer, en pocos años se convirtió en un aparato represivo como no se había visto nunca antes en la historia.

En el transcurso de los años, en especial después de la muerte de Lenin, aparecieron grandes diferencias de opiniones entre los dirigentes con relación a la táctica política en general y particularmente con relación a la solución de las más importantes cuestiones del Estado. Desde la derecha como desde la izquierda se desarrolló una oposición creciente contra la camarilla dominante en el gobierno y contra la función preponderante de la burocracia. Ésta, atacada directamente y amenazada su existencia, se puso sin reservas a disposición del poder político, conformando sus más fieles cuadros de combate. El solo hecho de que, como secretario general del partido, pudiera contar con cientos de miles de secretarios del partido escogidos y designados personalmente por él y que por eso estaban obligados con él, le aseguraba a Stalin un enorme peso en todas las discusiones. El aumento de

este poder personal repercutió en un mayor crecimiento de la burocracia. Mediante el apoyo mutuo, la influencia de los funcionarios y de la dirección del Estado sobre el modo de dirigir al Estado y la política en general se consolidó rápidamente y de tal manera que ésta, a su vez, repercutió sobre el crecimiento del poder de la burocracia. Así pues, la dictadura del proletariado se transformó cada vez más en la dictadura de una tolda política, luego en la dictadura de un pequeño grupo y finalmente en la dictadura de un solo individuo todopoderoso sin que sea posible saber hasta qué punto ellos mismos no eran más que prisioneros de la burocracia. En esa misma medida la democracia obrera perdió progresivamente su base y su espacio de acción tanto en las organizaciones como en el aparato del Estado. Su significado se debilitó y su derecho a la co-gestión política quedó tan sólo en el papel y fue finalmente eliminado. Su autonomía se volvió una farsa. Los soviets se vieron rebajados al papel de meros fantoches y también al partido le fue sonsacado todo su contenido y transformándolo en un mecanismo vacío.

Los secretarios y los funcionarios del partido ya no serían elegidos por los militantes, sino nombrados por la dirección central. Del mismo modo la redacción de los periódicos fue designada desde arriba y se confirieron mandatos. Las consignas, las resoluciones, los manifiestos ya no procedían de la discusión teórica y del trabajo práctico en el partido de los camaradas, sino que eran decretados por las oficinas del partido. Un servicio de información estrictamente organizado proporciona los clichés para opinar y para saber comportarse con relación a cada cuestión. Además, prescribe todo tipo de iniciativa, de cambios de opinión, de desviaciones, de virajes y esto de una manera tan sumaria, sin acondicionamientos y con una obstinada uniformidad para la cual las consignas de acción y las tácticas operativas son las mismas en los Urales como en Sajonia o en Asturias, o en Canadá o en la Tierra del Fuego. Nunca antes había habido un servilismo peor ni una educación en *masse* a la obediencia ciega como en este caso.

La militancia del partido tan sólo constituye el adorno de los mítines, de sus farsas electorales y de sus ocasiones festivas; su papel de esclavos políticos tan sólo les permite la ilimitada libertad de ensalzar a los dirigentes. En esto Stalin el padre de los pueblos no se diferencia en nada de Hitler, el salvador de la nación.

## Lenin combate a la izquierda alemana

Así escribía Lenin en un artículo del año 1920:

*“La peculiar fortuna de los bolcheviques en Rusia fue que ellos tuvieron quince años para llevar a cabo de manera planificada y consecuente la lucha contra los mencheviques (es decir los oportunistas y los centristas) y la izquierda, y por lo tanto, tuvieron todo el tiempo para prepararse antes de que se diera la lucha directa de las masas por establecer la dictadura del proletariado. En Europa y en América debemos realizar este mismo trabajo a un ritmo mucho más rápido”<sup>38</sup>.*

En ese mismo año apareció su panfleto *La enfermedad infantil del “Izquierdismo” en el Comunismo* que debía fundamentar e iniciar esta lucha. En sus primeras ediciones llevaba el subtítulo en extremo osado y cuestionable de *Ensayo de charla popular acerca de la estrategia y táctica marxista*, el cual fue más tarde suprimido.

La circunstancia de que el partido bolchevique en casi tres años no había sido capaz de construir un verdadero sistema soviético, fue la que dio en primera instancia y de manera inconfesada el primer impulso para este trabajo. El partido había sin duda conquistado el poder político y proclamado la dictadura del proletariado con la ayuda del movimiento consejista al cual era en esencia extraño, pero apenas si había avanzado algo en la estabilización de su poder y en la construcción de su economía. Sobre todo, no había podido encuadrar con éxito al sistema de consejos dentro del complejo de medidas de la política estatal que él defendía como socialista, precisamente porque le era, en esencia, extraño. Con ansias había esperado durante todo este tiempo la revolución mundial que suponía como la única que podía asegurar su poder. Pero la revolución mundial, al no estar bajo las ordenes de la dictadura rusa no llegó.

Lenin reconoció entonces, la imperiosa necesidad de ganarse definitivamente al proletariado mundial para la teoría, práctica,

---

<sup>38</sup> Lenin, V. I. *El radicalismo de izquierda*.

estrategia y táctica bolcheviques. Era inquietante que, no obstante, el ruidoso triunfo logrado por el bolchevismo en Rusia, el proletariado mundial mostrara una evidente escasa inclinación a familiarizarse con los métodos bolcheviques. Más inquietante aún era que la Tercera Internacional, fundada únicamente para propósitos de propaganda a favor de los intereses de Rusia, había fracasado o casi.

Las masas o permanecían dentro de la vieja socialdemocracia o sus actividades revolucionarias las empujaban a unirse al movimiento consejista que había surgido en muchos países, pero que estaba desarrollado principalmente en Alemania, Holanda e Inglaterra. Este movimiento de consejos no se dejó utilizar por Lenin a favor de Rusia y opuso resistencia a todo intento de ser ganado para un levantamiento revolucionario según el modelo bolchevique, no obstante que desde Moscú se pusiera en marcha una gigantesca maquinaria propagandística. Pero los militantes radicales y de ultraizquierda conocían sus asuntos mejor que los emisarios del Partido Comunista —y el mismísimo Lenin daba fe de ello— los cuales eran sin duda alguna mal pagados, pero honestamente convencidos.

El Partido Comunista había sido siempre un pequeño grupo de gesticuladores chillones y violentos que se encontraban entre dos grandes campos; a su derecha la socialdemocracia que recogía una gran parte de los desprendimientos proletarizados de la burguesía, por lo menos esa parte que no se unía a los bandos revanchistas reaccionarios; a su izquierda el movimiento de los consejos atraía con verdadera fuerza magnética a todos los elementos revolucionarios del proletariado.

Era necesario darle más vigor a la propaganda bolchevique. Sobre todo, había que arremeter con fuerza contra la ultraizquierda que, después de haber sido expulsada del Partido Comunista y recubierta de injurias e infamia al estilo bolchevique, se había ganado la confianza y la consideración de las masas. En Rusia los consejos habían fracasado, cómo podía ahora un movimiento rival tener la audacia de querer mostrar al mundo que el sistema de consejos es incompatible con los métodos bolcheviques, pero sí realizable por otros métodos. ¡Al traste con estos competidores!

Así pues, lleno de rabia, Lenin se sentó a escribir un enérgico panfleto. Un miedo frenético de perder el poder y una candente indignación por el éxito de los herejes guió su pluma. Si hubiera sido Stalin, hubiera procesado y fusilado a todo el mundo como



enemigos número uno del pueblo. Pero Lenin publicó tan sólo un panfleto *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo* que tenía por subtítulo *Ensayo de charla popular acerca de la estrategia y la táctica marxista*, que luego fue suprimido probablemente porque se avergonzó de ese sucio engaño. En efecto, la referencia a Marx no era más que un engaño. El panfleto de Lenin era un escrito polémico lleno de veneno y hiel, activo, grosero, saturado de tergiversaciones de sospechas y de falsedades, odioso y persecutorio como una bula de excomunión papal, un verdadero manjar para todos los reaccionarios. Pero al mismo tiempo, de todos los escritos programáticos del bolchevismo es el que con mayor precisión descubre y representa en la forma más pura la esencia del bolchevismo. El bolchevismo sin máscara. En Alemania, cuando en 1933 Hitler suprimió toda la literatura socialista y comunista, éste fue el único escrito que permitió que siguiera apareciendo. Él sabía por qué.

Por lo que se refiere a su contenido, no nos interesa lo que Lenin dice sobre la revolución rusa, sobre la historia bolchevique y sus disputas con otras corrientes del movimiento obrero y sobre las condiciones del éxito bolchevique en Rusia. Todo está dicho de manera unilateral y cuestionable que provoca discutirlo, pero no es este el lugar para ello. Aquí es necesario discutir los puntos resaltantes de la estrategia y de la táctica bolchevique en los cuales se expresan las diferencias entre el bolchevismo y la ultraizquierda. Para Lenin, el valor verdadero de este escrito en mostrar esas diferencias y lo hizo a su manera. Por su parte, la ultraizquierda fijó posición y aclaró esas diferencias desde su punto de vista. Para la propaganda soviética que trabajaba con enormes recursos, fue bastante fácil mantener alejados del público las refutaciones de la ultraizquierda. Lo que importaba no era una sincera discusión con planteamientos y contraplanteamientos, sino la censura brutal que en ese momento era lo adecuado a sus intereses. Pero las necesidades han cambiado, no sólo en Rusia sino también en el resto del mundo. En aquel entonces una parte considerable de la opinión pública mundial ponía en la Rusia bolchevique sus esperanzas de un mejor futuro. Hoy en día una tal esperanza se ha esfumado para la mayoría que se ha orientado hacia el fascismo. Y esto nos lleva a comparar al bolchevismo y al fascismo. ¿Pero qué es lo que se muestra mediante esta comparación?

Una desconcertante concordancia en los principios fundamentales de ambos sistemas: en la dictadura política, en el principio de autoridad, en el aparato represivo, en la dinámica de

normalización y en los métodos del poder. De todo esto hablaremos más detalladamente. Aquí sólo diremos que el escrito de Lenin corresponde a una necesidad política inmediata: la de aclarar la esencia del bolchevismo teniendo el fascismo como telón de fondo. Lenin proporcionó un servicio muy importante a este respecto; al creer que estaba destruyendo a la ultraizquierda, también pensaba que estaba salvando al pseudosocialismo bolchevique. Pero al salvar al pseudosocialismo le dio fundamento al fascismo. Ese libro suyo al cual la ira de Hitler le perdonó la vida atestigua en su contra.

### **El partido: cuándo y para qué**

La polémica de Lenin contra la ultraizquierda se centró en cuatro puntos: el partido, los sindicatos, el parlamento y los compromisos. Empecemos con el partido.

Lenin había fundado su partido que se llamó originalmente la socialdemocracia rusa y que constituía una sección de la segunda internacional, no en Rusia sino el exterior, en la emigración. Desde la división de 1903 en Londres, el ala bolchevique era tan sólo una pequeña secta con pocos militantes, los más hábiles de los cuales constituían la vanguardia cercana a Lenin. Las masas bolcheviques no existían ni siquiera en el papel. Ellas tan sólo existían como seres fantásticos en los cálculos revolucionarios de los dirigentes. La vanguardia estaba adiestrada científicamente, estrictamente, disciplinada, entrenada de manera revolucionaria, completamente controlada mediante continuas purgas. De manera que el pequeño partido era una especie de academia militar para preparación revolucionaria, cuyos principios educativos más importantes eran: la autoridad incondicional de los dirigentes, el estricto centralismo, una disciplina de hierro, un incansable ejercicio de la habilidad de opinar (*Gesinnungstüchtigkeit*), de combatividad y de autosacrificio, así como la total anulación de la personalidad a favor de los intereses del partido.

Lo que Lenin logró de esta manera fue un cuerpo de oficiales, una élite de intelectuales, una punta de lanza, una vanguardia que, al ser arrojada en el campo revolucionario, debía ponerle las manos a la dirección y adueñarse del éxito logrado. Si este método de preparación revolucionaria es correcto o falso, es algo que no puede ser decidido mediante reflexiones lógico-abstractas. El problema tan sólo puede resolverse dialécticamente, es

decir, mediante, el planteamiento y la respuesta a las siguientes preguntas básicas: ¿De qué revolución histórica se trata? ¿Cuál es el objetivo que debe tener la revolución? ¿Se trata de una revolución burguesa o de una revolución proletaria?

El partido jerarquizado y la ideología del liderazgo eran correctos para Rusia, donde se trataba de realizar una revolución burguesa tardía. En ese país, el partido tenía la tarea histórica de destruir el sistema feudal del zarismo y crear una sociedad burguesa. En este tipo de revolución, mientras más rígidamente centralizado está la voluntad del partido dirigente y mientras más consciente y enérgica sea su intervención en la conquista y configuración del poder, más exitoso será. El proceso de formación del Estado burgués y más prometedora la posición de la clase proletaria en el nuevo orden estatal.

Pero lo que resulta ser una feliz solución del problema revolucionario, para una revolución burguesa no puede ser al mismo tiempo válido para la revolución proletaria como tal. Aunque fuera sólo por el hecho de que ambos tienen tareas diferentes que deben lograr en condiciones y con medios diferentes y de que persiguen diferentes objetivos. De acuerdo con el método revolucionario de Lenin, los dirigentes constituyen la cabeza de las masas, ellos encarnan la perfecta formación revolucionaria, el entendimiento en tanto que elemento dirigente, la superioridad intelectual en la comprensión de la situación y en la dirección de las fuerzas combatientes. Ellos son los doctos especialistas de la revolución, los estrategas profesionales, los generales de la batalla. Ahora bien, *“la división entre cuerpo y cabeza, entre espíritu y materia, entre oficiales y tropa corresponde al dualismo de la sociedad de clases, a la característica del orden burgués que distingue entre los de arriba y los de abajo. Una clase o estrato arriba, destinado, educado, preparado para dominar y una clase o estrato abajo, considerado de antemano como los seguidores que deben obedecer y someterse a una voluntad externa. La configuración del partido de Lenin nació de este viejo esquema; su partido es una copia reducida de la realidad burguesa y de las leyes que la rigen”* (s. n.).

Todo aquel que quiera establecer un orden burgués encontrará en la separación entre dirigentes y masas, entre vanguardia y proletariado, los presupuestos adecuados para preparar las tareas y el objetivo de la revolución. Y tendrá tanto más éxito en su actividad cuanto más inteligente, educada y superior sea la dirigencia y cuanto más obedientes y subordinada a la superioridad y sabiduría de los dirigentes sean las masas.

Lenin quería la revolución burguesa para Rusia y, por lo tanto, su vanguardia como partido estaba perfectamente ubicada. Pero cuando la revolución cambió de carácter y se transformó en una revolución proletaria, Lenin, sin embargo, no cambió su método revolucionario, sino que lo conservó y su artificio estratégico y tácticas empezaron a fallar. Y si finalmente logró triunfar, esto no se lo debió a su vanguardia, sino al movimiento consejista que provenía del campo menchevique. Y cuando, después de la victoria, hizo a un lado a los consejos, todo su éxito revolucionario regresó al ámbito de la burguesía, cuyo último heredero y continuador hoy en día es Stalin. *“Actualmente, el Estado Soviético, anunciado a los cuatro vientos, se parece tanto al Estado fascista que se le puede confundir con él. Los adornos socialistas, y el engañoso decorado soviético no cambian en lo más mínimo su verdadera naturaleza”* (s. n.).

Se debe tener el valor de decir que Lenin era totalmente falto del espíritu dialéctico, absolutamente incapaz de ver las cosas y los procesos en su conexión histórica y en su acondicionamiento dialéctico. Su pensamiento funcionaba de manera absolutamente mecánica de acuerdo a leyes rígidas y de manera estable y reglamentada. Para él había un solo partido revolucionario, el “bolchevique”, una sola verdadera revolución, la “rusa”, un solo método revolucionario, seguro, exitoso e ideal, el “leninista”. Aquello que era válido para Rusia, también debía serlo para Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra, América, China, Somalia y el Indostán. Lo que era correcto para la revolución “burguesa” de Rusia, también debía serlo para la revolución “proletaria” del mundo entero. La dinámica de una fórmula que había sido adecuada en su momento, se movía en un círculo egocéntrico con una totalidad monótona, sin ninguna preocupación por las diferencias de tiempo y espacio, los materiales y las del medio ambiente, del grado de desarrollo y del nivel cultural, de los hombres y de las ideas. *“Él fue la materialización de la dictadura de la era de las máquinas en el ámbito de la política, el técnico y el mecánico de la revolución, el inventor de la normalización del ser social, el robot de acero que funciona como revolucionario”* (s. n.). Por eso, el profundo significado revolucionario del abandono radical de la tradición y del partido le quedaría por siempre oculto. Él jamás comprendió el secreto de la nueva orientación socialista del sistema de Consejos que para él fue sólo un instrumento ocasional, pero nunca el principio básico de la concepción socialista. Él jamás comprendió la negación del poder, de la construcción y del terror de la dictadura como medios de liberación

humana. Su mundo político estaba compuesto de dos hemisferios: en uno estaba la autoridad, la dirigencia, el poder; en el otro estaba la obediencia, la formación de cuadros y la subordinación. Dictadura y disciplina son las palabras de mayor recurrencia en sus escritos.

Es pues comprensible que se levantara de manera desconsolada y totalmente indignado contra el movimiento de extrema izquierda que había osado oponerse a su estrategia revolucionaria. Por eso es posible que él nunca viera en su comportamiento razones objetivas, sino tan sólo incomprensión, obtusidad, confusión, estupidez, frivolidad, bajeza, malicia y vulgaridad. Así se explica que sus peores accesos de ira fueran provocados por esa exigencia —que para los comunistas consejistas se explicaba por sí misma— de que finalmente los proletarios deberían tomar en sus manos su propio destino.

### **Revolucionar a los sindicatos**

“Tomar en sus manos su propio destino”. Esta es la frase clave de todas las cuestiones, el pivote de todas las diferencias entre los bolcheviques y la extrema izquierda. Esto es así en el caso del partido y también lo es en el caso del sindicato.

La ultraizquierda era de la opinión de que los trabajadores revolucionarios ya no tenían nada que buscar en los sindicatos reaccionarios, de que su tarea era la de desarrollar sus propias asociaciones de lucha que debían resultar de su trabajo comunitario en la fábrica. Por eso abogaban por una organización de fábrica que debía constituir el fundamento de la organización de los consejos.

Lenin se enojó tanto por esta exigencia que se desgañó en reproches y en ataques de ira. Viejos luchadores de probada experiencia fueron sermoneados por él tal cual como si él fuera un sargento y ellos unos reclutas en el patio de un cuartel alemán. Naturalmente creía tener razón de verdad y en cierto modo la tenía. Pero tan sólo en el mismo sentido que la policía del orden burgués tiene razón frente al movimiento obrero cuando éste se comporta de manera ilegal al demandar un orden diferente que le sea propio. Mientras más fuertes sus gritos y más sonora su voz, más débiles eran sus argumentos y más insostenible era su

punto de vista. Para demostrar que la posición de la ultraizquierda era falsa y contrarrevolucionaria siempre iba a parar a la experiencia de los bolcheviques en Rusia, pero los holandeses no eran rusos y los alemanes tenían que hacer su propia revolución. Por eso tenían toda la razón en rechazar esa arrogancia antidialectica que quería prescribirles de manera dictatorial la experiencia específica de un determinado período en un país determinado y en determinadas circunstancias como si fuese la única y verdadera sabiduría universal de todo el cosmos. Por eso podían hacerlo a un lado, riéndose de esa obtusidad que quería llevar tan lejos la autarquía espiritual, la cual tan sólo le reconocía valor histórico y revolucionario a lo que crece de su propia levadura, a lo que se amasa de su propia artesa y a lo que se cocina en su propio horno.

El hecho de que, al principio del movimiento obrero, los sindicatos hubieran tenido un gran significado para la lucha de clases y que hubieran podido convertirse en sólidos puntos de apoyo para la emancipación proletaria, es algo que pertenece al ABC de la experiencia socialista. No había ninguna necesidad de que Lenin lo anunciara como novísimo descubrimiento a un mundo atónito. Además, eso es tan sólo una verdad a medias. Todo aquel que no esté satisfecho con la experiencia de la secta bolchevique de la Rusia atrasada, sabe que hay algo más, es decir, que los sindicatos que al principio de su carrera fueron vehículos de progreso y motor del desarrollo, ahora suelen ser freno del desarrollo y agentes de la reacción. ¿No había acaso el mismo Lenin indicado el “hecho incontestable” de que con el tiempo se había constituido un estamento, “una autocracia obrera, sindicalera, estúpida, frívola, esclerotizada, egoísta, pequeñoburguesa, inclinada hacia el imperialismo y corrompida por él y desmoralizada”?

Ahora bien, es precisamente esta corporación de la corrupción, esta banda de *gangsters*, la que domina al movimiento sindical. Ella ha ejercido su jefatura moderna a costa de las masas especialmente durante la revolución alemana. Aquí está el motivo de que la ultraizquierda exija que los trabajadores no se afilien más a ella.

Lenin no quiso absolutamente entender lo que estaba pasando. Estableció una comparación entre los vicios de los viejos sindicatos y las virtudes de los jóvenes sindicatos rusos. Creía que en los primeros había muchos males, pero en los segundos todo era bueno y, por lo tanto, uno debía aferrarse a lo bueno, es

decir, que para mantenerse casto uno no debía perder la virginidad. ¡Una receta excelente! ¿Es acaso otra falta de pensamiento dialéctico, o el inicio de un juego de prestidigitación? Aferrarse a lo bueno era, para Lenin, sinónimo de permanecer en los sindicatos, puesto que, según él, uno debía trabajar allí donde estaban las masas. ¿Pero dónde estaban las masas? ¿Acaso en los sindicatos? ¿En el círculo de los curas? ¿En las sesiones secretas del conciliábulo de los jefes con los capitalistas a puertas cerradas? ¿En los bancos, donde los líderes recibían sus cheques por los servicios prestados? ¿O quizá en las asambleas ordinarias de los militantes? No, en ninguno de estos lugares se encuentran las masas.

Las masas se encuentran única y exclusivamente, todas y sin excepción, en las fábricas, en los talleres de producción, en las oficinas y en otros lugares de trabajo. Esos son los verdaderos lugares donde hay que ir a trabajar. La lucha no es un evento externo a la fábrica, a las relaciones de trabajo, no es una obligación de tiempo libre o un deporte dominical, sino algo que es idéntico al trabajo asalariado, a la relación de trabajo y al destino social del trabajador. Ser esclavo del trabajo y conducir una lucha de clase es una y la misma idea y está unidad debe lograrse también en la praxis.

¿Dónde hay que jugarse la *Magna Charta* de las exigencias proletarias?<sup>39</sup> Desde luego que no en las oficinas sindicales con manifiestos de lucha o en las cervecerías con resoluciones de protesta, ni en las calles o en los parques con mítines, ni en frente de las rejas de fábricas con huelgas, sino en la fábrica misma mediante la organización fabril que se constituye sobre la base del sistema de consejos. Constituida por los mismos capitalistas se convertirá automáticamente en organización de lucha en las manos de los trabajadores según su voluntad consciente.

En esta organización de fábrica, no hay una dirigencia profesional, ninguna separación entre líderes y masas, ninguna jerarquía entre la inteligencia y el trabajo, entre cabeza y mano, ninguna base para el egoísmo, el parasitismo, la desmoralización, la corrupción, la falta de reflexión, el anquilosamiento y el desgaste. Aquí, cada uno en tanto que compañero de trabajo es también compañero de lucha de otro, siempre en contacto recíproco, en

---

<sup>39</sup> La *Magna Charta* es el documento de las peticiones de la aristocracia inglesa al rey, que dio origen al parlamento inglés e 1222. [N. del T.]

el mutuo estímulo de los combatientes, bajo un control general y con la conciencia siempre viva de su responsabilidad. De esta manera los obreros tienen de verdad su propio destino en sus manos.

Pero Lenin no quería saber nada de este tipo de solución para la cuestión sindical. Su solución consistía únicamente en reformar y revolucionar a los sindicatos desde su interior. ¿Y cómo debía lograrse tal cosa? Pues muy sencillo, mediante la sustitución de los curas socialdemócratas por los nuevos curas bolcheviques. ¡He aquí el huevo de Colón!

Lenin permaneció fiel a su ingenua creencia de que en toda circunstancia había una burocracia buena y una mala. La mala crecía en el campo de la socialdemocracia y la buena crecía en el campo de los bolcheviques. Esto es una ley natural, casi una predestinación metafísica. Desde entonces, veinte años de experiencia con los sindicatos bolcheviques han puesto al descubierto en la práctica la necesidad y ridiculez de esta creencia. Siguiendo las directrices de Lenin, los comunistas han hecho de todo para lograr la “revolucionarización” de los sindicatos. ¿Con cuál éxito? La “revolucionarización” de los sindicatos ha fracasado completamente. El intento de fundar un movimiento sindical propio fue un verdadero fiasco. La competencia revolucionaria entre dirigentes socialdemócratas y dirigentes bolcheviques resultó ser en la práctica una competencia por la corrupción.

Así la valiosa energía de lucha de los trabajadores se desperdició en veinte años de experimentos sin sentido y sin perspectivas, en lugar de dirigirse hacia la lucha contra el imperialismo y el fascismo. De manera que se impidió sistemáticamente probar la confianza de las masas en sus propias posibilidades, se desacreditó su actuación y se las desanimó cometiendo errores para defraudarlas del éxito. Ya en 1918, Rosa Luxemburgo se quejaba amargamente de que los bolcheviques:

*“Sacrificaban innecesariamente y de manera contra-productiva, la más grande reserva moral que la clase obrera hubiera jamás acumulado”<sup>40</sup>.*

---

<sup>40</sup> Luxemburgo, R. *Rede zum Program, gehalten auf dem Grundungsparteitag* 1918 en Schriften.



Actualmente esta queja sería mil veces más acertada. Pero esto no es todo. *“El bolchevismo, gracias a su método, le ha hecho el juego al fascismo. Dirigir, orientar, controlar y corregir cada paso de las masas; impedir y sabotear todo retoño de autonomía, decepcionar todo impulso de autoconfianza mediante derrotras artificiosamente dirigidas, es la vía apropiada que en última instancia conduce a la sumisión incondicional al poder del fascismo”* (s. n.). La victoria del fascismo pudo ser tan sencilla, porque los dirigentes obreros de los sindicatos y de los partidos se habían ejercitado tanto en corromper y en castrar al material humano por cuya escuela había transitado por muchos años, hasta convertirlo en una víctima complaciente del yugo. Entre todos los culpables debe señalarse a Lenin como uno de los más culpables.

## **El parlamentarismo**

En el caso del parlamentarismo, se repite como un cliché, el papel de Lenin como defensor y partidario de una institución política caduca, la cual constituye un freno al desarrollo político y es un peligro para la emancipación revolucionaria de las masas proletarias. Y Lenin se ve siempre forzado a asumir una y otra vez este papel, porque tiene en mente una revolución diferente a la de sus contrincantes y porque, sobre todo, no quiere ver que las leyes de la revolución proletaria son diferentes a las de la revolución burguesa. Mientras que por esta razón la ultraizquierda defendía el rechazo al parlamentarismo, negándose en todas sus formas a participar en elecciones parlamentarias y a reconocer las resoluciones parlamentarias, Lenin con mucho celo se puso a favor de la participación en el parlamento y en las elecciones.

La extrema izquierda consideraba que el parlamento era históricamente obsoleto, que había perdido desde hacía mucho su valor como tribuna de propaganda, que constituía un peligroso foco de corrupción para los dirigentes y para las masas, que en el mejor de los casos adormecía la conciencia política y revolucionaria mediante la ilusión de las reformas legales, que en el peor de los casos constituía el centro, el órgano central de la contrarrevolución. Por eso se le debía destruir y, si esto no era posible, debía ser saboteado y negado con el fin de arrancar de la conciencia de las masas su significado tradicional, herencia del mejor pasado burgués.

Para poder salvar y encontrar el apoyo para su posición, Lenin debió recurrir a la treta de establecer una diferencia entre lo “históricamente” anticuado y lo “políticamente” anticuado. En efecto, él argumentaba que el parlamentarismo había caducado históricamente y por ello debía rechazarse como principio, pero no había caducado políticamente, por ello era necesario tomarlo en cuenta en la práctica, participando en él y, por lo tanto, acudiendo a las elecciones, al parlamento y reconociendo la actividad parlamentaria. Que vuelta tan genial esta que permite astutamente ofrecer una doble cara para las discrepancias en cualquier problema. También el capitalismo está sin lugar a dudas históricamente caduco, pero no así desde el punto de vista político; por lo tanto, debemos llegar a un compromiso con él. ¡Viva el oportunismo! Combatirlo en términos revolucionarios seguramente no quiere decir que se quiera destruirlo, pues hacerlo sería insensato y contradictorio hasta tanto no haya políticamente caducado.

También la monarquía seguramente ha caducado históricamente, pero no así políticamente y hasta tanto esto sea así el proletariado no tiene derecho a repudiarla. Puede discutir con ella, determinar su derecho a existir, lograr resoluciones mayoritarias y patrocinar teóricamente la república; ¡pero nada más! Quizá se puede hasta pactar con la monarquía y preferirla a la república, Lenin estaría de acuerdo con eso. Sin lugar a dudas también la iglesia ha caducado históricamente. Pero las masas en su gran mayoría aún la escuchan y esto es un criterio importante para Lenin; por lo tanto, es un deber revolucionario reconocerla y aceptarla. Los libre pensadores y ateos pueden combatirla actuando de manera estúpida y no revolucionaria. El verdadero revolucionario toma su libro de oraciones bajo el brazo y se va a misa hasta tanto la iglesia haya caducado políticamente.

Mientras tanto, el capitalismo puede aumentar la esclavitud de las masas con el apoyo de la monarquía y de la iglesia, hasta quitarle todo aliento revolucionario, hasta hacer desaparecer toda veleidad republicana y atea. El proletariado no tiene más que esperar a que el capitalismo, la monarquía y la iglesia hayan caducado políticamente. En qué consiste esta caducidad y cómo se logra, sólo Lenin lo sabe. La ultraizquierda era de la opinión de golpear a la serpiente en la cabeza allí donde se le encontrara. Lenin en cambio, pedía que se le dejara vivir, que se jugara a la política y el parlamento con ella, hasta cobrar la fuerza y el coraje suficiente para que su mordedura venenosa y mortal condujera a la muerte de su ingenuo enemigo.

Continuamente chocamos con la dolorosa constatación de que Lenin era incapaz de separar a la revolución burguesa de la proletaria como dos diferentes categorías históricas. Se apoya en:

*“La experiencia de muchos cuando no de todos los revolucionarios que le demuestra ‘que es particularmente útil’, en periodos revolucionarios, vincular la acción de masas afuera del parlamento reaccionario, con la actividad de una oposición favorable a la Revolución (o mejor aún que apoye directamente la Revolución) dentro del parlamento”<sup>41</sup>.*

¿Pero qué revoluciones son esas que le ofrecen tales pruebas a Lenin? Las revoluciones genuinamente burguesas en las cuales los grupos o las fracciones de oposición apoyan naturalmente a las acciones callejeras o las hacen suyas; puesto que el parlamento y los partidos son los centros de acción y los principales instrumentos de esta revolución. Véase los clásicos ejemplos de Inglaterra y Francia. Pero muy diferente es el caso de la revolución proletaria a la cual se refieren las exigencias de la ultraizquierda. Aquí el parlamento ya no es el teatro, la arena, el centro de acción, es tan sólo un viejo cachivache podrido que debe tirarse al fuego.

Lenin nunca pudo librarse del perjuicio de que en los períodos revolucionarios también es necesario alcanzar grandes victorias electorales y constituir una fuerte y vigorosa fracción parlamentaria. Él siempre consideró como un éxito lograr que la mayoría respaldara toda propuesta, una mayoría lograda mediante trucos y maniobras. ¡Qué visión y que estrechez (*genugsamkeit*) pequeñoburguesas!

La clase burguesa, no obstante, las victorias electorales, las fuertes fracciones y los éxitos parlamentarios de la izquierda, tiene todavía suficientes medios y vías para hacer valer la voluntad de la reacción fuera del parlamento, sin piezas de oratorias y maniobras entre bastidores, sin consultar a los diputados y sin consideración por los resultados de los escrutinios. En los períodos revolucionarios, toda victoria parlamentaria deja de ser victoria e incluso de ser una acción. Pero en todo caso, el hecho de que el parlamento siga existiendo en períodos revolucionarios

---

<sup>41</sup> Lenin, V. I. *El radicalismo de izquierda*. Op. Cit.

constituye para una gran mayoría de la población un símbolo suficiente para demostrar que el papel de la burguesía aún no se ha agotado y su causa no está del todo perdida. Este estímulo es decisivo para la psicología de las masas y para la reacción anímica de la opinión pública; puesto que en última instancia todo el mundo sabe que detrás del parlamento hay otras armas buenas para todas las ocasiones: “los cañones”. Solamente Lenin parece haberse olvidado de eso.

Él vive en un mundo imaginario que le hace ver en el parlamento una escuela para dirigentes donde se forman, se ponen a prueba y se educan para el trabajo revolucionario. Él piensa siempre en el parlamento de la primera época de la burguesía y en la actividad revolucionaria de los parlamentarios burgueses, pero el parlamento de la época de decadencia burguesa es un pantano de corrupción, un foco de infección de donde exhala ininterrumpidamente el vaho de aburguesamiento, de la degeneración, de la desmoralización, del disgusto y la aversión a la revolución. Y la infección que de él emana es un gran peligro para las masas, aunque no directamente sí indirectamente a través de los dirigentes sobornados, corrompidos, intimidados y preocupados por sus prebendas. En Alemania, por ejemplo, hubo un tiempo en que la reacción podía lograr cualquier decisión mediante la amenaza de que, en caso de una negativa, se disolvería el parlamento. Frente a tal disolución y las consecuentes pérdidas, los parlamentarios temblaban, los comunistas vacilaban con el mismo miedo que los socialdemócratas, de manera que decían sí a todo sin ninguna reticencia. Un asalto a la bastilla parlamentaria hubiese marcado en ese entonces el inicio de una verdadera liberación de las masas del sistema de permanente envenenamiento moral, y sólo la completa eliminación de esa cloaca hubiera podido traer la salvación. Pero tal cosa hubiera sido contraria al reglamento revolucionario de Lenin.

A Lenin no le importaba la liberación de los hombres de su esclavitud intelectual, de la intoxicación de sus voluntades y de la confusión de sus conciencias. Para él, la verdadera tarea básica de la revolución no era la formación intelectual y emocional de los hombres, su liberación de un mundo de autoalienación y del abismo de la inhumanidad. Lenin razonaba como un burgués, en términos de mucho y poco, de debe y haber, de beneficio y pérdida y mediante estas operaciones de contabilidad comercial se representaba siempre cosas concretas y superficiales: cifras de militantes, votos electorales, sillas parlamentarias, resultados de los escrutinios, trofeos de victoria. “*El burgués calculador como*

*hombre de negocios de la política y como especulador de la revolución*” (s. n.). Esta característica de su naturaleza aparece particularmente clara si se analiza su posición sobre el problema de la participación en el parlamento en Rusia.

De acuerdo con la opinión de Lenin, en Alemania el parlamento aún no había caducado políticamente. ¿Cuál era pues la situación de Rusia? ¿Acaso había caducado ya para las masas en ese país que se encontraban aún en la antesala de la época capitalista burguesa? No, decía Lenin:

*“Nosotros participamos en las elecciones de septiembre-noviembre de 1917, para la constitución de un parlamento burgués: ‘La constituyente’”<sup>42</sup>.*

Esto era correcto y los bolcheviques habían demandado violentamente la convocatoria de la Asamblea Constituyente e incluso elaboraron su propio reglamento electoral. Por lo tanto, se trataba de una adhesión completa al parlamentarismo. ¿Pero qué ocurrió cuando la Constituyente fue efectivamente elegida? Fue disuelta por los mismos bolcheviques. ¿Y para qué? Porque mientras tanto se había efectuado un viraje hacia la izquierda de las masas, de manera que el establecimiento de la Constituyente ya no correspondía a la nueva situación. Los bolcheviques pues habían hecho una mala especulación con su participación en las elecciones. El experimento había resultado mal. Así pues, que para salvar su posición los bolcheviques destruyeron al parlamento. Hicieron exactamente lo que la extrema izquierda quería hacer en Alemania.

En Alemania —según Lenin— el parlamento aún no había caducado políticamente y, por lo tanto, debía ser conservado para la revolución. En Rusia, por el contrario, en una noche, estaba ya maduro para su destrucción. Lo que para una mayoría de los trabajadores industriales altamente desarrollados y políticamente instruidos era una estupidez, un error y un crimen; era en cambio, para unos campesinos y proletarios del campo, analfabetos en un 80%, embrutecidos por siglos de feudalismo y totalmente despolitizados, una acción revolucionaria gloriosa e históricamente correcta ¡Qué maravilla!

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*

Si la Constituyente por su estructura, ya no se conformaba a la estructura política de la población, se hubiera podido pensar en llamar a nuevas elecciones y elegir una nueva. Por lo menos, esto hubiera sido lo lógico según la visión leninista sobre el derecho histórico a existir del parlamento. ¡Pero no fue así! La Constituyente fue abolida de una vez por todas, puesto que el Estado soviético —según la opinión de Lenin— ya no necesitaba el parlamento.

¿Pero era un Estado soviético la Rusia de noviembre de 1917? En el mejor de los casos tenía la intención de convertirse en tal. Esta intención era, tal como resultó ser luego, un atrevimiento para no decir que fue la temeraria exageración de una pequeña camarilla de dirigentes, los cuales, para llegar al poder, habían especulado exitosamente con los consejos. *“En realidad el sistema soviético jamás vio la luz, salvo como un fiasco y un fracaso político. De manera que el deseado Estado soviético se convirtió de hecho en un Estado partidista, en un estado burocrático, en un Estado que, de acuerdo a su naturaleza fundamentalmente burguesa, requiere necesariamente de un Parlamento”*. (s. n.)

Los gobernantes rusos hubieran debido pasar a un sistema parlamentario, apenas se demostró que el sistema de soviets era inaplicable. Hubieran Estado de acuerdo con las necesidades orgánicas del desarrollo histórico. Ciertamente hubiera sido una concesión a los principios burgueses. ¿Pero es que acaso la vía del desarrollo económico y social de Rusia no estaba pavimentada con innumerables concesiones? ¿Y el reconocimiento del parlamento no hubiera sido acaso más honesto y decoroso que la mentira de un Estado soviético? La respuesta de Rusia fue: ¡No! Nosotros estamos en favor del mantenimiento del parlamento en Alemania, aunque allí ya esté maduro para su abolición y a favor de su destrucción en Rusia, aunque aquí sea aún práctica e históricamente necesario. Nosotros estamos a favor del establecimiento del sistema de consejos en Rusia, aunque aquí falten todos los requisitos para su existencia y las posibilidades de funcionamiento, y nos oponemos a su establecimiento en Alemania, aunque allí el “sistema de partidos” y Parlamento haya llegado al fin de su época y haya una presión para su disolución. ¡Qué revoltijo de confusiones y de contradicciones! Las muchas habladurías de Lenin sobre la dialéctica no eran más que una compensación por su carencia profunda de dialéctica.

También en la cuestión del Parlamento, fue totalmente incapaz de concebir el problema y de tratarlo en forma dialéctica. El

parlamento era para él, “el Parlamento”. Un concepto abstracto en un espacio vacío siempre igual a sí mismo para todos los pueblos, en todos los lugares y en todos los tiempos. Probablemente Lenin sabía que el parlamentarismo atraviesa muchas fases de desarrollo; en sus escritos muestra la variabilidad del concepto Parlamento y sus múltiples formas de manifestación concreta.

Pero saber no es poder. En su estrategia y técnica revolucionaria no hace el menor uso de la dialéctica y en su polémica siempre opone al “joven” Parlamento del período de ascenso de la burguesía al “viejo” Parlamento de la decadencia burguesa. Por eso para él, el Parlamento es un factor de progreso y de revolución. Pero en realidad en los viejos países capitalistas es un elemento retardatario, y por esto —en la concepción política de la ultraizquierda— la revolución proletaria debe eliminarlo tan pronto como sea posible o por lo menos negarlo, sabotearlo. Debido a que allí predomina la política de reformas sociales, el Parlamento, en lugar de ser una escuela y una palestra para los dirigentes revolucionarios —como lo cree Lenin— es un nido del oportunismo y del reformismo, una cámara oscura de degeneración y de corrupción. En todos los partidos y sindicatos y durante todas las revoluciones, la ola de desaliento en la lucha, de compromisos, de renegos y de traiciones proviene de los parlamentarios, de los que tienen un mandato o poseen prebendas, de los dignatarios, de los nuevos ricos y de los parásitos del movimiento obrero. Lenin quería que los dirigentes ambiciosos y preparados para el éxito, lograran conquistas revolucionarias también en el pantano y en terreno apestado, sin importarles el sacrificio que había que hacer en pago de tales éxitos.

En cambio, la ultraizquierda quería que los pantanos fueran oportunamente secados y de esta forma preservar la salud de los hombres de toda tiña y lepra del pasado, para que pudieran así iniciar, como hombres nuevos, una nueva época.

### **Política de compromisos**

Durante la guerra, los socialdemócratas alemanes traicionaron vergonzosamente la causa del movimiento obrero. Luego a regañadientes se convirtieron en herederos de la revolución alemana, aunque no entendían el sentido de esta revolución, ni estaban de acuerdo con sus metas. Por su profunda naturaleza burguesa, que en los momentos decisivos se había despojado de sus

disfraces demagógicos, se dejaron llevar nuevamente por la senda del oportunismo. Este era el camino de la paz social, de la colaboración entre clases, del frente popular con los demócratas y clericales. La línea divisoria entre proletariado y burguesía fue trasladada al seno mismo de la clase burguesa entre pequeña y gran burguesía. El proletariado ya no tenía representación propia. La lucha de clases sólo se limitó a conflictos ficticios y fue liquidada en la práctica. Contra esta nueva y abierta traición protestó la ultraizquierda levantando la consigna de: ¡Ningún compromiso con la contrarrevolución! ¡Retorno a la línea clara de la lucha de clases!

Se trataba pues de un caso muy concreto, de una toma de posición política frente a un determinado problema, en un momento determinado y bajo condiciones determinadas que, en Alemania, exigían una decisión. No se trataba de un programa para la eternidad, ni para el universo, ni para la historia de todas las futuras revoluciones. No, se trataba simplemente de la postura que debía tomar la vanguardia revolucionaria de la clase obrera, en el año 1919, frente a la política socialdemócrata de compromisos.

El asunto era un perfecto caso de pedagogía dialéctica. Pero Lenin, incapaz de reconocerla como tal, transformó el problema, que sólo podía ser resuelto dialécticamente, en un problema de orden general e hizo de la consigna, que sólo podía ser tratada dialécticamente, una abstracta consigna principista. Fiel a su viejo método polémico, tomó las experiencias de la revolución burguesa en Rusia como el correctivo para resolver el problema de la revolución proletaria en Alemania. Así por ejemplo escribió:

*“Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia, hasta la caída del zarismo, aprovecharon frecuentemente la ayuda de los liberales burgueses, es decir, contrajeron con ellos innumerables compromisos prácticos (...) pero simultáneamente supieron llevar una lucha permanente y despiadada tanto en el plano ideológico como en el político en contra del liberalismo burgués y en con-*



*tra de las más pequeñas manifestaciones de su influencia dentro del movimiento obrero. Los bolcheviques siempre fueron fieles a esta política”<sup>43</sup>.*

Es decir, que en la lucha contra el zarismo los socialistas y los liberales marcharon más o menos unidos, pues ambos querían la caída del zarismo. Esto es tácticamente obvio. ¿Pero qué tiene que ver esto con la consigna de la ultraizquierda en Alemania? ¿Acaso los demócratas y los clericales deseaban derribar al capitalismo? Ni siquiera la socialdemocracia lo deseaba. ¿Y precisamente la ultraizquierda, que, a diferencia de estos, si propugnaba el derrumbe del capitalismo, hubiera debido aprobar y apoyar el compromiso de los tres partidos contrarrevolucionarios? ¿Y esto sólo porque, en condiciones y en situaciones totalmente distintas, los bolcheviques pudieron establecer ocasionalmente compromisos con los liberales? Esta pretensión es realmente demasiado estúpida para que valga la pena perder el tiempo en refutarla.

Con los otros argumentos de Lenin ocurre lo mismo. “Después de la primera revolución socialista del proletariado”, escribió:

*“Después del derrocamiento de la burguesía en un país, el proletariado de este país sigue siendo por largo tiempo más débil que la burguesía, primero debido simplemente a los múltiples vínculos internacionales de la burguesía, y luego también en virtud de la restauración espontánea y continua del renacimiento del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país que ha derrumbado a la burguesía. Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso es posible únicamente poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente con solicitud, minucia, prudencia y habilidad, la menor ‘grieta’ entre los enemigos, toda la contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país. Hay que aprovechar igualmente hasta las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro*

---

<sup>43</sup> Lenin, V. I. *El radicalismo de izquierda*. Op. Cit.

*y condicional. El que no comprenda esto, no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo*<sup>44</sup>.

Lenin habla aquí de la táctica de compromisos después del triunfo de la revolución. Tiene presente a un partido victorioso que deseó la revolución, luchó por ella y utilizó todos los medios para conquistar la victoria. Eso podía haber sido el caso de Rusia. Pero en Alemania la situación era radicalmente distinta.

En Alemania la socialdemocracia era enemiga de la revolución desde el inicio. Se opuso a ella por todos los medios, la frenó donde pudo, lanzó contra ella la soldadesca burguesa y la ahogó en sangre. En todo momento la socialdemocracia fue aliada, cómplice y acólita de la contrarrevolución y afianzó su posición, contraria a la revolución, mediante una coalición con los partidos burgueses reaccionarios, para gobernar conjuntamente en beneficio y provecho de la contrarrevolución.

El que comprenda, aunque sea una palabra de marxismo, entenderá que la aceptación de un tal compromiso incluye la aceptación de la traición socialdemócrata, y que toda aprobación de semejante compromiso termina por ser un apoyo a la contrarrevolución. La fórmula de compromiso de Lenin para la Alemania de ese entonces, hubiera tenido ese resultado y esta consecuencia. Por estas razones, fue rechazada por la ultraizquierda que exhortaba a gritos a los Independientes, a los Comunistas y a las masas revolucionarias: ¡Dejen los compromisos! En Alemania no hay ningún partido con el cual aliarse en función de la revolución! Sus consignas eran las únicas que estaban a la altura de las tareas revolucionarias en esta situación. De esta manera la polémica de Lenin cae en el vacío. Sus insultos y sus diatribas no tenían relación alguna con la realidad. Arremete contra enemigos políticos que sólo existen en sus alucinaciones. Hace el ridículo al luchar contra molinos de viento. La ultraizquierda, también, nada tiene que reprochar a los compromisos, mientras estos sean necesarios para hacer avanzar la revolución. Pero se opone a los compromisos pactados con la contrarrevolución que tiene por finalidad la de impedir la revolución, luchar contra ella o arrebatárle la victoria. Esta era la situación en Alemania de 1919. La ul-

---

<sup>44</sup> *Ibíd.*

traizquierda estaba con los pies firmes sobre el terreno de la revolución. Pero Lenin se encontraba del otro lado de la barricada<sup>45</sup>.

Hoy en día si se lee otra vez de cabo a rabo el capítulo del escrito de Lenin sobre los compromisos y se compara su torrente polémico con los resultados ulteriores de la política leninista de compromisos efectuada por Stalin, no se encontrará ni uno de aquellos, que para la estrategia bolchevique eran pecados capitales, que no se haya convertido bajo Stalin en práctica bolchevique.

Ahí está el “Tratado de Versalles”, cuya firma, según Lenin, la ultraizquierda hubiera debido apoyar. Firma que, posteriormente, los vasallos de Stalin protestaron de viva voz y en forma combativa al lado de los guardias hitlerianos.

Ahí está el nacionalbolchevismo de Laufenberg y Wolffheim, tildado por Lenin de “absurdo inaudito”. Pero posteriormente, Radek, con la bendición de Stalin, alabó al espía nazi Schlageter y el nacionalbolchevismo se desarrolló en la política rusa con un desenfreno complaciente.

Ahí está la “Sociedad de las Naciones”, según Lenin, una guarida de explotadores y bandidos con la cual el proletariado no debía tener nada en común. Pero posteriormente, Stalin, en concordancia con la política de compromisos, imploró por un puesto y voz en esta honesta sociedad; y ahí se sintió a gusto hasta su exclusión.

Ahí está el concepto del pueblo, considerando por Lenin una concesión imperdonable a la ideología contrarrevolucionaria de la burguesía. Pero, posteriormente, por orden de Stalin, un tal Dimitroff desarrolló a cabalidad una política de compromiso bajo la forma de movimiento del “frente popular”.

Ahí está... ¿pero para qué seguir mencionando ejemplos y contraejemplos que muestren a que confusiones y aberraciones, a que contradicciones y derrotas llevó la nefasta política de compromisos de Lenin? En todas partes terminaba así: fiasco, metida de pata, pérdida del prestigio revolucionario, desertión de las masas, completa catástrofe política.

---

<sup>45</sup> Estas frases, acertadas o no, bastan para explicar por qué este texto jamás encontró cabida en las editoriales de izquierdas. [N. del T.]

Los hechos históricos tanto en Rusia como en Alemania le dieron la razón plena a la ultraizquierda. Allá con Stalin aquí con Hitler. Y la historia hizo de la consigna momentánea y puntual de la ultraizquierda de ese entonces, una consigna política básica para los revolucionarios de hoy.

Según todas las experiencias históricas, cualquier compromiso entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, en el transcurso de la revolución proletaria, no debilita a los contrarrevolucionarios sino a los revolucionarios.

Pero todo el debilitamiento de la revolución, a causa de un compromiso, termina inexorablemente en la quiebra prematura o en la bancarrota final del movimiento revolucionario. Por ello, toda la política de compromiso durante la revolución proletaria conlleva a la derrota inevitable. Lo que la socialdemocracia empezó como compromiso culminó en el fascismo. Lo que Lenin empezó con su teoría del compromiso culminó prácticamente en el stalinismo. Aquí como allá: “Contrarrevolución”; compromiso y contrarrevolución son hoy principio y fin del mismo proceso político. Lenin disparó con artillería pesada contra la ultraizquierda. Sus disparos alcanzan hoy a la socialdemocracia alemana, al stalinismo y al partido bolchevique en el mundo entero. Y la última bala alcanza al propio Lenin.

## **La política exterior bolchevique**

Nada ilustra con mayor fuerza esta actividad destructiva del bolchevismo que la política exterior rusa postrevolucionaria la cual transitó por un camino empedrado de compromisos de principio a fin. Como ocurre en la mayoría de los casos con el bolchevismo, también en este el punto de partida teórico era correcto; sin embargo, la práctica era la negación de la teoría.

Durante la guerra mundial, Lenin formuló el programa bolchevique revolucionario y opuesto a la guerra con las siguientes tesis principales: la guerra mundial es una guerra imperialista que sólo puede terminarse mediante revolución antiimperialista en todos los países. En Rusia, el zarismo debe ser derribado por una revolución burguesa radical de los trabajadores y campesinos, la cual podría desatar la revolución mundial; para ello, es

necesario que el proletariado de Europa haga una revolución social y la masa campesina de Asia una revolución nacional burguesa; el proletariado industrial del mundo debe luchar con las naciones oprimidas a fin de lograr juntas la liberación.

En 1917, en la lucha contra Kerenski, este programa encuentra su primera expresión concreta en lo que concierne a las siguientes demandas: no a la paz separada con Alemania; en todos los frentes la guerra debía tener un final revolucionario; oposición a todo tipo de anexiones; derecho de todos los pueblos a la autodeterminación, incluyendo su separación de Rusia. Una vez alcanzado el poder, los bolcheviques, mediante decreto del 8 de noviembre de 1917, hicieron de él, su programa para la paz con el fin de llegar a una “paz justa y democrática” con todos los pueblos y gobiernos en guerra, así como su “punto de apoyo de la revolución mundial”.

Sin embargo, esta primera actuación de la política exterior bolchevique, terminó en una derrota. Primero no se dio un movimiento revolucionario pacifista en todos los frentes. Segundo, Rusia se vio obligada a concluir una paz separada de Alemania, la cual fue aún más dura para aquella que el “Tratado de Versalles” para ésta. Tercero, la separación de Rusia de los Estados periféricos condujo a la represión de los movimientos revolucionarios en esos Estados. Cuarto, se creó el terreno propicio para la invasión contrarrevolucionaria de las potencias imperialistas y para la guerra civil en Rusia. Quinto, las esperanzas de una revolución mundial no se realizaron. Así pues, la política exterior fue un fracaso total que muy pronto sería seguido por otro.

El gobierno bolchevique anuló inmediatamente los tratados zaristas y se negó a cumplir con todas las obligaciones correspondientes. Consecuentemente, rehusó también reembolsar a las potencias occidentales las deudas de guerra del zarismo y del gobierno de Kerenski. Pero como esta negativa no podía ser respaldada por el poder, en octubre de 1918 y en enero de 1919 se declaró dispuesto a negociar el asunto de la deuda y en febrero de 1919 a compensar en forma de concesiones a las potencias acreedoras.

En marzo de 1919 tuvo lugar la fundación de la III internacional, en la cual las potencias reaccionarias de occidente vieron una provocación, estimulándolas a nuevas acciones hostiles. Los bolcheviques contestaron redoblando la propaganda revolucionaria; pero en la práctica se refugiaron en el oportunismo que ya habían preparado, así por ejemplo en Alemania empujaron a las

masas revolucionarias a regresar nuevamente a los viejos partidos, a los viejos sindicatos y al parlamento. En conexión con esto, la política del Komintern, que había sido concebida como una política de estímulo revolucionario, se convirtió en una política de vacilaciones, aplazamientos y finalmente de renunciaciones. De ahora en adelante, el carácter contrarrevolucionario de la política exterior rusa, cada vez más en la línea del compromiso y de la retirada se hará claramente visible.

Este cambio fue acompañado en el interior por la masacre de Kronstadt, donde la vanguardia revolucionaria se rebeló contra el allanamiento de los consejos y en contra el terror impuesto por los detentores del poder bolchevique; por la sangrienta carnicería contra el movimiento Makhnovista que quería ayudar a los campesinos a lograr las promesas que se les habían hecho; el total hundimiento del comunismo de guerra que había sido un intento sincero de poner en marcha una economía socialista. En cambio, la política exterior se convirtió en éxito nacional, al ser reconocido el gobierno soviético —que había dejado de ser tal— por Estonia, Letonia, Lituania y Finlandia. Lenin proclamó la alianza directa con los pequeños Estados y constató satisfecho que los bolcheviques se habían ganado la burguesía vacilante de los países avanzados. Una hermosa ilusión que necesitaba con urgencia, puesto que la lucha revolucionaria se hundía cada vez más en el sistema de entendimientos, de compromisos y de inserción voluntaria en el regateo diplomático de las potencias burguesas. La revolución se disipaba en pura tradición ideológica. La praxis se convirtió, en una política decidida de alianzas para asegurar la paz con los enemigos mortales del proletariado. Ya no se ocultó más la renuncia a una política mundial inmediatamente revolucionaria.

A partir del Segundo Congreso de la III Internacional, la causa de la Rusia soviética se convirtió en la causa de la Internacional y el Komintern se convirtió en el órgano oficial de la política exterior bolchevique. Esto hizo que la destrucción del impulso revolucionario por parte de la dirección moscovita dejara de ser un objetivo para Rusia solamente y se extendiera al mundo entero. Desde ese momento en adelante, el esfuerzo del Komintern se dirigió evidentemente a no permitir el levantamiento y la victoria de movimiento revolucionario alguno en ningún país del mundo y en ninguna circunstancia.

En los años siguientes, Rusia conoció los éxitos diplomáticos que ahora son habituales: pacto de neutralidad y no agresión con Persia, Afganistán y Turquía; el protectorado sobre Mongolia;

convenios comerciales con Inglaterra, Alemania, Noruega, Austria, Italia y Checoslovaquia y el correspondiente reconocimiento diplomático. Rusia, que había anexado recientemente con la fuerza a Georgia bajo el pretexto de que era un deber revolucionario la bolchevización del país, se comprometió solemnemente, en todos los casos anteriores, a parar toda propaganda dirigida contra el gobierno, las instituciones públicas y estatales o contra el sistema social de los países signatarios y a no intervenir en los conflictos políticos y sociales que pudiesen surgir en estos Estados. Inglaterra demandó y obtuvo también el compromiso especial de no apoyar con dinero o en ninguna otra forma a personas, grupos o agencias cuyo objetivo fuese el de propagar el descontento o incitar a la revuelta en cualquier parte del imperio británico, incluyendo todos los protectorados, los Estados y territorios bajo mandato británico y de inculcar en todos sus funcionarios y oficiales la observancia completa y permanente de estas condiciones. Así pues, se abjuró de toda actividad revolucionaria a favor de las relaciones diplomáticas, de la honorabilidad burguesa y de la reputación política.

El curso derechista de esta política exterior coincide punto por punto con el desarrollo político de todo el proletariado europeo occidental hacia un oportunismo que ya no era posible distinguir del de la socialdemocracia. En Alemania, en un juicio que se le siguió en esos tiempos al jefe del partido comunista Erandler, acusado de alta traición, este declaró que quiso realizar la dictadura del proletariado con base en los principios de la Constitución de Weimar.

El abandono de los principios revolucionarios dio buenos resultados: les procuró finalmente a los políticos soviéticos el tan deseado ingreso en los círculos de la gran política internacional con sus conferencias económicas, sus planes de reconstrucción, sus inversiones de capital, sus objetivos económicos mundiales. Rusia había sido admitida, ya nadie se escandalizaba más por ese olor fétido de su pasado. Y así trató inmediatamente de ganarse a las empresas capitalistas para su reconstrucción, declarándose dispuesta a *“abrir voluntariamente sus fronteras al tráfico internacional, y a poner a la disposición para el cultivo millones de hectáreas de tierra fértil, a ofrecer concesiones forestales, para la explotación del carbón y otros minerales, velar por el trabajo conjunto de la industria y agricultura europea, con sus contrapartes siberianas y a otorgar todo tipo de garantías para las empresas extranjeras y de los eventuales reembolsos por daños”*. (s. n.)

Pero al no tener el éxito deseado con este ofrecimiento, sorprendió a todo el mundo y, en la conferencia de Génova, concluyó un pacto separado con Alemania, el “Tratado de Rapallo”, con el cual entraba a formar parte de la alianza anti Versalles y abría las puertas de Rusia al capital alemán. De este modo, Rusia se convirtió en el aliado del rearme alemán, del movimiento revanchista alemán, de la campaña de liberación fascista secreta en contra de Francia. No sólo se producían secretamente en Rusia aviones y gas venenoso para el ejército alemán, sino que también se llegó a pensar seriamente en una alianza militar entre la Reichswehr y el Ejército Rojo. Se había convertido en socia y cómplice del imperialismo alemán. Por orden de Moscú, los partidos comunistas de Alemania y de Francia se quitaron la careta y declararon que Alemania era un país nacional oprimido, que el proletariado alemán debía prepararse para una guerra de liberación nacional y arremeter con fuerza, junto a las ligas nacionalistas, contra el Tratado de Versalles. Se organizó una defensa nacional contra la ocupación francesa del Ruhr; Radek ensalzó como héroe nacional al nazi Schlageter; la socialdemocracia y los comunistas se encontraron en el mismo “frente único” y en la coalición de gobierno: el nacionalbolchevismo celebraba su orgía. Si entonces no se dieron las condiciones para una fraternización entre Hitler y Stalin, no fue por causa de este último que en aquel entonces todavía se llamaba Lenin<sup>46</sup>.

Cuando las intenciones golpistas y de liberación de este curioso nacionalismo naufragaron, Rusia se volcó hacia un pacifismo y procuró que no se viera alterado ni por acciones bélicas ni revolucionarias. Fue la época de los pactos de no agresión, de la fase “democrática pacifista”, de la policía de “paz verdadera” y de la represión sistemática de todo movimiento revolucionario.

Los mineros ingleses a los cuales el comité anglo-ruso, les negó el apoyo de una huelga general, sucumbieron, después de nueve meses de lucha, víctimas de este derrotismo traicionero. Y la Revolución China —al igual que la Comuna de París en 1871— sufrió una terrible derrota, provocada por el Komintern, con las matanzas masivas de Chiang Kai Chek que es hoy amigo y hermano de Stalin.

---

<sup>46</sup> Aquí Rühle da rienda suelta a su capacidad de ironía jugando con los nombres de Stalin y Lenin para demostrar que Lenin también se comportaba como Stalin. [N. del T.]



La traición dio frutos. Finalmente, Rusia pudo entrar a formar parte de las instituciones en las cuales los prestidigitadores, los acróbatas y los malabaristas de la política burguesa podían ejercer su arte de engañar al pueblo. Así pues, fue admitida a las distintas conferencias sobre el desarme de Ginebra, donde representó un papel muy ambivalente. En el periodo siguiente, su esfuerzo por entrar a cualquier precio en el juego diplomático imperialista se hizo claramente manifiesto. Y llegaron los éxitos: los tratados comerciales con Inglaterra e Italia, participación en las conferencias sobre agricultura y exportaciones, la ampliación del “negocio ruso” de Alemania, constituyeron el gran botín que se llevó a casa. El mundo burgués empezaba a comprender que también para los “revolucionarios rojos” las convicciones y los negocios son dos cosas distintas que no tenían nada que ver la una con la otra —como suele decirse—. En realidad, las convicciones también fueron negociadas con mucha liberalidad. Esto se demostró claramente, cuando los grandes encargos hechos a Alemania restablecieron su economía en bancarrota por la crisis mundial y a última hora la rescataron del hundimiento. ¡Primero los negocios y después, pero no por mucho tiempo, la revolución!

Desde ese momento en adelante, el contenido exclusivo de los programas de la política exterior lo constituyeron los pactos económicos, de neutralidad, de no agresión, de entendimiento, de comunidad de intereses, de reciprocidad y de colaboración. El fascismo arreciaba y echaba peste contra el bolchevismo; las cárceles estaban llenas de comunistas “traidores” y “criminales”; Hitler amenazaba con “hacer rodar las cabezas”, sin embargo, los representantes de Rusia se sentaban a la mesa de negociaciones con los representantes fascistas o casi, de Alemania, frecuentaban las mismas fiestas e intercambiaban telegramas de fraternización.

Esta “diplomacia de la paz” y la política de reconciliación con el capitalismo tuvo su coronación con el gran pacto económico con Alemania, concluido dos días después de que Hitler asumiera el poder y con la entrada de Rusia en la Liga de las Naciones. Así se dio su entrada definitiva y oficial en el santoral del mundo capitalista. Se le tendió la mano fraternal también al fascismo, con la cual Hitler pudo llevar a cabo su rearme para la guerra; Rusia le enviaba manganeso en cantidades crecientes, necesario para la producción del acero militar. Los insultos de Hitler proferidos en Nuremberg contra “el gobierno de los bandidos rojos” constituían tan solo una maniobra de diversión;

mientras que los augures se encontraban sonrientes entre bastidores. Para la total armonía entre Berlín y Moscú, sólo faltaba una alianza militar contra la revolución socialista.

Deberá llegar el día en el cual también esto será una verdad histórica [...] <sup>47</sup>

## **Perspectivas**

Podemos pues esbozar (las conclusiones) en las siguientes líneas:

La primera guerra mundial dio el golpe mortal al capitalismo privado como principio. Pero ni los vencedores ni los vencidos tomaron conciencia de este hecho. Por esto la burguesía omitió crear un colectivismo federativo basado en el capitalismo monopolista y los socialistas omitieron la nacionalización o la socialización de la propiedad privada y la correspondiente transformación de la economía y de la sociedad. La crisis mundial puso al descubierto los errores de estas omisiones y puso al capitalismo como sistema frente a la disyuntiva de ser o no ser.

Una vez más, el proletariado, a causa del retardo ideológico, organizacional, estratégico y táctico de la lucha de clases, no estaba en condiciones de resolver la crisis mediante una revolución. Entonces, el fascismo con medios capitalistas modificados entró en escena en busca de una solución alternativa a favor de la burguesía. Reemplazó la producción para el consumo que ya no era rentable, con la producción de armamento y, en lugar de las masas de consumidores privados con su capacidad de compra debilitada, hizo del Estado, con su omnipotente capacidad de compra y de pago, el único consumidor. En consecuencia, se dio una coyuntura subvencionada en grande por el Estado que, además, lo convirtió en el cliente, el proveedor de materias primas, el inversionista, el director de la economía y el agente que dispone del beneficio del capital. Este desarrollo conducía automáticamente a una economía de grandes espacios, a políticas sectoriales, a la estandarización y a la planificación, a la explotación ilimitada tanto de los productores como de los consumidores, al ultraimperialismo y finalmente a la guerra.

---

<sup>47</sup> Para evitar repeticiones no se reproduce en la presente edición la parte restante del manuscrito [Nota del editor alemán]

El fascismo se convirtió en el portador de esta transformación y de este conjunto de cambios gracias a que disponía de un poder ilimitado sobre el Estado y, por lo tanto, del terror, de la dictadura, de la dinámica totalitaria, del militarismo y de la idolatría ideológica del Estado. La burocracia reina. Todo es mandamientos, ordenes, dirección, prescripciones, controles, vigilancia, disciplina. El desempleo ha desaparecido. La crisis parece resuelta. El “yo” de la vieja sociedad cede siempre más frente a la comunidad coercitiva; la vida privada se va restringiendo, el hombre se convierte abiertamente en borrego y en máquina. Toda la sociedad es tecnificada, racionalizada, mecanizada, estandarizada y normada y con ella los pensamientos, la mentalidad, la voluntad, la fantasía, la sexualidad, las relaciones artísticas, deportivas y con la naturaleza. También las diversiones y los deseos sucumben a la ley de la masificación que se imparte desde arriba y es experimentada como un destino ineludible por los de abajo.

Pero la solución de la crisis es tan sólo aparente, para ser efectiva necesita de una industria básica y de armamento permanente y, por lo tanto, de la misma guerra. Pero la guerra hace saltar este sistema fascista, pone al descubierto su falsa mecánica, estimula a las masas a tomar y a ejercer el poder, a la burguesía le muestra la expropiación de que ha sido objeto por largo tiempo, aún a todas las víctimas del sistema en una mayoría opuesta a él. La guerra es el fin del fascismo y con él, el fin de la época capitalista. De ahí el permanentemente armarse para la guerra y a la vez el permanente esfuerzo por evadirla. Si se lograra evadirla o se llegase a un arreglo de paz con el enemigo, entonces se pararía la industria bélica y la producción de armas que significaría el fin inmediato de la coyuntura favorable y el regreso de la crisis. Se haría manifiesto el hecho de que se trata de una aparente solución a la crisis, de que el fascismo es un impostor, que ha fracasado como “salvador” del capitalismo. El monopolismo al borde del colapso será condenado a sucumbir.

Pero también será el fin de los opositores democráticos al fascismo y el de su sistema, puesto que también el capitalismo privado ha fracasado y su única posibilidad reside en desarrollar ulteriormente el capitalismo de Estado. Pero este último tan sólo puede mantenerse en el poder con los métodos del fascismo, los cuales, sin embargo, ya han sido llevados a lo absurdo por la historia. Mientras que esto ocurría en Alemania y el resto de Europa estaba a punto de precipitarse en el caos, en Rusia, el bolchevismo, con un experimento grandioso, creaba una economía estatizada sin propiedad privada ni capitalismo individual, la cual

era concebida como “socialista”, aunque terminó siendo un “Capitalismo de Estado”. En Rusia, la revolución burguesa coincidió con la revolución social, circunstancia esta que indujo a los bolcheviques a creer erróneamente que podían establecer el socialismo. Pero como el en sistema instaurado por el partido bolchevique no había espacio para el “sistema de consejos” ni la realidad rusa ofrecía alguna posibilidad para su aplicación y siendo el sistema de consejos el único instrumento para la construcción del socialismo, todos los logros de la revolución social se perdieron nuevamente. *“Sólo sobrevivió el error realmente trágico y fatal de que los bolcheviques siguieron considerando a su revolución como una revolución social, y trataron de deducir de ésta las leyes de la revolución social para todo el mundo. Esto se convirtió en fuente de un sinnúmero de errores, malentendidos, fracasos, conflictos, catástrofes y, por último, en el origen del stalinismo, de la traición del socialismo, del pacto con el fascismo, del imperialismo ruso y del hundimiento definitivo de la dictadura bolchevique que se anuncia para después de la segunda guerra mundial. El bolchevismo es un capitalismo de Estado y una dictadura burocrática como el fascismo y sufrirá necesariamente la misma suerte que éste”*. (s. n.)

También las potencias democráticas terminarán fracasando si intentan utilizar su eventual victoria en la segunda guerra mundial para salvar y perpetuar el viejo sistema social y económico de tipo liberal. En el transcurso de la segunda guerra mundial, la decisión será o bien a favor de un tardío colectivismo federativo sobre la base del capitalismo de Estado, es decir, fascistización de todo el mundo capitalista, bien a favor de una revolución social que abra la vía del socialismo. Por cierto, que hasta tanto el movimiento obrero permanezca atado a sus viejas formas de organización, a los métodos parlamentarios y a las pseudo luchas de clase, a sus arrebatos tácticos y estratégicos, la victoria revolucionaria le será negada. Solamente cuando decida poner en la balanza el peso de su gran número, su papel decisivo en el proceso productivo, la emancipación de un liderazgo aburguesado, la libertad por su propia iniciativa y la autodeterminación mediante el “sistema de consejos”, entonces accederá a un socialismo en el cual la libertad de cada uno será la condición para el libre desarrollo de todos<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> Marx, K. *Manifiesto del partido comunista*.



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	5
PRÓLOGO .....	7
FASCISMO PARDO Y FASCISMO ROJO .....	23



**“A partir del Segundo Congreso de la III Internacional, la causa de la Rusia soviética se convirtió en la causa de la Internacional y el Komintern se convirtió en el órgano oficial de la política exterior bolchevique. Esto hizo que la destrucción del impulso revolucionario por parte de la dirección moscovita dejara de ser un objetivo para Rusia solamente y se extendiera al mundo entero. Desde ese momento en adelante, el esfuerzo del Komintern se dirigió evidentemente a no permitir el levantamiento y la victoria de movimiento revolucionario alguno en ningún país del mundo y en ninguna circunstancia”.**



Otto Rühle - Revolucionario de origen alemán, nació en Großschirma en 1874. En 1900 se unió al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y fue electo diputado entre 1912-1918. Votó junto a Karl Liebknecht contra los créditos de guerra en el Reichstag en 1915 y fue miembro de la Liga Espartaco hasta 1917. Lideró la agrupación IKD (Comunistas Internacionales de Alemania) en Dresde. Fue fundador del Consejo de Obreros y Soldados de Dresde y delegado al congreso de fundación del

Partido Comunista Alemán (KPD). Luego del quiebre en el seno del KPD, se sumó al antiparlamentario y antisindicalista KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania), en donde desarrolló una perspectiva antipartido y en favor de los consejos obreros. En 1932 se exilia y llega junto a su esposa, Alice Rühle-Gerstel, a Praga. Finalmente se radica en México en 1935, en donde trabajó durante un breve lapso de tiempo como asesor de la Secretaría de Educación Pública, para posteriormente ganarse el sustento diario en trabajos ocasionales. Rühle murió el 24 de junio de 1943, a la edad de 68 años, de un ataque al corazón. Su esposa, Alice Rühle-Gerstel, se suicidó ese mismo día.